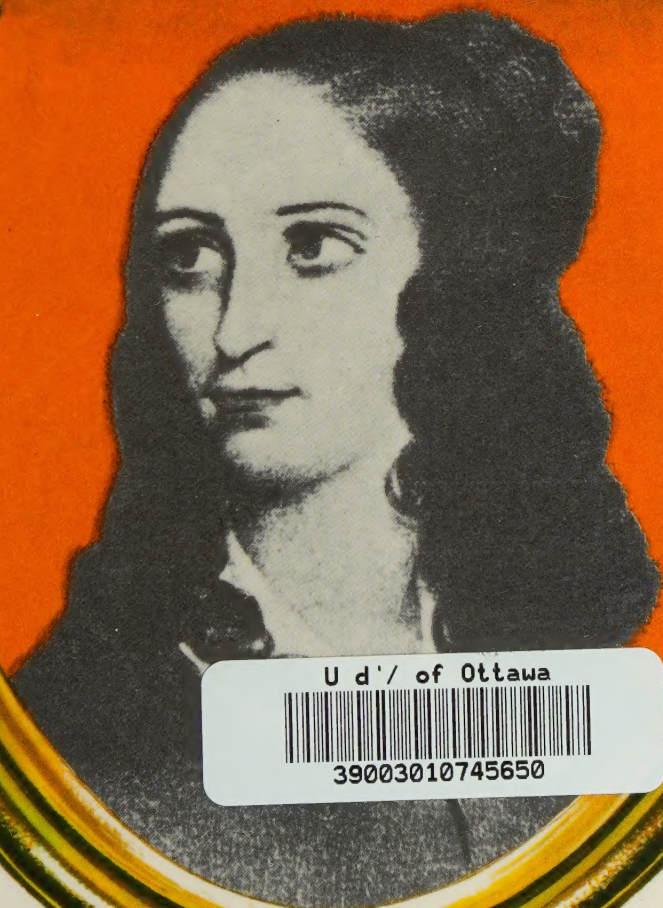


# Silvina Bullrich

## Flora Tristán, la visionaria




U d' / of Ottawa



39003010745650

IESA  
ediciones

950



Digitized by the Internet Archive  
in 2023





179 A - B 3 R - 135

02

Flora Tristán,  
la visionaria



*Silvina Bullrich*

---

Flora Tristán,  
la visionaria



---

*RIESA ediciones*

586 799

F

3447

.T75

B84

1982

Todos los derechos reservados por (©, 1982) Río Inmóvil Ediciones, S.A.,  
Moreno 372, Buenos Aires. Hecho el depósito que establece la ley 11.723.

*Publicado en diciembre de 1982.*

LIBRO DE EDICION ARGENTINA. Printed in Argentina.

ISBN 950-110-000-6



# Índice

## 7 Prólogo

### Primera parte

#### Los viajes por el Perú virreinal

- 52 El desierto
- 59 Arequipa
- 76 Don Pío de Tristán y su familia
- 88 La República y los tres presidentes
- 107 Los conventos de Arequipa

### Segunda parte

#### La gira por la Francia obrera

- 177 Bordeaux (setiembre de 1843) y Auxerre  
(12-16 de abril de 1844)
- 180 Avallon (16 de abril de 1844)
- 181 Semur (17 de abril de 1844)
- 182 Dijon (18-24 de abril de 1844)
- 190 Chalon-sur-Saône (25-27 de abril de 1844)
- 192 Mâcon (28 de abril-2 de mayo de 1844)
- 196 Lyon (2 de mayo-14 de junio de 1844)

- 208** (Roanne (15-20 de junio de 1844)
- 211** Saint-Étienne (20-27 de junio de 1844)
- 214** Regreso a Lyon (28 de junio-7 de julio de 1844)
- 217** Avignon (8-18 de julio de 1844)
- 221** Marseille (19-28 de julio de 1844)
- 226** Toulon (29 de julio-5 de agosto de 1844)
- 230** Nuevamente en Marseille (6-12 de agosto de 1844)
- 232** Nîmes (14-16 de agosto de 1844)
- 244** Montpellier (17-27 de agosto de 1844)
- 250** Béziers (29-30 de agosto de 1844)
- 252** Carcassonne (31 de agosto-7 de setiembre de 1844)
- 254** Toulouse (8-19 de setiembre de 1844)
- 256** Agen (20-25 de setiembre de 1844)

## Prólogo

Probablemente quien se aboque a la lectura de este libro se preguntará por qué me ocupó de un personaje al que juzgo a menudo con ironía, sin excesiva benevolencia y a veces con una severidad no tan terrible como aquella con que Flora juzga a sus semejantes, pero sin concesiones.

Considero que se trata de una mujer poco conocida y que es interesante conocer. Confieso que me divierte que su primer libro sea el de una joven francesa desesperada que emprende un largo viaje al Perú, para ella el fin del mundo, con la esperanza de cobrar la herencia de su padre don Mariano de Tristán. Es entonces ambiciosa, codiciosa, malcriada, se empeña en reclamar lo que las leyes le niegan por ser hija natural y ya, como hasta el final de su vida, maldice a quienes le niegan lo que quiere obtener.

*Las peregrinaciones de una paria* es un libro influenciado por los escritores de la época, descriptivo, detallista, y, como su diario posterior, insoportablemente reiterativo. Por eso, para que el lector actual se interese en él hay que expurgarlo, resumirlo, pero traducirlo por entero sería un desatino. Por ese motivo preferí abocarme a este trabajo de investigación y de traducción hasta convertirlo en una biografía. Confieso que elegí de

preferencia las páginas en las cuales vemos que nuestra pobre América latina ha progresado bastante poco y que entonces como ahora tres generales a la vez se consideran con derecho a la presidencia de la República, extorsionan a los poderosos, compran chatarra y hacen que los hombres se maten entre sí en lo que Rubén Darío llamaba "envilecidas revoluciones". En cambio había más espíritu de familia, la mujer no gozaba de libertades pero sí de protección, las casas tenían mesa abierta y quizá comparando aquella época sudamericana con la actual lleguemos a añorar esas ventajas pese a los evidentes inconvenientes. Hoy podemos trabajar pero no hay trabajo, tenemos teóricamente los mismos derechos que los hombres pero en la práctica sólo podemos escalar peldaños inferiores. Los demás se los guardan los hombres para ellos y se los reparten a su antojo.

Cuando diez años después Flora escribe su diario titulado *La Gira por Francia*, advertimos un cambio radical en ella. Quiso ser rica y no pudo, entonces se hizo socialista y se puso a odiar a los ricos con una ferocidad ilimitada. Nadie puede poseer algo sin ser objeto de su anatema. Confieso que esta reacción desmesurada me llevó a pensar que tenía algo alteradas sus facultades mentales. Al final de su gira por Francia ya no cabe duda que está desequilibrada.

No obstante, en una época como la nuestra, vacía de personajes extravagantes, donde cada

uno parece gris y descolorido, esta “apóstol”, como se titula a sí misma, convertida en líder de los desamparados por no haber logrado una fortuna que estaba segura de conseguir, me pareció un personaje divertido, trágico, interesante. Sería muy difícil inventar hoy un personaje de novela con tantos matices contradictorios, que se vaya como las heroínas de Balzac a través de los mares embravecidos, conozca a los más altos funcionarios del Perú y a los más humildes obreros de Francia. Si yo inventara una Flora Tristán no habría un solo lector que me dijera que esa mujer realmente puede existir. Pero existió y los novelistas de entonces pintaban mujeres como ella. Hoy no existe, por eso no podemos imaginarla ni describirla sin caer en el folletín. Recordemos que toda la obra de Balzac, de George Sand y de otros novelistas importantes de la primera mitad del siglo XIX, fue escrita día a día para ser publicada en folletín y sólo al final se lo convertía en libro.

Flora Tristán es un personaje rescatable aunque contradictorio, si comparamos su actitud entre 1833-34 en el Perú y en 1844 en su gira por Francia. Ignoro cómo quedaría trasladada a nuestros días. Además las leyes han cambiado, su tío no la recibiría paternalmente en su casa, le cerraría las puertas pero se vería obligado a entregarle su herencia. ¿Cómo viviría entonces? ¿Con lujo, como una burguesa acomodada con visos de intelectual? Es lo más posible. Ya no sería la precursora, la iluminada, la madre de los obreros desposeídos.

Resignémonos a citar la frase de Sartre: “El hubiera no existe”. No sabemos lo que Flora *hubiera* sido pero sabemos lo que fue y por eso vale la pena escribir su biografía basándose en sus propias confesiones.

*Silvina Bullrich*

*Primera parte*

---

Los viajes  
por el Perú virreinal





Resulta obvio afirmar que nuestro nacimiento condiciona nuestro destino. Nacer hombre o mujer, dotado de belleza o de talento o por el contrario tonto y contrahecho, en Europa o en Sudamérica, hijo de una familia rica o en un hogar apremiado por las necesidades, cambia de tal modo el esquema de una persona que son muy pocos los que llegan a superar lo malo y aun lo demasiado bueno para forjarse su propio destino.

Personalmente creo también en el signo del zodiaco que ha regido nuestra llegada al mundo. Flora Tristán, una de las mujeres más apasionantes que recorrió la historia y, digámoslo ya, abuela de Gauguin, nació en París el 7 de abril de 1803. Su nombre completo aunque no hace a su personalidad fue Flore, Célestine, Thérèse, Henriette Tristán Moscoso. Según la astrología pertenece al signo de Aries y, si creemos las aseveraciones de algunos astrólogos, es uno de los más antiguos pues proviene de la edad de piedra y existen grabados cuya antigüedad se remonta a cinco mil años, aunque podría tener siete u ocho siglos más de existencia. En el hemisferio Norte es el princi-

pio de la primavera tan jubilosamente festejada en los países fríos. Idealistas, impetuosos y hasta delirantes son los regidos por este signo, y el heroísmo es un impulso natural en ellos. Flora Tristán lo probó a lo largo de su breve existencia azarosa de visionaria.

Se dice que su padre don Mariano de Tristán, perteneciente a una antigua familia española, descendía de Moctezuma, el admirable rey de Méjico a quien Hernán Cortés traicionó después de haberlo obligado a obsequiarle un cuarto lleno de oro. Lo hizo torturar vilmente antes de matarlo. Su madre era una francesa llamada Anne Pierre Lesnay que había emigrado a Bilbao. Mariano de Tristán la conoció mientras estaba en España como coronel de Carlos IV.

La explicación por la cual sus padres no se casaron nunca por el Registro Civil es endeble y hasta cabe suponer que mediara algún impedimento. Acaso un casamiento anterior de la joven francesa. Pero por supuesto ésta es una mera suposición. Lo cierto es que ese descuido es el causante de que Flora Tristán sea el personaje vehemente y errabundo que hoy nos interesa, la precursora de los movimientos feministas y obreros, la que odió a los burgueses y a su dinero por encima de todo, cuando se vio despojada injustamente de su herencia. El casamiento religioso de sus padres, del cual no existían pruebas fehacientes, y el hecho de que siempre fuera considerada como una hija natural, la privaban de sus derechos. Hoy resulta

candoroso pensar que una familia pueda reconocer sólo por buena voluntad a un heredero que no pruebe su condición de tal, pero en el siglo diecinueve, cuando el romanticismo florecía en Francia, Víctor Hugo escribía piezas como *Ruy Blas*, una réplica más tierna del Cid, y *Hernani*, una especie de Robin Hood justiciero simplemente por amor a la humanidad y a los ideales, todo parecía posible. La gente no se movía como en la actualidad, impulsada por intereses mezquinos impudicamente confesados. Y si bien Flora y su madre, a la muerte de don Mariano en 1807, tuvieron que vivir casi en la miseria en una pieza sórdida de París, no olvidemos que Balzac habitaba una bohardilla y aún después de haber triunfado debía seguir empeñando sus candelabros y el resto de su platería. En su casa acogedora de la rue Raynouard que visité hace muchos años había una trampa en el piso, disimulada bajo la alfombra, que le permitía escapar cuando llegaban los acreedores. Hoy esto sólo ocurre en las tiras cómicas, pero en aquel entonces la burocracia no estaba tan bien orquestada como ahora.

A los diecisiete años Flora se empleó como simple obrera en el taller de grabados y litografías de un tal André Chazal, con quien se casó en 1821.

Mariano de Tristán había mantenido y educado a su hermano menor, el famoso don Pío que convirtió a Flora en una rebelde y al que veremos a menudo a lo largo de estas páginas dado que él es el personaje principal de *Las peregrinaciones de una*

*paria*, pero Flora aún no había nacido cuando él volvió al Perú a administrar las propiedades de la familia. No cabe duda que él sabía quién era la mujer de su hermano, que estaba esperando un hijo y que le debía el apoyo recibido por él en su infancia y primera juventud. Pero le convenía olvidarlo o ignorarlo dado que Pío se fue en 1803 y Flora nació el 7 de abril del mismo año; el embarazo de su madre debe de haber sido muy notorio y la ilusión del padre, semejante a la de todos los padres que esperan el primer retoño.

De su unión con Chazal Flora tuvo tres hijos, un varón que murió de muy niño, otro llamado Ernesto y una hija, Aline, que fue la madre de Gauguin, nacida en 1825.

De Chazal lo ignoramos casi todo salvo las desdeñosas descripciones que hizo de él Flora, pero lo aborrecía tanto que prefirió colocarse como mucama en casa de una familia inglesa con tal de no seguir a su lado. Después de la separación de bienes que dejaba a Flora en la indigencia, situación que ella propició por creerse una rica heredera, de la discusión sobre la tenencia de los hijos, y mientras corrían los términos del divorcio, Flora decidió embarcarse rumbo al Perú en busca de ese patrimonio que estaba segura de obtener. Las fechas en mucha gente se repiten. Ocurre que Flora se embarcó un 7 de abril de 1833, el día que cumplía treinta años.

Henos aquí embarcados junto a ella en un barco a vela cuyas zozobras y tormentas ella misma describe en *Las peregrinaciones de una paria*, libro en

el cual el lector irá sumergiéndose con tanto interés como me ocurrió a mí, y que ocupará junto con mis comentarios la primera parte de este volumen.

Debo aclarar que Flora Tristán fue una luchadora, una visionaria y una precursora, pero sus condiciones en el campo literario no son relevantes. Como ocurría con todos los escritores del siglo XIX, describía detalladamente cuanto la rodeaba, pero en cambio no tenía estilo literario ni sabía describir bien a los hombres, genéricamente hablando. Sus caracteres están esbozados apenas, no profundiza y se refiere a cada cual por la simpatía o la antipatía que le inspiran sin el menor objetivismo. En lo que respecta a las medidas no las da en metros sino en pies, cosa que no ocurre en Francia; quizá haya adquirido esa costumbre junto a la familia inglesa con la cual se fue a Suiza como mucama al abandonar a Chazal. Bástenos saber que el *Mexicain* era un velero de 200 toneladas aproximadamente con una gran habitación de alrededor de seis metros por cuatro dividida en cinco minúsculos compartimentos. Pertenecía a un señor Chabrié, el capitán que por supuesto se enamoraría de Flora a lo largo de los ciento treinta días que duró el viaje. No podía enamorarse de otra mujer, pues era la única en medio de esos tres oficiales, cinco pasajeros de sexo masculino y quince tripulantes. Leamos su descripción:

“La tripulación se componía de quince hombres: ocho marineros, un carpintero, un cocinero,

un grumete, un contraamaestre, el teniente, el subteniente y el capitán. Todos esos hombres eran jóvenes, vigorosos, y conocían perfectamente su oficio: exceptúo al grumete, cuya haraganería y falta de higiene causaron a bordo una constante irritación. El barco estaba muy bien aprovisionado y nuestro cocinero era excelente.”

La pobre Flora ignoraba las vicisitudes de una larga travesía marítima y al embarcarse ni siquiera sospechaba que era propensa a marearse. Mareos graves, continuos, que no le permitirían disfrutar de los platos preparados por el famoso cocinero: “Sólo diré que el mareo es un sufrimiento que no se parece a ninguna de nuestras enfermedades habituales: es una agonía permanente, una suspensión de la vida. Tiene el poder atroz de privar a los desdichados, que son su presa, de sus facultades intelectuales y del empleo de sus sentidos. [...] En lo que a mí respecta lo sufrí con tal constancia que no transcurrió un solo día durante esos treinta y tres que duró el viaje sin que tuviera vómitos.”

Por supuesto quien haya navegado sabe que uno de los lugares más tumultuosos es el Golfo de Vizcaya o de Gascuña. Recuerdo que navegando con mis padres y mi hermana menor en un barco importante de línea sólo quedamos en el comedor mi padre y yo que éramos muy marinos. Todos los demás pasajeros se habían refugiado en sus camarotes presas de ese mareo que como soy muy marina nunca conocí. Pero mi madre sufría tanto por

él que al salir del cine de ver los viajes submarinos de Cousteau no podía tenerse en pie ni avanzar hacia la salida. No hay cura contra el mareo ni contra los resfríos ni contra ninguno de los males más corrientes que sufre el ser humano y al parecer no matan pero amargan la vida. Yo soy víctima de una sinusitis que limita todos mis actos y nadie puede curar.

“Apenas entramos al golfo —dice Flora— cuando el agudo silbido del viento, el tumulto de las olas, nos anunciaron la tempestad. No tardó en declararse en toda su violencia con aterradores rugidos. Asistía a un espectáculo nuevo para mí, me hubiera encantado contemplarlo de haber conservado algún vestigio de fuerza; el mareo absorbía todas mis facultades: sólo sentía que existía por los estremecimientos que recorrían mi cuerpo y que suponía presagiaban la muerte. Pasamos una noche horrible. El capitán tuvo la suerte de poder entrar al río. Una ola se había llevado todas nuestras ovejas, otra nuestros cestos de verduras, y nuestro navío el día anterior tan coqueto, tan ordenado, ya estaba muy mutilado.”

Aunque el carpintero y los marineros repararon el desastre, éste no tardó en repetirse cuando por seguir el ejemplo de otros dos barcos volvieron a alta mar:

“Alrededor de las cuatro de la tarde mandaron al piloto de vuelta y nos encontramos en medio de olas enfurecidas; se elevaban alrededor de nuestro navío como altas montañas, no éramos sino un

punto en el abismo y la reunión de dos olas nos hubiera amortajado.”

Mientras los hombres luchaban con coraje pero sin demasiado temor, pues los barcos a menudo parecen zozobrar pero están contruidos para desafiar las tormentas, Flora seguía vomitando en su minúscula cabina. No cabe duda que entre sus vocaciones no estaba la navegación, aunque no podemos ser demasiado severos si consideramos la precariedad de los barcos de aquel entonces y la duración interminable de los viajes. Pasó quince días entre la vida y la muerte hasta que al cabo de veinticinco días le anunciaron que tocarían tierra porque el barco hacía agua. Su primera experiencia debía encerrar una decepción, pues el puerto al que se dirigieron era la famosa isla de Cabo Verde que según ella nada tenía de verde. Era “una tierra negra, completamente árida, con algo tan monótono que uno se siente penosamente triste”. Pero lo más grave no residía en la impresión geográfica que experimentó Flora sino en un hecho muy serio que ella nunca había tocado de cerca: la trata de negros. Al principio, antes de conocer la realidad de ese comercio inhumano, Flora reaccionó como cualquier parisina educada: “...fuimos invadidos por *el olor a negro*; no se le puede comparar con nada, causa náuseas, lo persigue a uno adonde vaya. Si se entra en una casa una se siente enseguida asaltada por esa emanación fétida. Si una se acerca a algunos chicos para mirarles los ojos se aleja enseguida, a tal punto exhalan un olor asque-



roso. Yo que tengo sentidos muy susceptibles, a quien el menor aroma se le va a la cabeza o al estómago, sentí un malestar tan insoportable que tuvimos que apurar el paso para encontrarnos fuera del alcance de esas emanaciones africanas”.

Ella que se convirtió en una socialista militante, entregada a los derechos de los obreros, debe haber recordado con vergüenza su actitud inhumana ante los negros. Estamos muy lejos de la hermana Teresa y de tantos misioneros que parecieron no sentir nunca ni asco ni olor.

Después de esta aristocrática reacción Flora nos describe una escena de amor entre ella y el señor Chabrié, el capitán que le declara su amor.

Lo grave está en que ella se hacía decir señorita y había ocultado cuidadosamente su casamiento. Para remediar esta actitud absurda decidió confiarle a Chabrié que había tenido una hija natural. Pero antes de esto nos informa escuetamente que había vivido dos grandes amores. Afirma que uno de sus pretendientes murió con tal de no desobedecer a su padre que la había rechazado. ¿Fue un suicidio? No lo aclara, pero aún en pleno romanticismo nos parece difícil morir de golpe de amor. En cuanto al segundo, nos confía que “era uno de esos seres fríos, calculadores, a cuyos ojos una gran pasión era un signo de locura: tuvo miedo de mi amor, temió que lo quisiera demasiado”.

Esto no es tan excepcional como parece. A menudo los hombres temen inspirar una gran pasión,

prefieren encontrar en el casamiento más afecto y serenidad.

Flora Tristán habla muy poco de amor y nunca de sexo. Vuelvo a recordar al lector que los románticos se referían sin cesar a grandes pasiones aparentemente espirituales y no solían darle cabida al sexo. Flora respondía a la consigna de la época. Hoy nos parece inconcebible que Musset, al declarar su amor a Ninon, dijera: "No, yo no había nacido para la dicha suprema de morir en sus brazos y vivir a sus pies". Un siglo y medio más tarde el sexo parece haber reemplazado al amor casi por completo y las personas de un temperamento frío no llegan a comprender la unión indispensable de esos elementos para vivir un amor perfecto. Prefieren atrincherarse en una actitud hostil hacia las grandes pasiones, fingir que los sentimientos no permiten ninguna transgresión, y apenas se preguntan cómo fue el acto que los obligó a nacer. Las situaciones extremas de una sociedad que finge ignorar la ternura, las sutilezas selectivas, y da rienda suelta en sus libros y sus películas a una promiscuidad sexual como lo hicieron los hippies de los años cincuenta, conducen al desequilibrio emocional de los jóvenes mal aleccionados por sus padres que les permiten hundirse en esa malsana desorientación.

Las escenas de amor que al parecer tuvo Flora con Chabrié lindan con el ridículo. Por otra parte, jamás sabremos si hubo alguna relación íntima entre ellos aunque algunas frases oscuras permi-

ten suponer que existió y quedó trunca al negarse ella a casarse con él.

Resulta inconcebible que no le haya hablado claramente de su casamiento. Él hubiera comprendido su imposibilidad de concertar otra unión en vez de sentirse ofendido por su inexplicable rechazo. Pero en aquel momento Flora deseaba una sola cosa con obstinación, con pasión, con toda la fuerza de su alma: conseguir la fortuna que según ella le pertenecía. Después al ser rica sería libre. La libertad total no se logra sin independencia económica y ella lo aprendió desde su miserable infancia.

Mientras se demoran en Cabo Verde para restaurar el barco, aparecen ante nuestros ojos algunos personajes extravagantes, tal por ejemplo el vil señor Tappe que le cuenta:

“Por Dios, señorita, no hay en esta costa sino un tipo de comercio: es la trata de negros. Cuando vine a la isla a establecerme era la edad de oro, se podía ganar mucho dinero sin demasiado trabajo. Durante dos años fue un comercio prospero; la misma prohibición de la trata hacía que uno vendiera los negros al precio que quisiera; pero desde entonces esos malditos ingleses insistieron tanto para que se cumpliera la ejecución rigurosa de los tratados, que los peligros y los gastos que ocasiona el transporte de los negros han arruinado por completo el comercio más ventajoso que existió. Además ahora todo el mundo explota esta industria y no se

gana más que vendiendo fardos de lana o de algodón.”

Luego le cuenta que aún posee dieciocho negros, veintiocho negras y treinta y siete negritos, que son los que ahora se venden mejor. Lo grave del asunto no termina ahí pues le confiesa:

“Me vi obligado a casarme con una de esas negras para proteger mi vida; ya habían tratado de envenenarme tres veces. Temía morir y pensé que si me casaba con una de esas mujeres ella se interesaría en mí, sobre todo haciéndole creer que todo le pertenecía. La hago cocinar y la obligo a probar en mi presencia lo que me sirve antes de comerlo. Considero que esta precaución me da una gran seguridad. Tengo tres hijos con ella y ella los quiere mucho.” No obstante piensa volver a Francia abandonándola y afirma: “No tema, lo pasará muy bien, venderá a sus chicos, por los que obtendrá un buen precio...”

Por supuesto Flora se escandaliza como nosotros y le dice que cómo puede admitir que vendan a sus propios chicos:

“Señorita, es un acto como tantos semejantes que se cometen a diario en nuestra sociedad.”

Esas nuevas experiencias, esos primeros contactos con una sociedad codiciosa y depravada, indignan a Flora pero no la hacen reflexionar sobre la condición humana. No piensa que aquellos que han dejado Europa para vivir en islas inhóspitas o en los confines del mundo creen firmemente que el fin justifica los medios.

Al fin volvemos a bordo y resulta interesante para nosotros los argentinos su impresión del Cabo de Hornos “con todos sus horrores”. No entra en descripciones prolijas pero nos cuenta que “El frío varía entre 7 y 20 grados bajo cero según la estación”. Como ellos lo transitaron en julio y agosto sufrieron mucho por el frío, la nieve, el granizo y el hielo:

“Es allí donde he visto en todo su horror los males que pueden recaer sobre el hombre. He visto que la camisa de lana y el pantalón de los marineros se habían congelado sobre ellos. No podían hacer el menor movimiento sin ver su carne lacerada por el roce del hielo sobre sus miembros insensibles.”

Si agregamos a esto que la cabina de la tripulación estaba siempre tan llena de agua que hasta llegaba a cubrir sus camas, comprendemos que la humanidad haya pasado épocas más dolorosas que las que parecen habernos tocado vivir.

La tristeza se apodera de todos, gozan en el extremo austral de América de sólo cuatro horas de luz, a decir de Flora, y la travesía resulta cada vez más difícil de soportar. Volvemos al rolido, al tanguero, a las inevitables rencillas de las personas encerradas juntas durante meses y a los secretos proyectos de Flora de rehacer su vida con el señor Chabrié. “Lo que lo convierte a uno en criminal es la absurda ley que establece la indisolubilidad del matrimonio”, afirma sensatamente Flora. Pero su destino era pagar hasta el final de sus días por el

hecho de que sus padres no estuvieran casados legalmente y por el otro no menos nefasto: estar ella casada legalmente.

Como era inevitable, el capitán Chabrié le pide que se case con él, pero Flora, que aún no era el personaje en que se convirtió luego y justifica esta biografía, le contesta en estos términos poco románticos aún hoy en que estamos lejos del romanticismo del siglo XIX:

“Querido amigo, hasta ahora en nuestros proyectos de unión ninguno de los dos ha pensado en las ventajas de dinero que pudiéramos encontrar. Permítame por primera vez decirle dos palabras. Usted sabe que voy a ver a mi familia con la esperanza de recoger sino en su totalidad, al menos en parte, la herencia de mi padre. Si obtuviera todo tendría un millón; pero como mi título de hija legítima puede serme discutido no cuento sobre ese millón; esperemos al menos que como hija natural reciba la quinta parte de esa suma y además el regalo que podrá hacerme mi abuela; y bien, querido amigo, cuanto poseo le pertenece. Con esa suma podrá pagar sus deudas y además proporcionarle a David los medios para volver a empezar sobre la base de nuevos gastos...”

Aquí resulta que Chabrié se estremece y le dice que jamás podrá casarse con ella si es poseedora de semejante fortuna. Ignoro en cuánto se podrían calcular actualmente doscientos mil pesos fuertes peruanos, pero por importante que fuera la suma parece improbable que se tratara de una fortuna

tan fabulosa como para que el digno Chabrié le demuestre que sólo podrá casarse con ella si no recupera la quinta parte de los bienes de su padre, que vivió tan modestamente con su madre y su hija en París hasta que un ataque de apoplejía segó su vida. Aquí comienza un diálogo tan falso como absurdo, en el que ambos se abisman en el dolor que podrían haberse evitado con sólo intentar comprender que ninguna familia entrega a una desconocida que llega del otro lado del mundo una herencia que legalmente no le pertenece: ni por completo ni la quinta parte.

Dada mi admiración por Flora Tristán lamento advertir que tiene una marcada tendencia a mentir y sufre de una clara mitomanía. No cabe duda que tuvo una aventura con Chabrié, pero basar la imposibilidad de su matrimonio en la rectitud de un hombre que no quiere casarse con una mujer rica sin ningún motivo aparente, pues aún era indispensable dar una dote en aquel entonces a las mujeres para casarlas, linda con el disparate. Además tampoco fue en su busca cuando supo que sólo le tocarían unos centavos de renta dados a regañadientes por su tío que ya lo había hecho al acudir en su ayuda y en la de su madre en años anteriores. Aunque, al parecer, un barco se hundió con la suma enviada y otro no pudo llegar por la guerra entre España y Francia a principios de siglo.

Pero lo más brillante de la existencia de esta mujer visionaria, luchadora y precursora del movimiento feminista y obrero, no fue su vida senti-

mental. Si una se casa por interés no tiene derecho a despreciar al marido rico y abandonarlo con sus hijos en busca de libertad. En cuanto al amor hay en ella cierto rechazo, a tal punto que mucho más adelante en medio de su campaña por la unión obrera dice con desdén: “Lo único que faltaba es que un obrero se enamorara de mí”. Pero dejemos esto para cuando le llegue su hora. Y volvamos a Valparaíso adonde acaba de arribar el *Mexicain* con sus extenuados pasajeros.

La primera impresión de Flora fue más bien agradable dado que “todo el mundo hablaba francés” y llevaba ciento treinta y tres días de navegación. Pero pasó la noche en vela presa de malos presentimientos, cosa que al parecer le ocurría siempre ante una desdicha al acecho. Esto no me extraña dado que suelo ser presa de premoniciones y nadie sabe de dónde provienen estos avisos nefastos del destino. La verdad es que Flora por primera vez toma plena conciencia de lo frágil de su situación. Se imagina a su abuela muerta, a su tío que la rechazaba, y se veía sola a cuatro mil leguas de su país, sin apoyo, sin fortuna, sin ninguna esperanza. No había que ser bruja para imaginar esa deplorable situación; lo único insospechable era que realmente su abuela había muerto y nos cuenta de este modo cómo se enteró:

“Al día siguiente a mediodía el señor Miota volvió a verme. En cuanto apareció leí en sus rasgos que tenía que darme una noticia siniestra. ¡Mi abuela ha muerto!... le dije. Quiso anunciármelo



con precaución pero ya había sentido el golpe: había muerto el mismo día de mi partida de Bordeaux. Ah, confieso que por un momento sentí tambalear mis fuerzas. Esa muerte me quitaba mi único refugio, mi única protección, mi última esperanza. El señor Miota se retiró sintiendo que en semejantes momentos uno necesita estar solo; sin embargo me dijo antes de irse: 'voy a decirle al señor Chabrié que venga a acompañarla'. Ese excelente joven no sabía que para mí también Chabrié había muerto!...

Hay dolores tan por encima de aquellos a los que por lo general estamos expuestos, cuyos abrazos nos queman y penetran tan profundamente en nuestro ser que ningún idioma tiene palabras para pintarlos. De tal naturaleza fueron los que sentí ante la noticia de esa muerte que daba por el suelo con todas mis esperanzas. No derramé una sola lágrima. Los ojos secos, ardientes, hundidos en sus órbitas, las venas del cuello y de la frente tendidas, las manos frías y crispadas, permanecí durante más de dos horas en la misma actitud mirando el mar que me parecía un horrible cuadro sobre el cual mi historia estaba grabada en caracteres de fuego. Me trajeron la comida... ¡y comí! A tal punto en esa crisis de dolor inextinguible mi alma se había separado por completo de mi cuerpo."

Los románticos nos acostumbraron a falsear con imágenes extravagantes las más elementales reacciones humanas. Nosotros, hoy, diríamos tranquilamente: comí porque tenía hambre. Pero en el

año 1833 esta manera de expresarse hubiera sido una señal de insensibilidad y mala educación.

La verdad cruda y simple es que la pobre Flora no podía querer a una abuela a la que no había visto jamás, y su desesperación estribaba en que había depositado en ella todas las esperanzas de ser reconocida como la hija de don Mariano y cobrar su herencia. ¿De lo contrario qué hacía en Valparaíso, rumbo al Perú? ¿Para semejante desastre había gastado sus magras economías en el viaje y había soportado ciento treinta y tres días de travesía por mar embravecido, ella que sufría tanto de mareos?

Pero he aquí que el bueno de Chabrié se pone a declamar que lo ocurrido es una bendición para ambos y al fin podrán casarse, cosa imposible si ella era rica y él pobre. No podía adivinar que el casamiento era la última ambición de Flora, que por otra parte ya estaba casada. El generoso capitán también le ofreció llevarla de regreso a Francia, pero esa mujer empecinada quería, como es natural, conocer a su familia peruana, exponer sus derechos y llevar sus pretensiones hasta las últimas consecuencias. Nunca se habrá podido decir de ella que fracasó por desidia o cobardía, nunca se dejó estar. Su destino fue siempre su enemigo pero lo enfrentó sin desalientos pese a haber recibido tan pocas compensaciones y tantos castigos, además de sufrir una mala salud que no le daba tregua. Admite que tuvo por momentos ganas de echarse en brazos de Chabrié y contarle toda la

verdad pero temió apenarlo “después de esos cinco meses de amor”. Por otra parte, un tal señor Roux se ofrecía a pagar todas las deudas de Charbríe porque pensaba casarlo con su hija.

“Al día siguiente —dice Flora— anuncié a Charbríe que al ver mis intereses comprometidos por tantas demoras no podía esperar más tiempo su partida y había tomado la determinación de salir sola en línea recta hacia Arequipa. [...] Calmé su pena demostrándole que *nuestros intereses comunes* así lo exigían.”

Las palabras están subrayadas por Flora que al fin libre de obligaciones y resuelta a llevar a cabo su expedición pudo dedicarse a recorrer Valparaíso. Lo describe en forma fría y desapasionada, harto escueta, aunque es necesario decir que el volumen que ha llegado hasta mis manos encierra según propia confesión del editor sólo las tres cuartas partes del texto original. Han sido suprimidas “descripciones reiterativas”, como lo confiesa Jules Puech, que ha dedicado toda su vida a la obra de Flora Tristán. Creemos en su palabra pues, tanto aquí como en su diario de gira por Francia, no podemos dejar de comprobar que es reiterativa hasta un grado poco común.

En las pocas líneas que dedica a las chilenas, las describe como mujeres frías, duras y altaneras. Quizá hayan cambiado mucho en este siglo y medio, pero si alguna cualidad tienen las mujeres de Chile es su calor humano, su sentido de la hospitalidad, su manera afectuosa de tratar a quien se les

acerca, ayudadas por una manera cadenciosa y cantarina en el hablar que las vuelve aún más acogedoras.

Sin embargo ni entonces ni ahora podremos pedirle a un europeo que evalúe nuestras cualidades salvo a lo largo de muchos años de amistad y, aunque se hayan enriquecido en nuestros países, suelen irse diciendo que por fin dejan atrás este país de salvajes y desde la cuna inculcan a sus hijos nacidos aquí un desdén por nuestras tierras. Hay excepciones pero son las menos.

Después de nuevas efusiones y promesas de Chabrié, Flora, para que la deje partir en paz, le promete que será su mujer y que se quedará a vivir en América: “No sintió en sus apasionados abrazos que sólo oprimía un cadáver incapaz de devolverle la menor caricia.” Cuando al fin logró sacárselo de encima se embarcó en el *Leonidas* que ocho días después la dejó en la costa peruana. Ella anotó que el día de la partida tuvo que madrugar mucho pues “no tenía ninguna sirvienta para ayudarla a hacer sus baúles”. Sin lugar a dudas aún alimentaba delirios de grandeza, al menos eso nos parece hoy a las personas habituadas a arrastrar como podemos nuestra maleta por los aeropuertos atestados, encogernos al máximo en un asiento diseñado para un niño de seis años algo raquítico, y soportar el peso del bolsón de mano para no pagar exceso de equipaje. Pero en aquellas épocas doradas “una paria” anotaba en su diario de viaje

la particularidad de tener que hacer sola su equipaje.

De todos modos, pese a tantas tribulaciones, he nos en una costa peruana llamada Islay. Como jamás oí hablar de ese puerto del Perú ignoro si sus descripciones son exactas. Sólo sé aun hoy que quedaba a tres o cuatro días a caballo de Arequipa. Su nombre más francés que sudamericano me llama la atención, quizá pueda recoger alguna información mientras sigo escribiendo esta historia sorprendente.

Aquella mañana de la llegada a Islay, cuando las autoridades leyeron el nombre de Flora en su pasaporte le preguntaron si era parienta de don Pío de Tristán y, ante su respuesta afirmativa, se entablaron conciliábulos. Daba la casualidad que don Pío le había dado al capitán del puerto la prefectura del de Arequipa y, como vivía a mitad camino entre ambas ciudades, aceptó llevarle a don Pío una carta de su sobrina.

En aquella época de su vida Flora creía que todo le era debido y no agradecía bastante las deferencias de que era objeto. Le dieron, según ella misma confiesa, la mejor habitación en casa de don Justo de Medina, director de Correos, aunque ya le había ofrecido una en la suya el administrador de la Aduana. Los tiempos han cambiado tanto que nos parece inverosímil tanta hospitalidad; hoy ni siquiera la familia suele ofrecer un cuarto sino que nos llevan a un hotel. El resto lo cuenta ella misma en las líneas que siguen:

“Me parece necesario para la comprensión del lector que lo ponga al corriente de las relaciones que existían entre mi tío y yo y que lo instruya igualmente de la posición de mi tío en relación con los habitantes del país.

Se ha advertido en mi prólogo que el casamiento de mi madre no había sido legalizado en Francia y que como resultado de ese defecto de forma yo era considerada como hija natural. Hasta los quince años yo había ignorado esta absurda distinción social y sus monstruosas consecuencias, adoraba la memoria de mi padre, confiaba siempre en la protección de mi tío Pío, pues mi madre, hablándome continuamente de él, me lo hizo querer aunque sólo lo conocía por su correspondencia con mi padre.”

Aunque Flora juzga siempre con la mayor severidad a su tío por no aceptarla como la hija legítima, debemos admitir que Mariano de Tristán fue algo más que descuidado al no casarse civilmente ni registrar a su hija como legítima. Mi interpretación personal es que existía un serio impedimento. ¿No estaría casado anteriormente por el Registro Civil? Ningún hombre se hace dar una bendición nupcial a hurtadillas, bautiza a su hija sin reconocerla antes, calla su casamiento a su familia, si no se interpone algo muy grave. Vaya uno a saber si don Mariano se había casado anteriormente en España, en Francia, en el Perú o donde fuere, pero lo cierto es que, pese a los clamores de Flora por ser tratada injustamente, el único culpa-

ble fue su padre que tuvo dos hijos, un varón muerto en la infancia y Flora; convivió con ellos y su madre hasta que le dio un ataque de apoplejía diez años después, y no menciona ni su boda ni la formación de su hogar en su correspondencia. Tampoco deja testamento. Cabe pensar que se trata de un bígamo que vivía aterrorizado ante la posible aparición de su primera mujer. La legítima. Quizá ella murió o hizo lo mismo que él, acaso al saberlo pobre no se molestó en reclamar sus derechos o lo creyó muerto durante la guerra en España y le fue difícil encontrar sus rastros en Francia. Pero esos misterios no existen porque sí y tal suma de errores y de omisiones no se cometen a lo largo de tantos años de no mediar causas insolubles.

No obstante, desde Islay, Flora le escribe una larga carta a su tío don Pío en la cual afirma que su padre necesitaba el permiso del rey para casarse. ¿Quién le impedía pedirlo? ¿O lo pidió y no lo obtuvo? Como Mariano y su mujer se conocieron en Bilbao, donde ella se había cobijado de las depredaciones de la guerra civil, se casaron sin más trámites que la bendición de un cura llamado Roncelin y luego se fueron a vivir a París, donde Mariano compró una casa de la cual se apoderó el Gobierno a su muerte, así como de todos sus papeles. Esto significa claramente que no dejaba herederos, ni esposa legítima, ni hijos reconocidos. La verdad es que el tal Mariano de Tristán no merecía el respeto de su hija que se niega a juzgarlo.

Sin embargo pudo comprar la casa a nombre de su mujer en vez de dejar a todos en la indigencia. Flora dice en unos párrafos de su carta:

Señor Pío de Tristán:

“Es la hija de su hermano; ese Mariano tan querido por usted, que se toma la libertad de escribirle. Me complazco en creer que usted ignora mi existencia y que de más de veinte cartas que mi madre ha escrito a lo largo de diez años ninguna ha llegado a usted. He encontrado una manera segura de hacerle llegar esta carta y tengo la esperanza de que no lo deje insensible. Adjunto mi certificado de bautismo; si le quedaran algunas dudas, el célebre Bolívar, amigo íntimo de los autores de mis días, podrá aclarárselas; me ha visto educada por mi padre, cuya casa frecuentaba asiduamente.”

Era corriente en aquel entonces que los hombres llevaran una doble vida y que sus amigos frecuentaran con asiduidad la casa de la amante. Basta leer *La Dama de las Camelias*, *Manon*, etc.... Pero Flora no parece haber pensado nunca en esto. Al menos en los escritos que han llegado a mis manos muy mutilados a causa de su extensión, pues escribía mal pero incesantemente. Sufría de una grafomanía ilimitada: de una incontinencia gráfica, si se quiere.

Confieso que esta actitud no me sorprende porque sufro de la misma incontinencia que acaso sea



un defecto femenino y no puedo escribir una carta escueta a un banco dando órdenes precisas, cosa que me ha causado serios trastornos y hasta parte de mi fortuna. Pero contrariamente a Flora Tristán tengo una mente que capta con rapidez los problemas legales y sé que sólo valen los documentos hechos ante escribano público, ordenados, con testigos calificados, y trato de no dejar nada al azar. Sé lo caro que cuesta la menor distracción. Los ciudadanos deben conocer las leyes y nadie es inocente mientras no pruebe que no es culpable. Pero por supuesto han pasado ciento cincuenta años y la formación de la mujer actual no es la de la mujer de 1833.

También sé como todo ciudadano actual que nadie renuncia a un derecho, que por lo general se prefiere renunciar a los deberes, y que para hacer valer los derechos hay que tener títulos indiscutibles, no frases románticas y sentimentales. Acudir a los sentimientos de los demás no suele llevar muy lejos. Flora, la pobre muchachita, educada en la miseria, obrera a los diecisiete años, le habla a su tío con argumentos sin peso:

“Espero de usted justicia y bondad. Me confío a usted con la esperanza de un porvenir mejor. Le pido su protección y le ruego que me quiera como la hija de su hermano Mariano tiene derecho a reclamarlo.

Soy su muy humilde y obediente servidora.”

Flora de Tristán

Si bien he advertido al lector con anterioridad que Flora exigía mucho del prójimo, aún se puede insistir en que consideraba que tarde o temprano todos cederían a sus exigencias y que sus frases sentimentales abrirían los bolsillos más recalcitrantes y ablandarían los corazones de aquellos que jamás la habían visto y no tenían motivos valederos para quererla. Su legitimidad era más que discutible; los motivos por los cuales su padre no se casó legalmente con su madre llevan a diversas suposiciones. ¿No estaría casado antes con alguna mujer que acaso lo abandonó o no se interesó en seguir a su lado a causa de su mala situación económica? Flora no confiesa a nadie que está casada, ¿habrá heredado esa extraña costumbre de su padre?

En un momento dado afirma que ante los requerimientos amorosos del señor Chabrié tuvo que confesarle que había tenido una hija pero no creyó necesario decirle que era casada. Extraña familia sin duda. Sus padres, según ella recalca en su carta a don Pío, se conocieron en Bilbao; él necesitaba el permiso del rey para casarse y en lugar de pedirlo le propuso a su futura mujer que se unieran sólo en un casamiento religioso, ceremonia que llevó a cabo con una simple bendición un eclesiástico llamado Roncelin.

Flora afirma que su madre siempre fue tratada como esposa legítima y que diez personas atestiguan haberla conocido bajo ese título. Perfecto, pero nadie suele pedirnos nuestra libreta de casa-

miento cuando viene a visitarnos. También agradece las sumas que le envió don Pío: 20 000 francos confiscados por los ingleses y 10 000 que naufragaron con el barco *Minerva*. Don Mariano compra una casa a su solo nombre y a su muerte el gobierno de Francia la confisca como un bien perteneciente a un español. La pobre muchacha no estaba destinada a ser rica y su madre tampoco. Cabe preguntarse, como lo haré a menudo a lo largo de esta biografía, si, según el viejo adagio, "Dios escribe derecho en renglones torcidos", porque de haber logrado su herencia no hubiera quedado en la Historia como la primera mujer socialista y fundadora de la Unión Obrera. Habría sido una de las tantas señoras con un buen pasar cuya vida transcurrió disfrutando los placeres de París. Veamos ahora la respuesta de su tío:

Señorita Flora de Tristán:

Arequipa, 6 de octubre de 1830.

Señorita y mi estimable sobrina:

"He recibido con tanta sorpresa como placer su apreciable carta del dos de junio próximo pasado. Sabía, desde que el general Bolívar estuvo aquí en 1823, que mi hermano bienamado Mariano de Tristán en el momento de su muerte tenía una hija; anteriormente el señor Simón Rodríguez que usted conoce bajo el nombre de Robinson me lo había comentado; pero como ni el uno ni el otro me dieron

ninguna noticia ulterior respecto a usted ni al lugar en que vivía, no pude comentarle algunos asuntos que nos interesaban a usted y a mí. La muerte de su padre me fue anunciada oficialmente por el gobierno español, que había recibido la noticia por el príncipe de Masserano...”

Para no traducir toda la carta resumiré algunos párrafos de poca importancia. Don Pío envió poder general al general Goyeneche, que no pudo hacer nada muy constructivo a causa de la invasión de España por los franceses. Por el mismo motivo permanecieron muchos años sin lograr comunicarse. También la hizo buscar en 1924 por un comerciante de Bordeaux; al menos esto es lo que él dice. Por supuesto no encontraron a la familia en la casa de la que había sido desalojada y don Pío afirma que no obtuvo la menor noticia aunque gastó mucho para ello.

La mala suerte se encarnizaba en Flora Tristán pero también podemos suponer que su tío no llevó a fondo las averiguaciones como lo asegura. Deslindar entre la mala fe y la mala suerte no siempre es fácil. Pero en esta misma carta él le dice que le mostrará las pruebas de su búsqueda que obran en su poder y, por supuesto, de los gastos que ésta le ocasionó.

Antes de continuar con la carta de don Pío volvemos a preguntarnos si la madre de Flora no tenía motivos para ocultarse. ¿Se trata de un caso

de bigamia? No, dado que no hubo casamiento civil, pero lo cierto es que no se trata de un asunto sencillo y que la buena señora puso muy poco afán, aunque tal vez le haya mentido a su hija, para comunicarse con la familia de su supuesto marido. Quizá temió verse obligada a confesar los motivos por los que no estaban casados legalmente, pues si bien no pudieron hacerlo en Bilbao, nada les impedía legalizar su unión años después en París.

Don Pío continúa su carta en el mismo tono sensato en que siempre se dirigió a ella, detrás del cual asoma claramente una duda: la de que la mujer de Mariano haya mentido a sus hijos al afirmarles que había escrito sin cesar al Perú:

“¿Cómo después de veinte años de la muerte de mi hermano Tristán sin tener noticias de usted ni de su madre podía imaginarme que todavía existiera? Sí, mi querida sobrina, fue una fatalidad que ninguna de las numerosas cartas que su madre me ha escrito haya llegado a mi poder, cuando la primera que usted me manda me ha llegado sin demora. Soy muy conocido en este país y las relaciones entre nuestras orillas y las de ustedes son bastante frecuentes desde hace ocho años, como para que al menos me llegara una carta. Esto prueba de una manera evidente que ustedes han obrado con bastante descuido.

[...]

He visto el certificado de bautismo que me ha mandado y creo plenamente en él respecto a su cualidad de hija reconocida por mi hermano, aunque este documento no se haya legalizado ni esté firmado por tres escribanos que certifiquen como verdadera la firma del cura que lo ha librado, tal como debía ser. En cuanto a su madre y a su cualidad de esposa legítima de mi difunto hermano, usted misma confiesa que la forma en que le fue dada la bendición nupcial es nula y no tiene ningún valor en este país ni en toda la cristiandad. En efecto es extraordinario que un eclesiástico que se dice respetable como el padre Roncelin se haya permitido proceder a semejante acto sin las atribuciones requeridas respecto a los contrayentes.

[...]

Por otra parte poseo entre la propia correspondencia de mi hermano hasta poco antes de su muerte, algo que puede servirme de prueba bastante fuerte aunque negativa de lo que pienso: que mi hermano nunca me habló de su casamiento, cosa extraordinaria dado que no nos ocultábamos nada el uno al otro."

Agrega más adelante que, de haber existido una unión legal, ni el príncipe Masserano ni ninguna otra autoridad podrían haberse apoderado de la casa de don Mariano de Tristán, sobre todo si dejaba una descendencia legítima nacida en el

país. Le dice claramente que acepte que es hija natural aunque por supuesto ese hecho no disminuirá el afecto que siente o sentirá por ella. No sólo será su sobrina querida sino su hija, dado el inmenso amor que lo unía a su hermano. En resumidas cuentas don Pío de Tristán, que conocía bien las leyes a la inversa de su atolondrada sobrina, escribe cartas que son ejemplos de hipocresía epistolar y no lo comprometen en nada: la quiere como a una hija pero no le debe nada dado que apenas conocía su existencia. Le informa que su madre, la abuela de Flora, aún vive y tiene noventa y nueve años; goza de plena lucidez, ha repartido sus bienes en vida para que la familia los disfrutara ante sus ojos y, al enterarse de que existía Flora por medio de la carta que ella acababa de enviar, le deja un legado de 3 000 pesos en dinero líquido. Por desgracia tampoco puede entregarle los bienes de su padre porque sólo dejó deudas puesto que transcurrieron once años antes de que la familia se enterara de su muerte. Acaba de hacerle mandar a Bordeaux un giro de 2 500 francos, le aconseja sobre la manera de colocar el legado de la abuela, cuyo monto resulta imposible de calcular hoy. ¿Qué significaban 3 000 pesos fuertes peruanos en 1833? Una suma relativamente importante dado que podía colocarla y vivir modestamente de rentas, aunque ya sabemos que para los ricos cualquier suma de dinero que tengan los pobres les parece enorme y casi inmerecida. ¿Adónde iría a parar la sociedad si no hu-

biera ricos y pobres? El comunismo no logró igualar el difícil problema de las finanzas que es, en resumidas cuentas, el que más tortura a los hombres.

Don Pío, cuidadoso en sus palabras, deja en claro:

“Admitamos que usted no es sino la hija natural de mi hermano, lo que no es una razón para que sea menos digna de mi consideración y de mi tierno afecto.”

“Cuando recibí esta respuesta —dice la atribulada Flora— pese a la buena opinión que tenía de los hombres comprendí que no debía esperar nada de mi tío; pero aún me quedaba mi abuela y toda mi esperanza se volcó hacia ella.”

La ingenuidad de Flora vuelve a la superficie. En primer lugar había un alto porcentaje de probabilidades de que la anciana señora no estuviera del todo en sus cabales; a esa edad la arterioesclerosis suele hacer estragos en cualquier latitud y en cualquier época. Pero ocurrió además que su tío no le leyó nunca la carta a su abuela ni a ningún otro miembro de la familia y todos ignoraron su existencia hasta que ella apareció como un fantasma en el mismísimo Perú. ¿Quién iba a pensar que en 1833 una muchacha sin fortuna ni papeles que la identificaran como heredera haría la larga y penosa travesía que separaba Europa de Sudamérica para intentar hacer valer sus derechos sobre su herencia? Ella no había informado a don Pío de su



proyecto de viaje; de haberlo hecho, él se habría arreglado para detenerla.

Pero antes de continuar con esta historia, que nos recuerda a *Jane Eyre* o a las novelas de Dickens, recordemos que Pío de Tristán era una de las personas importantes de nuestro continente. Había vuelto de Europa en 1803 con el grado de coronel.

Flora siente una gran admiración por ese tío legendario y hasta le cuesta reconocer que le hizo hacer a su abuela un testamento que él nunca le leyó y como muchas señoras de entonces se contentó con firmarlo. Confiaban en sus hijos varones; no sólo en 1833 sino también cien años después he visto a muchas ancianas despojadas por los hombres de la familia que por lo general gozaban de plenos poderes. Administrar dinero no era tarea femenina. Recuerdo que en mi infancia mi madre era una de las pocas mujeres que tenía su cuenta bancaria y hacía cheques. Sus amigas y mis tías se sorprendían de esta actividad inusual, ellas mandaban todo a cobrar "al escritorio"; esos misteriosos escritorios que ellas suponían arcas sin fondo como ocurre con los bienes de los Estados.

Pese a su decepción, Flora admira a su tío. Debe de haber sabido contar muy bien las historias y la Historia pues ella demuestra estar informada de la realidad de las guerras de la Independencia Sudamericana. Ese narrador nato le pintó como en una película en colores la retirada hacia el Alto Perú, atravesando las inmensas extensiones que separaban esa región de Buenos Aires, galopar a

campo traviesa en medio de emboscadas, de encuentros imprevistos con soldados patriotas que los obligaban a combatir en medio de la huida, buscar vados para atravesar los ríos, ubicarse sin que ninguna ruta hubiera sido trazada. Dice Flora que “Esos magníficos soldados cubiertos de oro sufrieron mucho en esas regiones salvajes pues estaban habituados a la vida fácil de las ciudades de América española”. Conseguían su subsistencia ensartando con la punta de sus bayonetas animales salvajes, y cuando tenían la oportunidad de comprar algunos alimentos echaban a la suerte a ver quién debía desprenderse de una de sus espuelas de oro macizo para pagar los víveres.

“Esos magníficos soldados del rey, esos guerreros cubiertos de oro, habituados a la vida fácil de las ciudades de América española, sufrieron mucho al recorrer esas regiones salvajes. Vivieron, durante ese prodigioso trayecto, de víveres que obtenían con la punta de sus bayonetas, de animales salvajes que mataban en sus cacerías y de la subsistencia que encontraban para comer. Mi tío me ha contado a menudo que en esas oportunidades, cuando no tenían más dinero en la caja del ejército, tiraban a la suerte entre los soldados de la caballería, ya que todos tenían espuelas de oro macizo, para determinar cuál de ellos daría una de sus espuelas para pagar los víveres.

[...] Ese lujo soberbio de las tropas españolas de América les daba una alta idea de ellos mismos y de su superioridad sobre los pueblos que some-

tían; pero es uno de los resortes que se gasta más rápido.”

Con una perspicacia poco común, Flora capta lo que sin duda le ha contado su tío: el lujo de los españoles, la cantidad de oro que tenían acumulado, la falta de espíritu marcial de los indios del Perú, cosa que no cabe en el estudio de la independencia argentina, pero hay algo cierto cuando dice que “las poblaciones españolas diseminadas sobre un vasto territorio no brillaban por sus costumbres marciales”. España suponía que la independencia de América del Sur estaba muy lejos. Se equivocó: don Pío de Tristán fue vencido en Ayacucho pero era tan diestro y respetado que le pidieron que siguiera al servicio de la República.

Ambos bandos se enfrentaron, ambos temieron su traición; por eso Tristán renunció a todos los cargos y se instaló en Arequipa, donde pudo vivir cómodo y con todo lujo. ¿Pero a quién le importa vivir cómodamente y con lujo? ¿No es acaso el hombre un animal ambicioso, carnívoro, vanidoso, ebrio de poder y de gloria? Aunque todo es igualmente transitorio dada la transitoriedad de la vida humana, nos aferramos a algunas cosas más que a otras. En el fondo nos aferramos a lo que nos parece menos transitorio, a lo que más nos acerca a Dios que no es la comodidad, ni el simple bienestar sino el poder, la gloria, en último caso el éxito, pero algo que supere los mínimos instintos y la humildad de los que sólo se acogen a ellos.

Flora habla por lo general mal de los peruanos ¿pero conoce acaso ella a los franceses? Una infancia engañosa, luego miserable, una adolescencia en la pobreza, un casamiento con el dueño del taller donde trabajaba para escapar del hambre... ¿Qué más conoce de su país natal?

Del Perú conoció en primer lugar las inevitables diferencias entre una Europa en pleno florecimiento y un país sudamericano recién salido de la guerra de la Independencia. Cuenta como algo horroroso un chisme según el cual no sabían cómo recibirla a su llegada pues ignoraban cómo lo tomaría Tristán. Esta clase de luchas entre camarillas existen y existirán mientras haya mundo, pero ella no había salido de sus modestas viviendas y el taller en que trabajó. Inteligente, despierta, capaz de llegar a lo que llegó, captó cuanto era necesario captar de Sudamérica, supo mirar y ver, ¡lo único que no supo fue agradecer! Mientras dedica páginas enteras a sus decepciones, le bastan cuatro líneas para describir una comida dada en su honor. Pero éste no es un defecto personal, sino que, como la mayoría de los franceses, cree que todo le es debido. Hay países líderes y además benditos por sus tierras fértiles, el milagro de sus viñedos, la belleza de sus ciudades, la atracción que ejercen sobre el resto del mundo. También hay hombres y mujeres así, con un carisma especial. Francia es uno de ellos. Pero veremos más adelante que Flora no buscaba la felicidad sino el sentido de la vida, y que fue tan severa con Francia cuando la recorrió

como con el Perú. Sólo ella había cambiado; ella y sus objetivos, ella en busca de su herencia como una mitómana, o ella igualmente mitómana en busca de una igualdad social que llegaría casi un siglo después. Me refiero a la posibilidad de los obreros de hacerse oír, porque la igualdad no es de este mundo.

No obstante llega el momento de las decisiones. Flora comprende que debe ir a Arequipa a ver a su tío y que no puede aportarle nada demorarse en Islay. No era, a decir verdad, un lugar acogedor. Cuando la pobre viajera, terminada la fiesta que le pesa como a lo largo de sus páginas vemos que le pesan todas las fiestas, puede correr a acostarse, no ha terminado de dormirse cuando se siente atacada por las pulgas; pero no por una, o dos, o tres, sino al parecer por un ejército de pulgas como en las series de ciencia ficción. Remitámonos a sus descripciones de la segunda noche en que le enseñaron el método al parecer falible de sufrir menos por las picaduras de esos terribles insectos, los que según ella inflaman la sangre y causan fiebre y a los que se ve saltar sobre la arena por las calles de Islay.

“Desde mi llegada no pude dormir durante la noche a causa de las picaduras de las pulgas que inflamaron mi sangre a tal grado que me subió mucho la fiebre. Me levanté al amanecer y salí al patio para tomar aire. Encontré al doctor que se lavaba la cara, el cuello y los brazos, protestando contra las pulgas: por toda respuesta le mostré

mis manos que estaban todas cubiertas de ampollas.”

Pese a las pulgas que, por otra parte, la persiguen durante gran parte del viaje y de su estadía en el Perú, en donde según Flora se las ve saltar sobre la arena en las calles de Islay, al parecer sin nada semejante a un empedrado, resuelve partir cuanto antes rumbo a Arequipa en busca de su tío don Pío de Tristán, que puso a mal traer a las tropas de Belgrano hasta que perdió la batalla de Ayacucho que aseguró la independencia americana.

No obstante tuvo que pasar todavía una noche más en Islay, de donde saldría al día siguiente a las cuatro de la mañana, acompañada, por suerte para ella, por dos caballeros que la ayudaron en la ardua travesía del desierto y de la cordillera. Eran Baltazar y José de la Fuente.

No deja de tener gracia la forma en que se arregló para tratar de dormir menos molesta por las pulgas en su última noche en Islay. Como suele ocurrir con los relatos de los viajeros de aquel entonces, nos encontramos con descripciones folklóricas que hoy nos resultan inconcebibles.

“Al volver a mi cuarto, la señora de Justo vino a mostrarme cómo había que defenderse de las pulgas. Colocó cuatro o cinco sillas la una detrás de la otra de tal modo que la última llegaba a la cama; me hizo desvestir sobre la primera silla: pasé a la segunda llevando sólo mi camisa. La señora de Justo llevó toda mi ropa fuera del cuarto reco-

mendándome que me limpiara con una toalla para hacer caer las pulgas adheridas al cuerpo; luego fui de silla en silla hasta mi cama donde tomé una camisa blanca sobre la cual había vertido mucha agua de colonia. Este procedimiento me procuró dos horas de tranquilidad.”

Dice Martín Fierro que “no hay mal que dure cien años”. Esa clase de filosofía popular nunca me ha consolado pues no hay hombre que dure cien años y como son muchos los males que comienzan a los cuarenta o a los cincuenta o aún después, basta que un mal dure cien días para que destruya nuestro equilibrio interior y tal vez nuestra vida entera, es decir lo que nos queda de ella.

Los males menores de Flora duraron cuarenta y ocho horas pero debía prepararse a todos los demás. Los más inmediatos le vendrían de su inminente viaje a través del desierto rumbo a Arequipa.

## *El desierto*

Al día siguiente a las cuatro de la mañana el mulero fue en busca del equipaje y Flora emprendió, extenuada, un viaje tan riesgoso por tierra como el que había hecho poco antes atravesando el mar.

Montó sobre una mula precariamente ensillada aunque don Justo tuvo la bondad de prestarle una alfombra para recubrir la silla que consistía en un almohadón relleno de paja. Pese a las reiteradas advertencias de su nuevo amigo de que no debía emprender ese camino en condiciones tan precarias, el 11 de setiembre a las cinco de la mañana partió rumbo a Arequipa. Iba acompañada por Baltazar y José de la Fuente y el señor de Castilla que, habituado a recorrer Méjico donde las rutas suelen estar plagadas de bandoleros, se había armado hasta los dientes. Si bien este caballero exageraba sus precauciones, Flora, totalmente ignorante de las distancias y las condiciones de las rutas de Sudamérica, iba vestida como para pasar por París. Como mayor precaución llevó un abrigo y dos pañuelos de seda.

Mientras tuvieron ánimo conversaron de don Pío y de la muerte de la anciana señora, cosa que hizo sollozar a Flora. Pero el llanto no era una buena solución, el polvo del camino se pegaba a sus mejillas, la cabeza le dolía bajo el efecto de un



calor insoportable, pues estaban transitando desfilaros en plena montaña. Bebía vino y agua, cosa que bajo nuestro sol no suele ser la opción más apropiada. Al llegar a la cima pudo admirar los tres gigantescos volcanes de Arequipa y toda la cadena de la Cordillera de los Andes. Por fortuna aún les quedaban fuerzas para admirar esos paisajes imponentes que se extendían ante sus ojos. Sus compañeros de viaje, atentos y comprensivos, instalaron para ella una tienda de campaña y una cama improvisada con algunas alfombras. La señora de Justo le había dado un cesto con carne fría, ensaladas, pasteles y frutas. Los dos españoles la convidaron a su vez con salchichón, chocolate, leche, vino y *rhum*. Flora dice que se demoraron mucho tiempo en comer; no me sorprende pues esa mezcla bajo el sol ardiente del desierto debe haberlos dejado a todos no sólo embotados sino un poco ebrios. A las diez de la mañana sólo habían hecho seis leguas y les quedaban treinta y cuatro para recorrer.

Flora era joven, bonita, atractiva, de lo contrario difícilmente hubiera tenido la suerte de que don José le cambiara su espléndida yegua por su mala mula. Esta mejora en su montura, más el deslumbramiento que le causaba el paisaje, le permitieron soportar durante algo más de media hora la inclemencia del clima. Luego comenzó a ver espejismos: un mar azul y límpido, olas que ondulaban suavemente hasta que sus compañeros de viaje le explicaron que perdiera sus ilusiones, que esta-

ban en medio de arenas ardientes, y le explicaron lo que era un espejismo. Uno tuvo la imprudencia de contarle que algunos viajeros murieron cubiertos por trombas de arena bajo las cuales desaparecieron ellos y sus mulas.

A mediodía a Flora la cabeza se le quebraba de dolor, tenía la cara quemada por el sol y la reverberación de la arena y estuvo a punto de desmayarse. Tuvieron que acostarla sobre su caballo y atarla para que no cayera. Entretanto la consolaban diciéndole que el *tambo*, palabra que sin duda usaban entonces en vez de hostería o posada, estaba a poca distancia.

Luego los males cambiaron pero no disminuyeron. Cayó la noche trayendo consigo un frío tan fuerte como lo había sido el calor y ella temía que estuvieran perdidos en esa inmensidad sin más guía que las estrellas; se veía muerta de hambre y de sed.

A medianoche llegaron al *tambo* donde pudo tomar un caldo y acostarse, pero las pulgas seguían tan activas como en Islay y dormir era poco menos que imposible pese a la intensa fatiga que la devoraba.

Advirtiéndole que era inútil intentar descansar salieron del *tambo* a las cuatro de la mañana y, como el frío era intenso, don Baltazar le prestó su poncho y le envolvió cada mano con uno de los pañuelos que ella llevaba. La pampa termina y vuelve la montaña salpicada aquí y allá por esqueletos de animales muertos de inanición en ese desierto. En

forma reiterativa sale el sol y el calor vuelve a hacerse insoportable. Recorrer las quebradas resultaba dificultoso y como era más prudente hacerlo en mula el cansancio de Flora iba en aumento. Al llegar a la cima de la tercera montaña le resultó imposible seguir manteniendo las riendas. Estaba apunada aunque describe los síntomas pero ignora el término. Lo cierto es que tuvo que bajar a pie seis o siete picos de montaña ayudada por sus abnegados compañeros de viaje que maldecirán hasta su muerte esa incómoda compañía.

“Fue un momento horrible. Pensaba en mi pobre hija y le suplicaba que me perdonara la muerte que había venido a buscar a cuatro mil leguas de mi país. Rogaba a Dios para que la tomara bajo su protección; perdonaba a todos los que me habían hecho daño y me resignaba a dejar esta vida. Estaba abrumada, pegada a la tumba, no podía moverme. Don Baltazar fue nuevamente mi salvador: me puso sobre mi mula, me ató con su poncho, me sostuvo con su brazo vigoroso; y apurando el paso de los animales me hizo llevar hasta la cumbre del último pico. Me acostaron en el suelo; mis tres compañeros me hablaban a la vez con acento de felicidad: ‘Querida señorita, abra los ojos: ¡he aquí el campo verde! ¡Mire qué lindo es Arequipa!’.”

Pero ni la abnegación de sus acompañantes, ni la descripción del paisaje, la ayudaron a sobreponearse a su agotamiento. Emplearon el agua que les quedaba para lavarle la cara, le restregaron las muñecas y las sienes con *rhum* y le hicieron chu-

par naranjas. Al fin volvió a la vida, admiró el paisaje, pero para seguir camino don Baltazar tuvo que llevarla a la grupa de su caballo. Dos horas después llegaron a una minúscula aldea llamada Congata. En una chacra que servía también de hostería la atendieron con eficiencia y celeridad: el nombre de su tío le abría todas las puertas. La lavaron, la acostaron, le dieron caldo, leche. Ella misma confiesa que los de la Fuente habían hecho un gran sacrificio al acompañarla, pues solos hubieran recorrido el trayecto en dieciséis horas y con ella les tomó cuarenta.

Le llevaron la comida a la cama, le permitieron levantarse un rato a la mañana siguiente para sentirse de nuevo entre árboles, al borde de un arroyo, y recorrer un campo cultivado que le permitiera olvidar el estéril desierto. Por la noche durmió en sábanas de hilo bordadas y almorzó en la cama. Sus pies se deshincharon, su estado general mejoró.

Alrededor del mediodía la llamaron pues su primo Emanuel de Rivero había venido a verla. Acababa de llegar de Francia adonde había ido a los siete años y hablaba el francés como un francés. Ese primo encantador le llevaba una carta de doña Carmen Piérola de Florez que en nombre de su tío la invitaba a dirigirse a su casa donde era esperada como huésped con todo afecto. Junto con la carta le trajeron un magnífico caballo lujosamente enjaezado y ensillado, dos trajes de amazona, guantes, zapatos y todo cuanto pudiera ne-

cesitar pues suponían que sus baúles venían por separado. Le informaban que la esperaban a comer.

Flora Tristán hizo su entrada a Arequipa como una elegante amazona, cosa que al parecer correspondía a su rango.

Antes de entrar a la ciudad una comitiva se adelantó hasta ellos encabezada por el que ella llama con razón "mi salvador", don Baltazar. Es probable que sin su ayuda hubiera muerto de fatiga, de insolación, de sed, en el desierto o en los desfiladeros.

Todos juntos recorrieron alegremente las cinco leguas que separan Congata de Arequipa y llegaron de noche a la calle Santo Domingo en la cual estaba con la fachada iluminada la casa de su tío.

Una multitud de esclavos estaban en la puerta; al verlos llegar se precipitaron hacia el interior para anunciarlos. Según Flora parecía una escena de teatro. El vasto patio estaba iluminado con antorchas, el vestíbulo por lámparas y la sala resplandecía bajo la luz de una araña de caireles y numerosos candelabros en los que ardían velas de diversos colores. Fue recibida ceremoniosamente por su prima vestida de gala que la llevó a sentarse a su lado en un sofá. En seguida se adelantaron cinco o seis monjes de Santo Domingo y el gran prior le hizo un discurso alabando las virtudes de su abuela. Había una gran concurrencia de hombres y mujeres muy elegantes.

Aunque doña Carmen sabía que ya había comido en Congata, había hecho preparar una cena que Flora se dispensó de aceptar pues dijo que estaba exhausta. Era indiscutible, pero desagradó a “la honorable sociedad” muerta de curiosidad sin duda ante esta francesa caída del cielo.

## *Arequipa*

Esa primera noche en Arequipa fue para Flora algo inolvidable. Conservaba un recuerdo idealizado de su padre pese a que era el autor de sus desdichas presentes y de las que le quedaban por sufrir. Pero ella le perdonaba todo. Era la imagen de un novio juvenil, el héroe de su infancia, el protector de los pocos momentos fáciles que conoció en su vida. “¡Me encontraba en la casa donde había nacido mi padre!” —exclama— “Esa casa a la cual mis sueños de infancia me habían llevado tan a menudo que el presentimiento de verla un día se había incrustado en mi alma y nunca lo había desechado. Ese presentimiento venía del amor idólatra con el cual había querido a mi padre, amor que conserva su imagen tan viva en mi mente.”

Por lo tanto se levanta a mitad de la noche para recorrer a solas como un fantasma ese lugar sagrado. Las habitaciones le parecieron modestas aunque enormes, poco amuebladas, con los muros encalados como se acostumbraba entonces en América.

Su impresión fue que la habían instalado en un lugar secundario y que eso demostraba la avaricia de su tío. Lo que más le molesta es advertir que las ventanas son altas y angostas, pero quizá no piense que en los países sujetos a veranos intermi-

nables ese tipo de construcción era corriente y no se trataba de arrojarla en un sótano "en el cual se necesita luz artificial para leer". Tampoco creo que leyeran demasiado. Por otra parte su tía le dijo que no disponía de otras habitaciones para huéspedes, cosa muy probable pues si bien en aquel entonces las casas tenían mesa abierta a mediodía y a la noche, no era común que llegaran huéspedes salvo para pernoctar, pero no para instalarse.

Flora contraría a su familia al no querer recibir a la sociedad de Arequipa pues su cara está curtida y llagada, pero el tercer día no pudo seguir alegando ese motivo pues la gente comenzaba a disgustarse y encontrándose ya algo mejor gracias a una pomada que le había proporcionado la dueña de la chacra de Congata, la señora de Najarra, pudo estar algo presentable. Según la tradición tuvo que presentarse con un vestido negro que le hicieron de urgencia pues a causa de la muerte de su abuela toda la familia vestía de luto.

Flora dice que en el Perú, durante el primer mes de duelo, las señoras de la clase alta no salen pues deben esperar visitas. Eso mismo ocurría en España y en toda la América española, en nuestro propio país bastante europeizado, hasta hace cuarenta años, y en algunas familias hasta hace menos de treinta. Las famosas visitas de pésame eran una tortura para los deudos y una obligación ineludible para los amigos. Pero como hubiera sido muy mal visto ir a un teatro o a un cine y las



mujeres de aquel entonces en las clases adineradas no trabajaban, era también una distracción. De lo contrario los días hubieran sido terriblemente largos. Mi padre murió hace menos de cuarenta años y mi madre estuvo más de un mes sin salir salvo para la misa o al cementerio. Por mi parte recuerdo que cuando hace veinticinco años, un mes y medio después de muerto mi marido, tuve que bajar a comer con una amiga al comedor del Hotel Hermitage en el que había música y al que había ido a pasar en plena canícula apenas un fin de semana, me criticaron por haberlo hecho. Acotemos que las mismas personas que me censuraban afirmaban que en realidad no era mi marido pues nuestro casamiento no contaba ni para la ley ni para la Iglesia. Pero, cuando se trata de juzgar, la gente es contradictoria.

Doña Carmen, la prima de Flora, había tenido viruela y su cara estaba completamente deformada, al parecer era horriblemente fea, lo único que tenía a su favor era “el pie más perfecto y más lindo del Perú”. No es mucho decir para atenuar su fealdad. Su marido, por supuesto, la engañaba sin miramientos dado que difícilmente un hombre se contenta con admirar y acariciar el pie de su mujer. Ella tuvo que sufrir continuas humillaciones: “Tal es la moral que resulta de la indisolubilidad del matrimonio” acota con razón Flora. Él pagó con una enfermedad que Flora no sabe describir ni nombrar y ha de haber sido probablemente sífilis, su vida disoluta, y murió a los

treinta y dos años hecho una piltrafa. Doña Carmen lo atendió abnegadamente durante un año y medio sin apartarse de él ni un instante. Pero lo peor es que el joven mujeriego había vuelto al hogar sin un centavo, en aquel entonces las mujeres fáciles costaban mucha plata. Por lo tanto doña Carmen tuvo que irse a vivir a casa de su tía. Gracias a estas desdichadas circunstancias hubo alguien en Arequipa para recibir a Flora a su llegada.

Ambas mujeres se hicieron muy amigas y Carmen le enseñó el español a Flora. Almorzaban y comían juntas y Flora pudo esperar con menos impaciencia la falta de noticias de don Pío. Al cabo de veinte días comenzaron a llegar respuestas a las cartas de Flora. Don Pío pasaba un mal momento: estaba en la lista negra del actual Gobierno.

Durante tres meses Flora lo esperó sin más apoyo que el de sus cartas afectuosas pero en las que nunca se comprometió a darle nada. Ella tardó en advertir su juego pero estaba distraída con las visitas, el nuevo ambiente, alojada y alimentada, sin mayores problemas; no conoció otro mal rato que un terremoto que por supuesto le causó el mismo temor que nos han causado a todos estos fenómenos de la naturaleza, aun a aquellos que los han conocido desde la infancia.

En aquella oportunidad doña Carmen maldice el destino que la obliga a seguir viviendo en ese "execrable país" por falta de medios propios para

subsistir. Flora le afirma con superioridad que aun sin fortuna una mujer puede independizarse. Ni siquiera advierte que ella no supo cómo hacerlo dado que se casó sin amor con el dueño de la imprenta en la que trabajaba, que aguantó sólo dos años trabajar como institutriz en casa de una familia inglesa y, al final, reuniendo el poco dinero que pudo, resolvió correr el riesgo de un largo viaje por mar para intentar cobrar una herencia, y que a lo largo de este libro en sus conversaciones con su tío Pío y en las cartas que hemos visto reclama la fortuna que según ella le pertenece.

Carmen le dice que acaso la vida de la mujer sea más fácil en Europa y Flora le confiesa que “En Europa como aquí las mujeres están sujetas a los hombres y deben sufrir su tiranía acaso más que aquí. Pero hay en Europa más mujeres con fuerzas morales para sacudir el yugo”.

Sería largo discutir ese tema pues en 1833 eran aún muy pocas, muy excepcionales las que podían liberarse. Se necesitaba el talento de George Sand, la belleza y la falta de escrúpulos de las grandes cortesanas o la inconsciencia de Flora Tristán que no imaginaba siquiera en aquel momento la odisea que le quedaba por vivir. Deseo recordar que en ese famoso terremoto fue completamente destruida la ciudad de Tacna.

El 24 de setiembre para festejar el día de la Virgen toda Arequipa fue recorrida por una procesión. “Esas procesiones son la única distracción del pueblo” dice Flora. Aún no existían el football

ni la television. Pero siempre el pueblo consiguió de una manera o de otra que le dieran pan y circo.

Segun Flora esas fiestas de la Iglesia peruana parecian bacanales o saturnales paganas. Dice que nunca "la Iglesia catolica ha expuesto a la luz del dia payasadas tan indecentes y escandalosamente impias". Nos describe a los negros vestidos de *pierrrots* o de arlequines, sus contorsiones y sus palabras obscenas y las caretas desagradables, que las negras intentan arrancarles para saber quién se oculta detras de cada una de ellas.

Detrás de los negros venia la Virgen con su manto de terciopelo recamado de perlas y detrás de ella iban el obispo y todo el clero. Luego los monjes y al final las autoridades oficiales.

Flora supone que esta clase de espectáculos hará que demore mucho en espiritualizarse la Iglesia en el Perú.

Cabe preguntarse si en aquella época no existia aún la Semana Santa de Sevilla de la cual puede decirse algo semejante aunque es un espectáculo inolvidable el de los Pasos: los nazarenos con el sayal blanco, negro, violeta, morado, La Macarena, el Cristo del Gran Poder y las cabezas de quienes llevan las canastillas asomando para tomar un trago de vino que les dan los espectadores. Y esas bonitas coplas que no hacen daño a la religion:

Macarena, Macarena

Seca tu cara bonita

Que todo el mundo sabemos

Que el sábado resucita.

En cuanto a los misterios a los que se refiere más adelante creo que desde la Edad Media tenían lugar en el atrio de las catedrales, pero como Flora parece no haber visto nada de Europa, todo le llama la atención; no se detiene a pensar que acaso los españoles trajeron esas costumbres al Perú. Nos cuenta:

“A la noche representaron un Misterio en el atrio de la Merced al aire libre. Lamento no haber podido conseguir el manuscrito de ese drama religioso. [...]

La gente se peleaba para encontrar un rincón desde el cual se pudiera ver. Yo nunca había presenciado semejante entusiasmo. Con la ayuda de unos señores que nos acompañaban logré encaramarme sobre un mojón y desde mi pedestal vi cómodamente el magnífico espectáculo que ofrecía la Plaza. Habían elevado bajo el pórtico de la iglesia una especie de teatro con tablas colocadas sobre toneles. [...]

“Era una novedad para mí, hija del siglo XIX, recién llegada de París, la representación de un misterio en el atrio de una iglesia en presencia de una inmensa muchedumbre.”

Vuelvo a sorprenderme de la ignorancia de Flora Tristán. ¿Nunca oyó hablar de los juglares y de los trovadores? ¿Nunca vio una imagen de la Edad Media? Su existencia en París era muy restringida, es fácil advertir que todo le llama la atención, desde el lujo de los salones hasta la sobriedad de las habitaciones encaladas y, lo que es

más extraño, que le parezca un invento peruano la representación ante una iglesia. Los Milagros y los Misterios fueron moneda corriente en la Europa Medioeval y siguen teniendo lugar en diversas partes del mundo en todas las épocas de nuestra civilización. A decir verdad se han multiplicado; recuerdo que hace veinte años el ballet cubano se presentó en el atrio de la magnífica iglesia de Praga y los que hemos tenido suerte hemos visto los sonidos y luces de Versalles y de Los Inválidos, los de las Pirámides en Egipto y las representaciones del teatro griego en el Partenón. Yo vi en mi infancia, hará cincuenta años, un Misterio representado en el pórtico de la Iglesia del Carmen en Buenos Aires. Ella, acepta, es verdad, que Víctor Hugo narra esta clase de representaciones en Notre-Dame, pero se sorprende más de la cuenta:

“Para conservar los prejuicios de los pueblos, en América del Sur se usa este tipo de espectáculo. El clero ayudó a la revolución, pero no extendió el poder y lo conservará todavía durante mucho tiempo. [...]

Los franceses que estaban con nosotros en la representación del Misterio se contentaron con burlarse, reírse, y no les impresionó en absoluto. Por lo que pude ver fui la única que se entristeció con ese espectáculo. Siempre me interesó poderosamente el bienestar de las sociedades en medio de las cuales el destino me ha transportado, y sentía un verdadero disgusto ante el embrutecimiento de ese pueblo. Su felicidad, me decía,

nunca ha entrado en las combinaciones de sus gobernantes. Si hubieran querido realmente organizar una república habrían tratado de hacer florecer por la instrucción, las virtudes cívicas hasta las últimas clases de la sociedad; pero como el poder y no la libertad es el fin al que aspiran esta cantidad de intrigantes que se suceden en la dirección de los negocios de Estado, continúan en la obra de despotismo y, para estar seguros de la obediencia del pueblo al que explotan, se asocian a los sacerdotes para mantenerlo con todos los prejuicios de la superstición. Ese país desgarrado por veinte años de guerras civiles está en un estado deplorable y se busca en vano, en la clase que por su fortuna ocupa el primer lugar, la esperanza de un porvenir mejor: sólo se encuentra la más orgullosa presunción, unida a la más profunda ignorancia y a un lenguaje prepotente del que sonrío apiadado el último marinero europeo. Hay sin duda entre los peruanos excepciones apreciables, pero esas personas gimen por la situación de su país y en cuanto pueden irse lo hacen. El verdadero patriotismo, la abnegación, no existen en ninguna parte; sólo será por obra de grandes calamidades que se logrará la educación política y moral de ese pueblo. Quizá la miseria que se agrava a diario haga nacer el amor al trabajo y a las virtudes sociales que emanan de él; quizá la providencia le dé a ese pueblo un hombre con mano de hierro que lo conducirá a la libertad como comenzó a hacerlo Bolívar.”

He citado estas páginas para mostrar su lucidez y, lo que es aún más extraño, una especie de premonición sobre el porvenir de América latina.

Antes de continuar debo advertir que he elegido, entre las casi cuatrocientas páginas de *Las peregrinaciones de una paria*, los párrafos, las páginas y las frases que más se acercan a nuestra realidad actual, no sólo para mostrar la perspicacia de Flora respecto a ese presente donde se forjaba nuestro futuro, sino porque al lector actual han de interesarle forzosamente más los temas sociológicos que sus largas descripciones de la vestimenta de cada actor. En el siglo XIX, los escritores franceses eran muy descriptivos. Recordemos que Balzac, para aprender a describir, se instalaba ante uno de esos cuadros de tabernas flamencas y pintaba en detalle a cada soldado, a la tabernera, cada jarro, el pedazo de pan, los muebles de fondo, las vestimentas complicadas de cada uno de esos personajes. Flora no podía escapar a la influencia de su país y de su época. Pero hay que ser un escritor de la talla de Balzac para que esas descripciones detalladas no se vuelvan tediosas. Sus reflexiones interesan más:

“Con este tipo de medios los pueblos de América del Sur están sojuzgados a los prejuicios. El clero ayudó a la revolución pero no ha querido perder el poder y lo conservará todavía durante mucho tiempo.”

Podríamos decir que es vidente pues no tenía



preparación suficiente para intuir con su cabeza lo que intuyó con su corazón.

Cuando vemos con desesperación el estado caótico en que se encuentran tantos países de Latinoamérica, el nuestro sin ir más lejos en el momento en que escribo estas páginas, pienso cómo es posible que una muchacha francesa poco instruida haya podido ver en algunas semanas lo que los dirigentes de estas tierras no han visto y no han hecho nada para impedir la anarquía que tenemos y que parece estar a punto de ponernos entre la espada y la pared.

En medio de esas distracciones y tareas mundanas vuelve a aparecer Chabrié, el que a bordo del *Mexicain* le declaró su amor. Asistimos a repetidas escenas de pasión y de lágrimas, de argumentos de toda clase para decidirla a que se case con él cuanto antes, así no se supone que lo hace por la herencia que quizá le dé su tío. Es posible que el buen capitán haya oído rumores de que no recibiría ni un centavo, pero Flora, terca e ilusionada sobre sus derechos, además de estar casada anteriormente y no querer decirlo, lo rechaza con decisión. Incluso afirma haberle pedido que como prueba de amor le haga hacer un certificado de casamiento de sus padres por algún misionero de California, por supuesto antdatada y por cien pesos conseguirán un millón. "Tal es la condición para darle mi amor y mi mano", agrega.

El señor, muy digno, dice que no puede vacilar, por grande que sea su amor, entre su honor y la

infamia. Ella le asegura que no es ninguna infamia ayudarla a recobrar lo que le pertenece por derecho natural. Y él se va diciéndole que la odia tanto como la amó. Magnífica escena de teatro romántico. Según Flora, lo hizo para ponerlo a prueba, para obligarlo a que se apartara de ella, pero cabe la suposición de que en verdad especuló con su apoyo para lograr sus fines y luego, por temor a que él contara esta escena y dijera que era capaz de todo para lograr sus propósitos, Flora haya decidido hacer creer que era una trampa, una manera de liberarlo y de librarse de él. Quizá en su época este hecho ya haya sido comentado, quizá al transcribirlo Flora se defiende de los rumores que han llegado hasta ella. No lo sabremos jamás. Ninguno de ellos era famoso y han transcurrido ciento cincuenta años.

Flora, mientras espera a don Pío, tan escurridizo, no pierde su tiempo: se informa sobre el origen de la ciudad. Nos cuenta que Maita-Capae, el indio soberano del sol, huyó hasta detenerse al pie del volcán y exclamó en quichua: ¡Arequipa!, que significa: aquí me detengo. Visita las iglesias y advierte nuevamente la codicia de los gobernantes: “Antes los altares, las columnas, las balaustadas, los candelabros, eran de oro y de plata; todo fue arrancado y fundido para pagar a los soldados y solventar los vicios de los generales. [...] Durante la última guerra entre Orbegoso y Ber-

múdez se habló de sacarles a las Vírgenes sus perlas y sus brillantes”. Describe las casas, dice que cocinan mal, el queso y la manteca que vienen de lejos nunca están frescos, tampoco la fruta y el pescado que llegan de la costa y al referirse al puchero lo llama “amalgama bárbaro”. Dice que a los habitantes de Arequipa les enloquecen los espectáculos, desde las riñas de gallo y la acrobacia, hasta los teatros en que dan piezas de Lope y de Calderón.

“La Iglesia peruana explota en provecho de su influencia el gusto de la población. Independientemente de las grandes procesiones que tienen lugar los días de las fiestas solemnes, nunca transcurre un mes sin que haya alguna por las calles de Arequipa. Tan pronto son los monjes grises que por la noche hacen una procesión para los muertos y piden limosnas para los muertos y las gentes las dan para los muertos, tan pronto son los dominicanos que en honor de la Virgen hacen su paseo religioso; luego es para el Niño Jesús; luego vienen Todos los Santos; es cosa de nunca acabar”, nos cuenta siempre obsesionada por la habilidad de los curas para sacar provecho de las debilidades de la población.

La Semana Santa es una sucesión de espectáculos, los monjes siguen pidiendo limosnas y el pueblo sigue dándoselas. El drama del Calvario se representa sobre una montaña ficticia, el viernes santo, después de haber hecho recorrer a un Cristo flagelado por las calles. Los sentimientos religio-

sos se exteriorizan hasta cualquier extremo y, por supuesto, la gente hace las estaciones en todas las iglesias y reza en voz alta. Durante las visitas que la gente se hace entre sí el domingo de Pascua, cada cual comenta el espectáculo al que ha asistido durante los días anteriores.

Más adelante nos describe la vestimenta de la clase alta que ha adoptado la moda de París. En medio de muchas críticas aparecen alabanzas; dice de la gente de Arequipa: "Tienen por lo general mucho ingenio natural, una gran facilidad de palabra, una gran memoria, un carácter alegre, modales nobles; son fáciles para la convivencia y muy inclinados a las intrigas".

En lo que respecta a las mujeres, Flora las considera superiores a las de Lima aunque menos bonitas, pero dignas, orgullosas, imponentes, y a pesar de que pueden parecer frías o desdenosas alimentan buenos sentimientos y una gran delicadeza. Son sedentarias y laboriosas; bailan bien, les gusta la música y la cultivan con éxito.

Pero Flora no es muy inclinada a ver la parte buena de la humanidad. Es muy severa quizá por ser muy lúcida, y la gente no siempre merece la benevolencia del prójimo.

A lo largo de sus recorridas, no sólo por el Perú sino también por Francia, advertimos que el clima le importa en grado sumo, quizá porque su salud delicada le hace percibir el exceso de humedad o de sequía, la altura que la apuna, así como la comida que siempre le cae mal.

“El clima de Arequipa no es sano; las disenterías, las jaquecas, las depresiones nerviosas y sobre todo los resfríos son muy frecuentes. Además los habitantes tienen la manía de creerse siempre enfermos; es el pretexto que dan para sus perpetuos viajes. La actividad de su imaginación unida a su falta de instrucción explica ese furor viajero. Sólo cambiando de lugar pueden alimentar su pensamiento, tener nuevas ideas, sentir otras emociones. Las señoras, particularmente, van y vienen desde las pequeñas ciudades de la costa como Islay, Camara, Arica, donde toman baños de mar y van a las vertientes de aguas minerales.”

Cínica por momentos pese a parecer ingenua cuando se trata de sus derechos y se dirige a su tío, dice con gracia:

“En Arequipa la muerte de los ricos no sólo alegra a los herederos; los monjes encuentran la oportunidad de vender a precio muy alto sus hábitos grises, negros, blancos, carmelitas, etc., para amortajar a los difuntos. Se usa hacerse enterrar con un hábito de monje, por lo tanto esos santos personajes siempre llevan hábitos nuevos que contrastan con la mugre del resto de su atuendo...”

No obstante, Flora no estaba en Arequipa con el fin de escribir este libro fruto de su mala suerte, ni había ido para observar sus costumbres. Su idea fija seguía siendo cobrar la herencia que debía darle don Pío y, al cabo de tres meses de una espera que da la impresión de haberle parecido demasiado larga aunque debía reponerse de sus

agotadores viajes y no tenía ningún otro lugar del planeta adonde ir, le llegó la noticia de que don Pío de Tristán se dirigía a Arequipa y la esperaba en su casa de campo; por lo tanto, el 3 de enero de 1834 monta a caballo para dirigirse a la chacra de Tristán acompañada por sus primos Emanuel y Althaus y un señor Viollier. Cuando se acercaba a la meta ve a un caballero que se dirige a ella al galope; ella aguijonea su caballo y por fin se produce el encuentro tan esperado:

“Tomé la mano de mi tío y oprimiéndola con amor le dije: ‘¡Ay mi tío, qué necesidad tenía de su afecto...!’ ‘Hija mía, es todo suyo, la quiero como a un hijo; también es mi hermana pues su padre me ha servido de padre. Ah, querida sobrina, cómo me alegra verla, contemplar esos rasgos que me recuerdan tan fielmente los de mi pobre hermano. Es él, mi hermano, mi querido Mariano, en la persona de Florita’.” Se abrazan a riesgo de caer del caballo y ella llora sobre su hombro sin saber si es de dicha o de dolor o por el peso de los recuerdos.

En la chacra conoce a los cuatro hijos de Pío, un varón y tres mujeres que le parecieron muy fríos; sin duda habían oído hablar de esa parienta que venía con intenciones de sacarles un bocado de su fortuna y antes de conocerla le tenían antipatía. También conoce a la mujer de Pío, Joaquina, que como ya tiene edad de fingir la abraza efusivamente, le dice que no veía el momento de conocerla, que admira su coraje y llora sobre sus pe-

nas. A las siete de la tarde salen todos rumbo a Arequipa donde los esperaba su prima Carmen rodeada de numerosos visitantes y había hecho preparar una comida suntuosa.

Cabe suponer que don Pío se preguntaba cómo iba a salir airoso de la escena que sin duda le haría Flora para reclamar su herencia, dado que ya le había adelantado algo de sus pretensiones en las cartas. En cuanto a ella, dice haber quedado subyugada por don Pío, al parecer un hombre lleno de encantos, y sus esperanzas renacían. Pero había que esperar hasta el día siguiente para plantear el problema.

## *Don Pío de Tristán y su familia*

“Mi tío no tiene el aspecto europeo; ha sufrido la influencia que el sol y el clima ejercen sobre el organismo humano, como sobre todo lo que existe en la naturaleza; nuestra familia sin embargo es de pura sangre española y lo notable en ella es que los individuos que la componen se parecen entre sí. Mi prima Manuela y mi tío son los únicos totalmente distintos. [...]

    Mi tía se llama Joaquina de Florez. [...]

En cuanto vi a Joaquina me inspiró una repulsión instintiva; siempre he desconfiado de las personas cuya amable sonrisa no está en armonía con la mirada. Mi tía muestra a quienes saben verla esta dicotomía, pese al cuidado que pone en darle al sonido de su voz una semejanza con la sonrisa de sus labios. Su política hace que todo el Perú la admire pues allí lo que más se estima es la falsedad.”

Éstas son las reflexiones de Flora después del encantamiento del primer encuentro. Joaquina era sobrina de Pío, hermana de Manuela. Era, según Flora, sorprendentemente bonita, sus ojos, su piel dorada, la blancura de sus dientes, todo en ella la deslumbra. Manuela es alegre, gastadora, frívola. Joaquina, por el contrario, es altanera y ambiciosa además de egoísta.



Pero se terminaron los días en que bastaba observar, alabar o criticar. Había llegado la hora de la explicación definitiva y ni don Pío ni Flora podían diferirla por más tiempo.

Después de dejar transcurrir varios días hablando de bueyes perdidos, la conversación recayó por fin en asuntos de familia y don Pío pareció desconocer el motivo que había llevado a Flora al Perú:

“Le dije que como no tenía en Francia ni parientes ni fortuna había venido a buscar socorro y protección junto a mi abuela, pero al enterarme en Valparaíso de su muerte todas mis esperanzas estaban cifradas ahora en su justicia y en su afecto...

Esta respuesta pareció inquietar a mi tío y en cuanto oí las primeras palabras que dijo al respecto me quedé petrificada de asombro y de dolor: ‘Florita, me dijo, cuando se trata de negocios sólo conozco las leyes y hago a un lado cualquier consideración particular. Me pide que le haga justicia: los documentos que usted tenga en su poder determinarán la medida. Me muestra un certificado de bautismo en el cual está mencionada como hija legítima, pero no me muestra la partida de casamiento de su madre y la partida del Registro Civil dice que ha sido registrada *como hija natural*. Eso le da derecho al quinto de los bienes de su padre pero...’ ” y aquí le explica que su padre le había enviado las cuentas que él se encargó de administrar. Apenas quedó con qué pagar las deudas que él dejó en España antes de irse a Francia. Tam-

bién le recalca que los hijos naturales no tienen derecho a los bienes de sus abuelos y que por lo tanto no le debe nada mientras ella no le muestre una partida de casamiento legal de sus padres.

Don Pío habló largamente. Parece haber sido un hombre muy dueño de sí, seguro de sus derechos y decidido a no dejarse sonsacar promesas que no estaba dispuesto a cumplir. Según Flora era la imagen del avaro padre de Rebeca pintado por Walter Scott. ¿No habrá leído a Shakespeare o a Molière? Tal vez no, pues su cultura dejaba mucho que desear.

“—Tío —le dijo— ¿está verdaderamente seguro de que soy la hija de su hermano?”

—Sin duda, Florita. Usted es su imagen tan fiel que nadie podría dudarlo.

—Tío, usted cree en Dios, todas las mañanas canta sus alabanzas y observa con exactitud los ritos de la religión: ¿puede suponer que Dios ordena al hermano que abandone a la hija de su hermano, la desconozca y la trate como a una extraña? ¿Cree no faltar a la ley divina cuya huella está en nosotros al negarse a devolverle a la hija la herencia de su padre? No, tío, estoy segura de que no puede permanecer sordo a la voz de su alma, no le mentirá a su propia conciencia, no renegará de Dios.”

Resulta sorprendente que una mujer que ataca tan reiterativamente a la Iglesia hable tanto de Dios cuando le conviene. Es verdad que a menudo creemos en Dios y juzgamos con severidad actitudes de la Iglesia, pero por lo general no invoca-

mos su nombre tan continuamente. Así como sorprende que una mujer tan informada como Flora no se haya enterado de que gracias a San Martín los peruanos pudieron satisfacer su amor por el teatro pues él dijo que no tenía nada de indigno ser actor, cuando en Francia aún era prohibido enterrarlos en lugar sagrado. Pero no se puede saber todo.

Su diálogo con su tío continúa en el mismo tono. Ella suplica sin una sola carta en la mano; él la mira desde lo alto de su póker de ases:

—Florita, los hombres han hecho las leyes; son tan sagradas como los preceptos de Dios. Sin duda debo quererla y la quiero efectivamente como la hija de mi hermano; pero como la ley no le confiere ningún título a la sucesión que hubiera recaído en mi hermano, no le debo nada de lo que le hubiera pertenecido. Sólo le toca el quinto de lo que le pertenecía cuando murió.

—Mi tío, el casamiento de mi padre con mi madre es un hecho notorio; sólo ha sido disuelto por la muerte. Ese casamiento celebrado por un sacerdote como usted lo sabe no ha sido, lo admito, revestido por las formalidades prescriptas por las leyes humanas: fui la primera en anunciárselo. Pero, ¿la buena fe puede considerar un derecho la omisión de esas formalidades para apropiarse del pan de la huérfana? ¿Cree que los medios de suplir a esas formas omitidas me hubiesen faltado de haber dudado yo de su justicia? ¿Cree que me hubiera resultado difícil obtener de una de las iglesias de

España un título que regularizara el casamiento de mi madre? Con ese documento en mi poder usted no hubiera podido negarme la parte de mi padre que me correspondía: no hubiera podido privarme ni de un centavo. Antes de mi partida consulté a varios abogados españoles; todos me aconsejaron que consiguiere ese título indicándome la manera que había que emplear para obtenerlo. Y bien tío, rechazé esos consejos y mi correspondencia debe hacerle creer en mis palabras: los rechazé porque creía en su afecto y sólo quería obtener de su justicia la fortuna que pudiera conseguir.

—Pero Florita, no concibo por qué se obstina en creerme injusto. ¿Soy acaso depositario de su fortuna? ¿Tiene algún derecho para reclamarme un peso?

—Muy bien tío, dado que se atrinchera en la letra de la ley usted tiene razón y además sé que siendo hija natural no tengo derecho a la sucesión de mi abuela; pero como hija de ese hermano al que usted le debe todo ¿no tengo acaso derecho a su gratitud particular? Recorro a ella. No le pido a usted ni a los otros coherederos los 800 000 francos que cada cual heredó; sólo le pido la cuarta parte de esa suma, lo suficiente para poder vivir con independencia. Mis necesidades son mínimas, mis gustos, modestos. No me gusta ni la sociedad ni su lujo. Con 5 000 francos de renta podría vivir en cualquier parte libre y feliz. Ese don, tío, colmará todos mis deseos; quiero debérselo únicamente a usted. Lo

bendeciré y mi vida no será lo suficientemente larga para satisfacer la gratitud que sentiré.”

Aquí viene una escena en la que se le acerca, lo mira con ternura, solloza y le toma una mano que aprieta contra su corazón. Quiere hacerle prometer que le dará esa suma. El tío, hartado, la aparta y le pregunta:

“—¿Pero Florita cómo se le ocurre semejante cosa? ¿Cree que puedo regalarle 20 000 pesos? Es una suma enorme... 20 000 pesos.”

Cualquier suma que quieren sacarnos es enorme y por lo general dar nuestro dinero nos cuesta mucho. A tal punto que la gente suele hacer promesas absurdas que a Dios y a la humanidad no le sirven para nada, pero difícilmente ofrece su dinero: promete dejar de fumar durante un año, no comer postres, no tomar vino... Mejor para la salud de cada cual pero totalmente inútil para el bienestar social que, en resumidas cuentas, es lo único que a Dios puede importarle. Es impresionante advertir hasta qué punto los que no dan nada les reprochan a los otros no dar bastante. Incluso una empleada mía me dijo en algunas oportunidades: “A usted le duele mucho dar.” Por supuesto que me duele, pero doy más que la mayoría de la gente: es el tipo de promesas que hago pues sigo creyendo que si hay un dios que se inclina sobre estas hormigas, le importará más un sacrificio que duele al que lo hace y beneficia a alguien, que la falta de postre, de cigarrillo o de *whisky*.

Pero Flora es terca. Lo demuestra más adelante, a lo largo de su obra aleccionadora tan poco acorde con esa tendencia a la mendicidad de sus años en el Perú. Ataca a su tío abiertamente:

“¿Entonces, don Pío —le dice—, con sangre fría y premeditación, rechaza a la hija de su hermano, de ese hermano que le sirvió de padre, al que le debe su educación, su fortuna y todo lo que es? Por no devolverle a mi padre todo lo que le debe, usted que tiene 300 000 francos de renta me condena fríamente a los horrores de la miseria; sabiendo que tiene un millón mío me condena a los horrores de la pobreza, me sume en la desesperación, me obliga a despreciarlo; usted a quien mi padre me enseñó a amar, el único pariente sobre el cual basaba todas mis esperanzas. Ah, hombre sin fe, sin honor, sin humanidad, lo rechazo a mi vez, no soy de su sangre y lo entrego a los remordimientos de su conciencia. No quiero nada más de usted. Esta noche saldré de su casa y mañana toda la ciudad conocerá su ingratitud hacia la memoria de ese hermano que provoca sus lágrimas cada vez que pronuncia su nombre, su dureza hacia mí, y de qué modo ha defraudado la imprudente confianza que deposité en usted.”

Luego abandona su despacho. Don Pío, por supuesto, va a informar a toda la familia y el marido de Manuela, Althaus, trata de convencerla de que no haga un escándalo, que buscarán la manera de rehacer las hijuelas.

Como todo esto resulta muy vago, Flora pasa la noche en vela y por la mañana va a ver al Presidente de la Suprema Corte, que le confía haber recibido a don Pío trayendo la primera carta de ella, y haberle dicho que sólo tenía derecho a reclamar el quinto de los bienes dejados por su padre. Ya nos hemos enterado de que, según don Pío, don Mariano sólo dejó deudas. Flora va a consultar a otros dos abogados que le dan la misma opinión, sobre todo tratándose de un pleito contra un personaje prominente del Perú "donde la justicia se vende", según ella. Le advierten además que su carta va contra ella y que debió conseguir una partida de casamiento de sus padres.

"No me atreví a decirles a esos señores que había contado sobre el afecto, la gratitud y la justicia de mi tío; me hubieran creído loca, prefería pasar por atolondrada." En verdad lo era.

Como Flora no quería irse con las manos vacías, vuelve al despacho de su tío, donde la esperan Althaus con dos testigos. Althaus le dice que su abuela, gracias a don Pío, le dejó 15 000 francos y que, por la generosidad de su tío, sólo por él tenía los 2 500 francos que recibía desde hacía cinco años. Al cabo de esta larga conversación en la que don Pío le dice que como hija natural tenía derecho a esa pensión por alimentos que él le pasaba, derechos morales por supuesto, las cosas se calman, hay nuevamente lágrimas y don Pío le ruega que siga viviendo en su casa como si fuera su hija. Es más de lo que cualquier supuesto tío ofrecería

hoy, quizá más de lo que ofrecería un ascendiente o un descendiente directo si la ley no lo obligara. Pero en aquel entonces la palabra "familia" tenía un sentido, ahora es una fórmula hueca que declaman los gobernantes ultramontanos para negar el divorcio en dos países de la Tierra, Irlanda y la Argentina, a pesar de que todos saben que ya nadie mantiene a nadie por fuerte que sea el lazo de sangre.

Flora afirma que lograron enternecerla y por eso renunció al pleito. Se contradice dado que ha declarado con claridad que en ese país "la justicia se vende" y ella no tenía con qué comprarla. Era prácticamente insolvente. Se refugia tras el interés de sus hijos pues un pleito podría hacerles perder la supuesta protección de don Pío. El Perú estaba demasiado lejos de Francia para que llegaran los ecos de una rencilla familiar. Don Pío era poderoso, Flora no era nadie y la familia Tristán ignoraba que tuviera hijos. Ella afirma poseer lo suficiente para entablar un pleito gracias a que, al salir de Bordeaux, Goyeneche le entregó 5 000 pesos (22 000 francos) que le había enviado el tío monstruoso y al llegar a Arequipa Bertera le dio, en nombre de don Pío, 2 000 pesos más. ¿Habría tenido el lector algún tío tan generoso? En verdad, Flora dice que fueron préstamos, pero nadie se los hubiera dado de no ser la sobrina de don Pío de Tristán que iba a responder por ellos.

El clima de Arequipa, la comida que le cae mal y la desesperación, le hacen creer a Flora que está



a punto de morir y piensa que en la hora de la agonía podrá conmover a su tío para que se ocupe de sus hijos. Infantilismos románticos de la época romántica.

Entretanto los acontecimientos políticos se suceden. El 23 de enero estalla la revolución en Lima. Bermúdez cae, Orbegoso sube al poder. En Arequipa la mayoría apoya a Orbegoso y el general Nieto es nombrado comandante general de las tropas. El abogado Valdivia se lanza como todos en medio de la revolución esperando hacer fortuna, y le dice a Flora que no podrá ocuparse de sus asuntos. La estrella de don Pío parecía a punto de volver a subir en el horizonte, estaba bien colocado políticamente y todos sabemos que en nuestros países hay hombres que siempre reaparecen "como vuelve la cifra de una fracción periódica". Sus nombres resurgen en medio de cada golpe de Estado. Flora al fin comprende. Pese a su tenacidad declara:

"Abandoné a la vez toda idea de pleito y toda esperanza de fortuna, sabiendo muy bien que no podía esperar nada de la generosidad de mi tío. Nada de los reproches de su conciencia; le escribí la siguiente carta:

'Yo había venido hasta usted, querido tío, más para buscar afecto paternal, una protección benévola, que para que me rindiera cuentas. Mis esperanzas fueron defraudadas. Armado con la letra de la ley, sin experimentar ninguna emoción, usted me arrancó pedazo a pedazo todos los títulos que me unían a la familia en cuyo seno venía a refu-

giarme. No ha sido conmovido por el respeto hacia la memoria de un hermano querido: ninguna piedad le ha hablado en favor de una víctima inocente de la culpable negligencia de los autores de sus días. [...]

Si bien en el primer impulso de mi justa indignación quise llevar ante el tribunal de los hombres el atroz espectáculo de sus iniquidades, después de algunos días de indignación sentí que me fallaban las fuerzas y que no podría, en mi estado de debilidad, soportar el horrible dolor que me causaría el escándalo de semejante pleito [...] usted se vería obligado a demostrar que su hermano era un hombre deshonesto y un padre criminal, que cometió la infamia de engañar a una joven (su madre) cobardemente, sin apoyo alguno, que su mismo desamparo debería hacerla respetar en la tierra extranjera en la que se había refugiado huyendo del hacha revolucionaria y, abusando de su amor y de su inexperiencia, cubrió su perfidia con la trampa de un casamiento clandestino; también debería probar que su hermano abandonó a la hija que Dios le dio, la dejó presa de la miseria, de los insultos, del desprecio de una sociedad salvaje [...]’ ”.

Ya no sólo insulta a don Pío sino a su padre, para resolver al final que permanecerá viviendo en su casa como él se lo ofreció, siempre que no le exijan que esté continuamente alegre. Hoy al leer esta carta diríamos que es un sainete, pero vuelvo a insistir en que en 1834 aún pertenecer a una

familia daba derechos. Flora, semi-resignada suspira:

“Sentí que había alcanzado el apogeo del dolor, y debo decir como consuelo de los infortunados que, llegada a ese punto extremo, encontré en el dolor goces inefables, celestiales, podría decirlo, y cuya existencia mi imaginación nunca había sospechado. Me sentía elevada por un poder sobrehumano que me transportaba a regiones superiores desde donde podía mirar las cosas de la tierra bajo su aspecto verdadero, despojadas del prestigio engañoso con que las revisten las pasiones de los hombres. En ningún otro momento de mi vida me sentí más tranquila. De haber podido vivir sola entre libros y flores mi felicidad hubiera sido completa.”

La mía también y sin duda la de muchos lectores, pero los libros y las flores cuestan lo mismo que el solo hecho de vivir, comer, tener un techo y acogerse a la soledad. Esto se sabe más que nunca hoy, al final del siglo XX, en que la mayoría de la gente vive en situación de dependencia o cree ser libre pero es la víctima constante de esos inventos infernales llamados “relaciones públicas” y “burocracia”.

## *La República y los tres presidentes*

Flora declara honestamente que le resultaría difícil “explicar a sus lectores las causas de la revolución que estalló en Lima en 1834 y de las guerras civiles que se sucedieron”. No podía por supuesto comprender sobre qué bases podían fundar sus derechos a la presidencia de la República los tres presidentes que se afrontaban. El único que pudo contestarle algo lógico riendo fue Althaus: “Florita, desde que tengo el honor de servir a la República del Perú, no he visto aún a ningún presidente cuyo título no fuera muy discutible... A veces ha habido hasta cinco que se decían legalmente elegidos”.

Nosotros los sufridos sudamericanos conocemos de sobra estas aventuras descabelladas que destrozan a nuestros países. El afán de poder que por lo general lleva consigo el de enriquecerse hace olvidar el patriotismo, que más a menudo consiste en renunciar que en postularse.

Flora saca en conclusión que la presidenta Gamarra, que era la mujer del presidente pero mandaba más que él, al ver que no podía conservar a su marido en el poder decidió imponer a Bermúdez. Sus enemigos afirmaron que no era admisible e impusieron a Orbegoso. La ciudad estaba con-

vulsionada y al parecer don Pío y Althaus estaban tan desconcertados que le pedían consejos a Flora en la cual, según ella, tenían mucha confianza. Es difícil de creer pero todos sabemos que en momentos de desconcierto acudimos a cualquiera, pedimos consejos que no nos servirán de nada y opiniones que se basan sobre simples suposiciones.

El problema inmediato era saber qué suma había que llevar a la mañana siguiente al general Nieto y a Valdivia, pues en esos casos los ricos tenían su precio. Don Pío piensa donar 2 000 pesos pero Flora le hace notar que es una suma ridícula para el hombre más rico de la ciudad. Entonces comienza el regateo. Como ya lo he dicho antes, a todos nos cuesta dar. Por fin don Pío accede a desprenderse de 4 000 pesos. “En la actualidad —dice Flora— los hispanoamericanos no luchan por principios sino para imponer a jefes que los recompensarán estrangulando económicamente a sus hermanos”. Ella espera que llegue el día en que esos pueblos unidos por el trabajo aborrezcan el pillaje y la rapiña. Salvo honrosas excepciones, esta última predicción por desgracia no fue demasiado acertada y el trabajo sigue produciendo en nuestros pueblos mucho menos dinero que la especulación o la deshonestidad de los gobernantes. Es difícil en estos países enriquecerse por medio del trabajo, acaso hasta sea imposible. Cuando Flora le dice a su tío que de todos modos se trata según le han dicho sólo de un préstamo, Tristán contesta: “Bolívar también llamaba préstamos a las exacciones”, y agrega que

nunca le devolvieron los 25 000 pesos que le había pedido el ilustre libertador. Afirma que tampoco volvió a ver los 10 000 pesos que le sacó en préstamo el general Sucre. En fin, liberar a América no debía ser una tarea barata. Sería interesante saber si la libertad costó igualmente cara en Estados Unidos. Lo que sabemos en forma fidedigna es que durante más de medio siglo los hombres saqueaban las diligencias, se mataban por una mina de oro o una simple bolsa de pepitas y que sólo la quimera de hacerse ricos de golpe sin otro esfuerzo que el de matar a sus semejantes o dejarse matar por ellos guió los actos de miles de hombres en el albor de las naciones americanas en general. Las películas de *far west* nos informan de todo esto: o ser rico o morir. Era el único lema dado el desdén total por los demás valores de los pueblos civilizados. En resumen, repetíamos con cuatro siglos de atraso las guerras fratricidas, los envenenamientos, la inescrupulosidad de los habitantes de Europa. La civilización consiste en no pretender apoderarse de lo ajeno y en aprender a creer en los valores del espíritu. Pero aún hoy no es una tarea fácil en medio del materialismo al parecer extirpado de los pueblos cultos durante dos siglos y que vemos de pronto renacer con ímpetu en este desdichado final del siglo XX.

Don Pío de Tristán se apresura por lo tanto a llevar sus 4 000 pesos y luego Flora, instalada en la ventana, ve pasar a todos los ricos de Arequipa con sus bolsas de oro. Algunos debían llevarlas sobre un asno, a tal punto habían sido cotizados

en sumas muy altas. Cada cual llora y se queja. Florita toma esto en broma pero parece olvidar que ella también está allí para sacarle dinero a su tío y que lo juzga duramente porque no se lo quiere dar. En medio de esos propietarios afectados en sus bienes encuentra a un señor filósofo que no se queja pues es inteligente y trabajador. Los demás creen que tiene un tesoro escondido y Flora acota: "la gente envidia a los hombres cuya inteligencia es mayor que la de los demás; cuando no pueden calumniar sus éxitos, los atribuyen a un milagro con tal de no reconocer su superioridad". Esto sigue siendo típicamente sudamericano. Envidiar el éxito del que ha dedicado su vida entera a un esfuerzo, a un trabajo creador, a construir, a luchar; desear lograr el mismo éxito pero sin tomarse la molestia de ganarlo. En nuestro país uno de los ejemplos típicos es la profusión de cartas abiertas que atacan a un escritor con el que no están de acuerdo y que ha pasado cincuenta años ante su mesa de escribir: ellos con una página injuriosa se hacen momentáneamente famosos en el barrio, en el edificio que habitan, en el círculo de sus relaciones y de su familia. No comprenden lo inútil de esa transitoriedad. Hacen daño a los demás y no se benefician en nada.

Pero volvamos a Flora. Después de la revolución encuentra que la ciudad está sobreexcitada y comienza a echar de menos la calma y el aburrimiento del pasado reciente. Pese a su carta inju-

riosa su tío continuaba prodigándole muestras de afecto.

El gobierno de Orbegoso estaba preparándose, como es natural, para resistir a las tropas de Bermúdez. Se equipaba con cuanto material bélico podía comprar cuando un barco llegaba a Islay. Según dice Flora sabiamente: “El dinero conseguido sin esfuerzo se despilfarra con prodigalidad”.

Valdivia, por su parte, funda un diario, se asigna un sueldo de 1 000 pesos y además se hace pagar sus artículos. Hay que suponer que esa modestia encubría entradas más suculentas.

Un día Althaus llega riendo al cuarto de Flora y le cuenta que el generalísimo lo llamó para que fuera a poner orden en su enorme tienda, cuya entrada hasta ese entonces tenía vedada.

“—Adivine lo que encontré en esa tienda —le dice.”

Flora, bastante perspicaz, le contesta:

“—Qué se yo, sabes, fusiles...”

“—Sí, sabes, pero no se imagina cuántos; hay alrededor de dos mil ochocientos que acaban de comprar y Nieto no es capaz de reunir bajo sus órdenes a más de ochocientos hombres. Hay mil ochocientos fusiles, ¡y qué fusiles! No hay peligro, no matarán a sus hermanos con esos fusiles fabricados en Birmingham; aquí sólo cuestan 22 francos; armas inglesas muy baratas. Pero cualquier instrumento sería más peligroso que esos fusiles y esos sables servirían para cortar verdura.



Y todo esto herrumbrado, mojado, etc. [...]

Hay también pilas de tela azul para granaderos franceses y millares de cinturones pero ni una sola mochila. Que me lleve el diablo si las palomas mensajeras no han ido a llevar la noticia de la revolución de Lima a esos pícaros capitanes ingleses y franceses para que hayan venido a apestar al Perú con todo lo que les sobraba en sus fábricas." Agrega que nada ha sido colocado como es debido ni protegido de la herrumbre sino apilado de cualquier modo en la capilla dentro de la cual cae el agua de la lluvia como afuera.

Cuesta no hacer un parangón con hechos semejantes ocurridos en alguna oportunidad en nuestro país. Recuerdo que el puerto estaba atrabancado de camiones, tanques, autos herrumbrados, inútiles, que fueron adquiridos por alguna conveniencia personal del mandamás del momento. ¿Cuántas veces hemos gastado en chatarra lo que pudo ser empleado en medicamentos, cuadernos, lápices, construcción de hospitales y escuelas?

Ver esa América latina de hace un siglo y medio tan culpable como en muchos de sus países demuestra seguir siéndolo hoy, disminuye las ilusiones de un porvenir mejor no sólo para nosotros sino para nuestros nietos.

Cuando Flora le dice a Althaus que por qué no les da consejos, él contesta riendo:

"—Darles consejos, ah Florita, se ve que todavía no conoce a la gente de este país; son tontos presuntuosos que creen tener en ellos la ciencia in-

fusa. En los primeros años de mi estadía en América me apené como usted al verlos cometer tantos errores y les mostré con franqueza que si obraban de otra manera las cosas marcharían mejor. ¿Sabe lo que ocurrió? Que me hice enemigos implacables de todos esos imbéciles; desconfiaron de mí, me ocultaron todo, como lo ve han hecho con estas armas; y sin la necesidad urgente que tenían de mis conocimientos me hubieran desterrado como a un hombre abominable. Al principio sufrí mucho con esta gente; pero al fin me resigné y sin inquietarme les dejé cometer sus imbecilidades y me contenté con burlarme de ellos pues había aprendido cuando mi estadía en Francia, que no hay nada tan poderoso como ridiculizar a alguien cuando uno lo hace con acierto.”

Flora advierte con su habitual lucidez:

“Las ciudades de América española, separadas las unas de las otras por inmensas extensiones de territorio sin cultivar y sin habitantes, tienen todavía muy pocos intereses en común. [...]

Pero para liberarse de España hubo que formar ejércitos y como ocurre siempre el poder de la espada quiso dominar. Si las poblaciones de esas Repúblicas hubieran estado más cerca habría más unidad de puntos de vista y esas regiones no presentarían desde hace veinte años el afligente espectáculo de guerras que renacen incesantemente.

El gran acontecimiento de la independencia engañó todas las previsiones: Inglaterra gastó sumas enormes para provocarlo; y desde que América

española es independiente, el sentimiento que han explotado para excitar a esos pueblos a sacudir el yugo de España, no fue el amor hacia una libertad política cuya necesidad estaban muy alejados de experimentar, ni de una independencia comercial cuyas masas eran demasiado pobres para poder disfrutar; han puesto en juego contra los españoles el odio que alimentaban las canonjías de las que ellos eran objeto. Los ojos fijos sobre los prodigios que la libertad hizo florecer en América del Norte, uno se asombra al ver que la del Sur sigue siendo presa durante tanto tiempo de las convulsiones políticas, las guerras civiles, y no presta bastante atención a la diversidad de los climas, a las diferencias morales de ambos pueblos. En América del Sur las necesidades son mínimas y fáciles de satisfacer. Las riquezas están aún muy desigualmente repartidas y la mendicidad, compañera inseparable del catolicismo español, es casi un oficio. Había en el Perú, antes de la independencia, inmensas fortunas hechas en los empleos públicos, en el comercio y en el mercado negro y, en fin, por la explotación de las minas; un número muy reducido de esas fortunas tenía por origen el cultivo de las tierras; la mayoría de la población estaba cubierta de harapos y desde entonces no ha mejorado su suerte; en tanto en la América inglesa los usos y costumbres se habían formado bajo el imperio de ideas liberales, políticas y religiosas; las poblaciones se habían acercado entre sí, vivían bajo un clima que requiere numerosas necesidades, habían conservado las costumbres

laboriosas de Europa y la riqueza era adquirida por el cultivo de la tierra o el comercio regular; había igualdad en la distribución.

Es sorprendente, según la regla de la prudencia humana, que toda la gente rica no haya evacuado América del Sur al mismo tiempo que el gobierno español; era bien evidente que debían ser las víctimas de todas las conmociones; en efecto, sus riquezas han alimentado las guerras y éstas no cesarán hasta que haya fortunas aún más grandes para apoderarse de ellas.”

Algunos iluminados como San Martín prefirieron volverse a pasar penurias a Europa antes que desembarcar en una tierra desgarrada por guerras fratricidas. Pero hay que ser muy valiente, y sabe Dios que el Libertador lo era, para afrontar la miseria, el exilio y el casi anonimato, él que era un dios en Sudamérica; pero si liberó a los pueblos sin quedarse con nada para sí fue por una profunda convicción, un amor a la libertad y a la hidalguía que hoy nos parece quijotesco...

Flora sigue describiendo el despojo del que eran víctimas los sufridos habitantes de Arequipa:

“Después de haberse alzado con esa segunda contribución que no fue mejor empleada que la primera requisaron caballos, luego las yeguas y las mulas; al final hasta se llevaron a los asnos. Todas esas extorsiones agotaban a los desdichados peruanos: las soportaban murmurando, sin tener el valor de sublevarse, cuando la requisición de hombres ordenada por el general Nieto puso el

colmo a sus dolores y a su indignación. El pueblo peruano es antimilitarista; todos aborrecen el oficio de soldado; el indio prefiere matarse antes que servir en el ejército. Al principio los arequipeños se negaron a obedecer al llamado del general; Valdivia recurrió a la persuasión y en una serie de artículos en su diario supo tan hábilmente tocar su orgullo que todos los jóvenes se enrolaron voluntariamente. El hábil monje explotando su vanidad los comparaba a los espartanos, a los romanos...”

Conocemos demasiado bien el candoroso patriotismo de nuestros pueblos para no imaginarnos a esa gente pacífica enardecida de pronto por los imprevistos discursos bélicos de quienes por diversos intereses querían embarcarlos en una aventura que difícilmente podría cambiar el porvenir de su patria. Nuestros países constantemente asolados por hombres providenciales ya deberían haber aprendido a fines del siglo XX lo que en 1834 una muchacha extranjera podía discernir. Pero sólo un largo y continuo ejercicio de las disciplinas culturales permite ver la diferencia entre un ideal por el que vale la pena dar su vida y la ambición de quien almibarando sus palabras conduce a los incautos a la muerte o a la miseria. “Cristóforo Colombo, pobre almirante, ruega a Dios por el mundo que descubriste” exclamaba Darío, pero el hombre común no puede percibir lo que percibe Rubén Darío. Desgraciadamente el grado de analfabetismo y de incultura de nuestros

pueblos latinoamericanos hace que las clases dirigentes, si son desaprensivas e inescrupulosas, puedan jugar con los sentimientos del pueblo como los padres con los de los niños muy chicos. Necesitan techo, comida y jugar a la guerra; sus aspiraciones no suelen ir mucho más allá salvo hoy en que por fortuna el *football* les permite dar rienda suelta a sus instintos agresivos y se enardecen tanto con un *goal* del club del que son "hinchas" como los granaderos de Napoleón al enfrentar la muerte de la metralla inglesa en Waterloo.

Flora no tardó en captar el infantilismo de la gente del pueblo y la habilidad de los poderosos para aprovecharse de ellos. Las procesiones, los Misterios, los acróbatas, los teatros, el chocolate tomado después de comer en grandes grupos chismorreando sobre lo acontecido en el día parecía darle bastante sentido a cualquier vida. Si eran más ambiciosos provocaban revoluciones insensatas dado que no podían dar, ni siquiera prometer al pueblo adormilado e indiferente, un estado de cosas distinto del que estaba viviendo.

Pero aunque ya despertaba en Flora su vocación de socióloga, en aquel momento, pese a tener varios pretendientes, lo que más le hacía falta era tener a alguien a quien querer. "Vivir es querer" —dice—, y ante los hijos de sus tíos pensaba dolorosamente en los suyos:

"Todo lo que me rodeaba alimentaba mi dolor; ya no hablaba con los chicos, hubiera deseado no ver a ninguno. Me volví fría con los de mi tío y con

los de Althaus, al punto que esas pobres criaturas no se atrevían ni a hablarme ni a mirarme. Esa casa donde mi padre había nacido, que debería haber sido mía y, donde sin embargo era considerada como una extraña, irritaba todas las llagas de mi corazón; la vista de sus dueños volvía constantemente presente a mi espíritu la odiosa iniquidad que implacablemente cometían contra mí. El precio de su hospitalidad me resultaba amargo y no había penas ni peligros a los que no me expusiera para alejarme del antro donde había sido tan cruelmente despojada. Francia se presentaba en mi recuerdo con todos los dolores que había sufrido... No sabía adónde huir ni qué hacer con mis huesos. No encontraba refugio ni reposo en ninguna parte sobre la tierra. La muerte que durante mucho tiempo creí cercana y esperada como una bendición de Dios, me era negada y mi salud se fortalecía; no había perspectivas para mis esperanzas; ni una persona en cuyo seno pudiera descargar mi dolor. Una melancolía sombría se había apoderado de mí, me había vuelto silenciosa y meditaba los más siniestros proyectos. Le había tomado aversión a la vida, se había convertido en un fardo cuyo peso me abrumaba. En esas circunstancias tuve que luchar contra una violenta tentación de destruirme."

Pero Flora era demasiado vital para pensar en serio en el suicidio y además tenía una misión que cumplir y Dios no nos perdona ni un día antes de que terminemos la tarea que a expensas nuestras nos ha encomendado.

Sin embargo ella, que se burla continuamente de la avaricia de los ricos y del afán de acumular bienes de quienes la rodean, no advierte que la pobreza es un castigo difícil de soportar. Cuando el famoso lunes negro de octubre se tiraron de los rascacielos de Nueva York y de otras ciudades de Estados Unidos tantas personas como las que pueden morir en una guerra civil corta, en una revolución o en otra guerra local, decimos "El verdadero drama es pensar en los soldados o civiles que han muerto", pero olvidamos que quienes quedan arruinados por los horrores de la guerra a menudo no lo soportan y prefieren suicidarse. Pues si bien la pobreza es dura de por sí es mucho menos llevadera para quienes no han estado habituados a ella. Cambiar sus costumbres, su tren de vida, bajar de escala social, restringir sus necesidades, conocer las humillaciones que trae aparejada la falta de dinero es un destino difícil de soportar. Cuando uno ha estado acostumbrado al refinamiento, a los halagos de la vida, a las adulaciones de la gente, a los placeres de los viajes, de la buena mesa, de la buena ropa, prescindir de todo eso es poco menos que imposible. Incluso aprender a trabajar para quienes sólo han sabido especular o para quienes nunca han hecho nada ha de ser algo semejante a lo que sería para cualquiera de nosotros aprender a caminar sobre la cuerda floja de un circo o tener que atravesar a nado el Canal de la Mancha.

Flora afirma que siempre había considerado el



suicidio como un acto de cobardía, pero que en ese momento sólo veía las desdichas pasadas y las que le quedaban por delante. Sin advertirlo fue justamente ésa la hora de su revelación, dado que exclama:

“En aquel momento resolví entrar yo también en la lucha social y después de haber sido víctima de la sociedad y de sus prejuicios trataría de explotarla a mi vez...” Tuvo por supuesto la tentación de usar la influencia que al parecer tenía sobre algunos hombres, para volverse rica. De no haber estado casada en Francia, probablemente se hubiera casado con algún peruano ambicioso, y las fuerzas que gastaría más tarde en favor de los desheredados las habría usado como la señora de Gamarra, o Madama Lynch, en lograr el poder y la fortuna, tan es así que dice:

“Estoy en medio de una revolución: Veamos por qué medio puedo desempeñar un papel en ella, cuáles son los instrumentos que puedo emplear.”

El ejemplo de la mujer de Gamarra la alentaba y no veía motivo para no entrar en la lucha política y destacarse en ella.

Hay en todas las vidas un momento crucial en que cada cual se encuentra en una encrucijada y debe decidir qué camino tomar. Ya Flora no podía contar con conseguir su pretendida herencia. Buscaba a su alrededor al militar al que pudiera aliarse para lograr sus fines. La verdad es que Valdivia era monje y los demás estaban casados.

La oportunidad de ser una protagonista escrupulosa en medio de las revoluciones peruanas no se le presentó.

Pero la vemos carente de resignación y desesperada:

“El aislamiento era mi destino; sólo podía aparecer furtivamente en sociedad y la fortuna de mi padre era la presa de un tío millonario. Colmada la medida me sublevé abiertamente contra un orden de cosas del cual yo era tan injustamente la víctima, que sancionaba la servidumbre del sexo débil, el despojo del huérfano, y juré que entraría en las intrigas de la ambición, rivalizaría en audacia, astucia, con el monje, sería como él perseverante y como él sin piedad.”

Alimentó mil proyectos descabellados, se dijo que nunca podría ser la culpable de injusticias y masacres; al final terminó por sentirse más atraída por la vida regalada y ociosa que por ambiciones que no estaban a su alcance. Paseaba con su prima Carmen, iban al molino, cruzaban el río a horcajadas de las esclavas negras, se echaban sobre el césped de la colina que domina el valle de Arequipa y conversaban durante horas, despreocupadas como niños.

Resulta sorprendente que de pronto haya tomado la decisión de volver a Francia. Pero primero quería conocer Lima y de allí se embarcaría rumbo a su destino. La familia tuvo la elegancia de sorprenderse, de suplicarle que se quedara, su tío insistió para que continuara viviendo con ellos

“pero sin ofrecerle una situación más independiente de la que gozaba en su casa”. Por supuesto en aquel entonces en Sudamérica las casas eran grandes y una boca más importaba poco o nada entre la muchedumbre de parientes, amigos y esclavos, que vivían bajo un mismo techo. De allí a dar una suma importante de dinero hay un gran trecho.

Entretanto la revolución sigue su curso y Flora describe el grotesco campamento del general Nieto que ocupaba para 1 800 hombres más lugar del que un general europeo hubiera necesitado para 50 000 soldados. Flora solía ir a visitar ese campamento en el cual “los soldados dormían en carpas que cerraban mal y hechas con tela tan transparente que no los protegía de la luz ni de las lluvias...” La caballería no estaba mejor instalada que la infantería pero se le había proporcionado caballos requisando los de la población. Flora tenía la suerte de disponer de uno de su tío, demasiado fogoso, que fue dejado a su dueño. En realidad era una niña mimada. Podía observar todo con ironía, descargar sus sarcasmos sobre una población desesperada entre la cual corrían los inevitables rumores de las épocas difíciles: decían que estaba por llegar Orbegoso y que degollaría a medio Arequipa, que San Román había prometido a sus soldados piedra libre para el pillaje de la ciudad. Circulaban escritos, al parecer redactados por Valdivia, que hacían poner los pelos de punta. Describían masacres, violaciones y otras atrocidades.

También como ocurre en esas oportunidades, la gente pasaba sin transición del terror al optimismo como si fueran criaturas.

Flora afirma haber comprendido que ocurriera lo que ocurriera el país estaba perdido y cualquiera que fuera el triunfador, el pueblo estaba abocado a contribuciones enormes, al despojo de sus propiedades y al pillaje bajo todas sus formas. Es difícil creer que haya visto ella sola esas posibilidades eternamente repetidas en nuestros países. Todos sabemos que son comentarios generales, que van de boca en boca y nos sumergen en una depresión casi constante, la que convierte a nuestros pueblos en holgazanes porque la lucha al final no conduce a ninguna parte y no tiene relación con el esfuerzo.

“El veintiuno de marzo, Althaus me dijo: ‘Por fin Florita, parece que el General tiene informes fidedignos: San Román estará aquí mañana o pasado mañana; ¿me creerá si le digo que hasta ahora, pese a haber gastado sumas enormes en espías, no hemos podido obtener una palabra exacta sobre lo que ocurre en el campo enemigo? El General no quiere que me mezcle en esto; el amor propio de ese tonto se siente herido por un sabio consejo y me oculta todo lo que puede.’

Desde hace dos días las tropas habían vuelto a sus cuarteles; no habían tenido otro remedio que hacerlas volver, a tal punto estaban extenuadas por las fatigas y las privaciones que habían sufrido durante su inútil estadía en el campamento. Pa-

rece que según una noticia que creían segura el General hubiera debido apresurarse en hacer salir nuevamente a las tropas, sea para retomar la posición que acababan de abandonar, sea para establecerlas en otra que la circunstancia pudiera exigir; que no debió haber olvidado ninguna de las precauciones indicadas por la prudencia para evitar cualquier sorpresa por parte del enemigo, la confusión entre las tropas y la alarma en el pueblo, en fin, que todo debía estar previsto y las medidas tomadas para prevenir los desórdenes que pudieran ocurrir en la ciudad a causa de la victoria o de la derrota; tal hubiera sido la conducta de cualquier militar que tuviera sentido común, pero el general Nieto no pensó en nada de eso y, sin ocuparse de tomar ninguna disposición, abandonándolo todo, se fue con los otros jefes a Tiavalla a festejar la Semana Santa. Al día siguiente, alrededor de las cuatro de la tarde, un espía vino presuroso a decir que el enemigo estaba en Cangallo: el rumor corrió como reguero de pólvora. De un lado iban a buscar a Nieto; del otro Los Inmortales se juntaban, las tropas salían en desorden, los chacareros aterrados se negaban a moverse y los pelucones de la Municipalidad cometían tontería sobre tontería: la confusión había llegado al colmo.

Entonces salieron a la superficie la profunda ignorancia, la absoluta nulidad de esos jefes presuntuosos, tanto civiles como militares, que dirigían los asuntos de ese desdichado país.

Todo lo que ocurrió aquella noche y la noche siguiente le parecería increíble a cualquier europeo. Por lo tanto no entro en ningún detalle, pero afirmo que la confusión fue tal que si San Román lo hubiera sabido habría podido aquel mismo día apoderarse de la ciudad e instalar a sus tropas sin combatir: nadie estaba en estado de pegar un solo tiro para impedirlo. Así hubiera terminado la guerra en menos de tres horas. Deben lamentar que no lo hubiera hecho. Mucha sangre vertida hubiera sido ahorrada, muchos males irreparables hubieran sido evitados.”

## Los conventos de Arequipa

No considero que resulte demasiado interesante detenerse en las descripciones de los conventos de Arequipa y como Flora no conocía los conventos de ningún otro país del mundo es probable que fueran semejantes a los de muchas otras ciudades. Incluso el hecho de que unos fueran muy austeros y otros llenos de comodidades nos recuerda las descripciones de los conventos franceses hechas por diversos escritores.

Durante la estadía de Flora en el Perú, varias veces la población fue a refugiarse a los conventos dado que las revoluciones se sucedían y también las personas ricas podían llevar consigo sus joyas y su platería más valiosa. El temor a ser despojados no abandonaba nunca a los habitantes del Perú; en verdad es un temor que no abandona nunca a ningún latinoamericano, por mala memoria que se tenga; la experiencia enseña hasta a los animales. No en vano se dice "gato escaldado huye del agua fría". Es algo semejante al miedo instintivo al *progrom* de los judíos, al del desaire de la segregación en el negro que duda antes de entrar a un restaurante o de tomar un ómnibus en los países en que esa segregación existe. Agachar la cabeza o morir como Martin Luther King. Las mujeres también sabemos que nos hacen fácilmente de

lado y los obreros le temen instintivamente a la policía. El mundo sigue siendo del varón blanco ario pese a la lucha de nosotros, los pertenecientes a los demás sectores. De tanto en tanto le abren la puerta a una mujer, a un negro, a un obrero y, en países antisemitas, a un judío. Pero es imposible avanzar en manos del azar, de a uno en fondo, blandiendo derechos que nadie respeta. Basta ver un panel de televisión para afirmarse en esta triste verdad: el macho blanco reina en todo su apogeo, muy a menudo en uniforme, otras veces en traje de civil, pero tiene en sus manos las riendas del Estado. Y sabe Dios que lo ha manejado mal en casi todos los países del mundo, que ha desencadenado guerras apocalípticas, aventuras guerreras inconsultas o revoluciones inmotivadas, y ha despojado las arcas de la Nación y de los particulares. Es sorprendente que un grupo étnico que se equivoca tanto siga dueño de todos los derechos y pueda desplazar a otros más capaces.

Flora aún no estaba entregada a la lucha de clases y por lo tanto estas reflexiones son simplemente mías. Ella comienza por contarnos una historia conmovedora, repetida mil veces a través de la historia de una monja de su familia que colgó los hábitos y a quien nadie más quiso recibir.

En Europa los castigos fueron más duros aún y algunas murieron emparedadas. También se equivoca si cree que sólo en los conventos del Perú reinaban las jerarquías sociales y financieras; en Francia estas diferencias eran notorias. En algu-



nos conventos había que ser de familia noble para llegar a madre abadesa. Las celdas eran exactamente iguales a las de todos los conventos del mundo. Lo mismo puede decirse del refectorio. Si algún bien trajeron a la cultura general el cine y la televisión es el de describirnos en la imagen desde un castillo hasta una prisión o el interior de un convento. Ya a nadie le interesa leer que había una mesa de pino, un banquito, un crucifijo, etc.

Por el momento está describiendo el convento de Santa Rosa. Tampoco me detendré en su descripción del horario: las monjas se levantan a las cuatro de la mañana, etc. ... Que su única distracción consista en cultivar las flores de su jardín es hoy otro lugar común.

Por supuesto la familia Tristán no veía la hora de volver a sus casas, pero alertas falsos los retenían. Cuando al cabo de tres días decidieron partir, Althaus les dijo que San Román estaba en Cangallo y no tardaría en llegar a Arequipa.

Otra vez todas las mujeres corrieron a refugiarse en un convento, pero eligieron el de Santa Catalina, mucho más alegre y lujoso.

Es imposible dedicarse a la tarea de conocer la vida de Flora Tristán sin tener que enterarse de cada objeto y cada detalle de decoración de las diversas casas y conventos en los que vive. Incluso más adelante en su "gira por Francia" nos describe con fastidio los hoteles, los precios de las comidas con cifras que hoy nos cuesta tanto descifrar como un jeroglífico egipcio, dados los cambios

internacionales de las monedas. Nos enteramos de que en Santa Catalina las celdas parecían los “boudoirs” de las mantenidas parisinas. Las cortinas eran de seda color cereza con flecos negros; las sábanas, de batista con encajes, el diván estaba cubierto por un rico tapiz llegado del Cuzco, había almohadones para los visitantes diseminados en medio de banquitos tapizados lujosamente. Sobre la consola de mármol los candelabros eran de plata, las velas azules. Hasta la jarra que estaba sobre la mesa era de cristal tallado. Por supuesto paso mucho por alto. Lo cierto es que la llegada de Flora entusiasmó a las monjas que la abrazaban y exclamaban: “¡La francesita!” La madre superiora era muy culta. Conversó con ella largamente sobre música y política europea y la obligó a aceptar su propio cuarto lujoso para que se sintiera más a gusto. Por sus comentarios vemos que disfrutó de esta hospitalidad:

“Durante diez años de viaje he debido cambiar a menudo de habitación y de cama; pero no recuerdo haber sentido jamás una sensación tan deliciosa como la que experimenté al acostarme en la encantadora cama de la superiora de Santa Catalina. Cometí el acto infantil de encender las dos velas azules que estaban sobre el altar, tomé el pequeño rosario, el bonito libro de oraciones, y me quedé un rato largo leyendo, interrumpiéndome a menudo para admirar el conjunto de los objetos que me rodeaban o para respirar con voluptuosidad el suave perfume que exhalaban las sábanas

adornadas de encajes. Aquella noche casi tuve ganas de hacerme monja.”

¡Extraña y contradictoria Flora! ¡Una celda opulenta le da casi ganas de hacerse monja y está destinada, en cambio, a pasar toda clase de privaciones para luchar por el bienestar y la justicia de los obreros!

Reclama rabiosamente una fortuna que cree pertenecerle pero no quiere seguir viviendo cómodamente en casa de su tío. Quiere ser a la vez dependiente y protegida. La sola idea de quedarse en un convento, por lujoso que sea, nos pondría los pelos de punta a los que no tenemos vocación religiosa, pero ella es tan espontánea y se deja llevar con tal fuerza por las impresiones del momento, que lanza esta frase al azar, cosa que por lo general hacemos en la conversación o aún en algún artículo pero difícilmente en un libro. No obstante creo que no debemos tomarla al pie de la letra. Se sentía sola, desamparada, y la protección de ese convento lujoso le hizo lanzar ese suspiro.

En verdad las monjas de Santa Catalina gozan de tantos privilegios que es difícil no asombrarse. Les permiten levantarse tarde pues basta que vayan a la misa de once; llevan hábitos amplios blancos, de tela fina y sedosa. No tienen límites, como en Santa Rosa, ni en la conversación ni en la opulencia. A lo largo del vasto parque se entrecruzan callejuelas en las cuales han construido casitas como de campo que cada religiosa habita; hasta pueden tener aves de corral y esclavos. Tienen cuan-

tiosas rentas y hacen grandes donaciones. Hay casos extraordinarios como el de una monja boliviana que fue puesta en el convento a los dos años, tiene treinta y tres y posee ocho negras para servirla. Flora emplea a menudo la palabra española *retiro* para designar la habitación de cada religiosa. Allí, confidencialmente, en un *retiro*, le cuentan la historia de su prima Dominga que se escapó de Santa Rosa. Es un drama de amor, de decepción, como hay tantos, y, en un impulso, al verse abandonada entró al convento. Tenía sólo catorce años; aguantó siete en Santa Rosa y al fin huyó poniendo en su cama un cadáver que le consiguió su negra fiel e incendió la celda. Todo el mundo creyó en el subterfugio hasta que Dominga apareció viva y reclamó su dote al convento, pues al ser repudiada por su familia la necesitaba para vivir.

Todas estas anécdotas ocurrían en Francia cien años atrás y acaso seguían ocurriendo en España, pero Sudamérica siempre vive cada episodio en forma más dolorosa y atrasada que el resto del mundo.

Seis días después de haberse refugiado en Santa Catalina, las señoras de la familia Tristán vuelven a sus casas convencidas, como toda la ciudad, de que San Román no se atrevería a avanzar, asustado por el número de las tropas de Nieto. No pensaron que el General sería lo bastante astuto para esperar el día de paga en que los soldados se embriagan, juegan y descuidan sus armas para entrar a la ciudad. No obstante esto fue lo que

ocurrió. Pero ya era tarde para correr a refugiarse a algún convento; por lo tanto, Flora observa a las tropas invasoras desde la azotea, munida de unos prismáticos.

Ambas tropas se encontraron frente a frente sin saber qué actitud tomar. Después de mutuas vacilaciones la batalla comenzó y fue ganada por San Román luego de toda una noche de lucha. A la mañana siguiente se vio correr por las calles a esclavos y amos llevando de nuevo a los conventos sus cofres con joyas, su oro y su platería. Todo esto contado así tiene algo grotesco, pero si lo comparamos con la inseguridad actual veremos que sólo han cambiado los valores, los objetos, pero que la huida es semejante. La gente ya no corre por las calles con sus fuentes y sus candelabros, pero si nos limitamos a Buenos Aires hemos observado lo mismo en la calle San Martín, y todos sabemos que quien más quien menos ha corrido como esos peruanos despavoridos a poner a salvo parte de su fortuna en un Banco Suizo, americano, uruguayo o canadiense. Salvar sus posesiones materiales es tan instintivo como salvar la vida dado que no se puede sobrevivir sin dinero. Resulta deplorable admitir que nuestra América latina sigue siendo presa de aventureros sin escrúpulos que obligan a los particulares a poner a salvo sus pertenencias ayudando así a arruinar al país. Pero unos y otros hemos sido golpeados en forma tan constante e inclemente que ya no confiamos en nadie. Repentinos controles de cambio, cuentas en dólares

transformadas en pesos, cajas de seguridad abiertas, devaluaciones relámpagos han sido las sorpresas que uno u otro país de la América Hispana han dado a sus esforzados habitantes. De ahí la pereza, el descreimiento, la certidumbre de que el fruto de nuestro trabajo se convertirá en agua entre los dedos. Esto genera haraganería, especulación, falta de ambiciones.

“Tranquila en medio de ese caos yo consideraba como un disgusto que no podía reprimir ese panorama de las malas pasiones de nuestra naturaleza. La agonía de aquellos avaros que temían más perder sus riquezas que sus vidas; la cobardía de toda esa población blanca, incapaz de la menor energía para defenderse por sí sola; ese odio del indio disimulado hasta bajo sus formas obsecuentes, viles, rastreras; esa sed de venganza del esclavo que la víspera todavía besaba como un perro la mano que lo había golpeado, me inspiraba hacia el género humano el desprecio más profundo que haya sentido jamás” dice Flora desde lo alto de su pobreza nada voluntaria, de una casa ajena en la cual la alimentan y la cobijan. Quizá de haber recibido ella de su tío alguna bolsa de oro y objetos de plata en pago de su herencia, hubiera corrido como una liebre igual a todos los demás a poner a buen recaudo esas pertenencias difícilmente conseguidas. Pienso que yo también cuando era joven y no poseía nada me burlaba de la codicia de los mayores, de su temor a perder una fortuna difícilmente ganada. Hoy que poseo algo

temo perderlo y cuento con eso para hacer más llevadera mi vejez. Por eso no me sorprende la severidad de Flora Tristán y su mala memoria dado que hace apenas unas semanas ha escrito una carta trágica a su familia acusándola de robarle su herencia, y ha soñado con suicidarse para no vivir en la miseria.

Considero que el verdadero interés de esta crónica es compararla con la actualidad. Ojalá nos sirviera para escarmentar... es decir ojalá les sirviera a los gobernantes y a las fuerzas armadas de toda América advertir con horror que en un siglo y medio no han logrado hacer de sus países refugios de paz, de seguridad, de protección al capital y al trabajo, de respeto por el prójimo. La atracción del poder es aquí mayor que en cualquier parte del mundo porque genera riquezas a menudo malhabidas. Haber gobernado países ricos y haberse retirado con una gran fortuna personal, dejándolos empobrecidos y desesperanzados es un crimen que acaso algunos paguen. En Europa nadie ha llevado a su patria al desastre sin haberlo pagado con la vida, como Hitler y Mussolini. Son las lecciones que da la Historia.

“Mi tío temía verse comprometido por esos impertinentes charlatanes tan ridículos como despreciables; pero en vano empleaba toda su elocuencia para hacerlos callar; sus esfuerzos eran inútiles, a tal punto se ha hecho carne en la naturaleza de la gente de ese país, abrumar tanto sin medida como sin piedad al que cae, para alabar

con exageración al que triunfa", dice Flora al referirse a los monjes, a los soldados y a los esclavos que gritaban contra uno u otro general al pasar ante la casa de don Pío. Pero la falta de consideración con el caído y el exitismo fácil siguen siendo otros de nuestros males.

Asistimos también a la reiterativa reunión de los jefes de ambos bandos, a las esperanzas pueriles de cada habitante de que el diálogo sea constructivo y se pueda volver a vivir en una paz relativa. Pero cada cual guarda un as en la manga y tiene una trampa para tender a su enemigo. Lo cierto es que el pueblo como siempre es el que sufre. Las *chicherías*, que eran las pulperías de Arequipa, estaban hechas ruinas, los campos de maíz quemados, inservibles por un largo tiempo, las cabañas eran sólo escombros, los campesinos habían tenido que huir. Todo ese daño para que dos fuerzas militares más o menos semejantes, dos generales sin más plan que el de triunfar se hayan enfrentado en otra guerra fratricida movidos por ambiciones espúreas. Ambos debían tener conciencia de que el país podría sobrevivir mejor sin tales episodios y de que la única manera de reconstruir era la paz.

De pronto alguien viene a anunciar al pueblo que se han roto las negociaciones entre ambos jefes. El pueblo al parecer quedó petrificado. Entonces como ahora vivimos sumidos en el estupor que nos causa ver que se negocia con nuestra propia existencia, a nuestras espaldas, como si fué-



ramos esclavos. Durante casi toda mi vida adulta me he visto limitada a los caprichos, a veces de trágicos resultados, de algún jefe que se autodenominó o fue nominado por otro autodenominado. Que eso pudiera ocurrir en nuestra América en 1834 es relativamente aceptable, pero que sigamos siendo víctimas inocentes, sin voz ni voto en 1982, desde hace casi cuarenta años con breves espacios de democracia respetuosa, resulta inaceptable. Los que destruyen a un pueblo se proclaman patriotas y acusan a los que claman contra tal injusticia de antipatriotas.

“Además de esos sufrimientos reales, ese pueblo sentía una verdadera pena moral al no saber por cuál de los candidatos debía pronunciarse, ignorar el nombre de aquel que el destino le imponía para aclamar y del infortunado que debía abrumar con sus ultrajes y sus maldiciones. Al no poder prever cuál de los dos jefes iba a salir vencedor sólo le quedaba esperar; y esperar sin poder hablar era para ese pueblo *hablador* un suplicio cruel” nos dice Flora. Luego agrega: “Alrededor de las tres de la tarde corrió la voz por la ciudad de que todo estaba arreglado, San Román había reconocido a Orbegoso como legítimo presidente...” Por supuesto era un falso rumor; las negociaciones estaban rotas nuevamente.

Cuando Flora le dice a don Pío “La batalla está perdida, ese hombre ya no tiene su razón... hay que reemplazarlo, si no mañana coronará todas sus barrabasadas”, su tío la mira espantado y le

dice que no puede comprometerse yendo a pedir que le quiten el mando a Nieto y nombren a otro general en su lugar. “¡Y semejantes hombres quieren vivir en una República!...” comenta Flora acertadamente, porque para construir una democracia se necesita cien veces más valor que para instaurar una dictadura. Luego una vez construida ya nadie requerirá que cada ciudadano sea un héroe pues estará protegido por la Constitución del país al que pertenezca.

Al parecer, San Román, para obtener víveres, prometió a Nieto que iba a reconocer a Orbegoso y por supuesto no cumplió su palabra. Como siempre hay que buscar un chivo expiatorio, Nieto lleva a Arequipa a tres oficiales de San Román para hacerlos fusilar. “Se lo repito, ese hombre está loco... Sería urgente quitarle el mando; pero elegir otro jefe es complicado ¿y cómo hacer para nombrarlo? Ya lo ve: todos esos ciudadanos que iban a morir por la patria se han ocultado en los conventos, su tío se va a dormir; los Goyeneche, los Gamio, etc. ... se contentan con llorar. Le pregunto qué diablos quiere hacer con este pueblo de gallinas. Estoy seguro de que perderemos la batalla y lo lamento pues aborrezco a Gamarra” le dice Althaus.

A la mañana siguiente tuvo lugar la batalla de Cangallo. Flora había asistido a las jornadas de julio de 1830, pero afirma que el heroísmo del pueblo le hacía olvidar el peligro. Aquí sólo veía miedo y una desdicha inmerecida que caía sobre

la ciudad. La primera condición para luchar heroicamente es venerar a sus jefes; lo demostraron los soldados de Napoleón, los de San Martín y la prueba más desgarradora es la del éxodo jujeño en que los mismos campesinos incendiaron sus ciudades y sus campos para que el enemigo no pudiera encontrar ni refugio ni comida. El jefe de esos enemigos era, por aquel entonces, justamente don Pío de Tristán.

Pero no ocurría lo mismo en Arequipa. Nieto, al no poder defender la ciudad, había ordenado arrojar al río todas las armas y municiones. Los hombres vuelven de la batalla contando anécdotas terroríficas. Parece que los dragones de Carrillo hicieron perder la batalla porque se equivocaron en sus maniobras y tiraron sobre la artillería de Morant creyendo que tiraban sobre el enemigo. Por supuesto después de cometer ese grueso error huyeron rumbo a Islay donde sabían que encontrarían dos barcos donde podrían embarcarse para quedar a salvo de la persecución de San Román.

Entretanto la ciudad estaba inerte, cada habitante desgarrado por dentro "como resignados a dejarse masacrar sin oponer la menor resistencia".

San Román no quiso entrar en Arequipa hasta que las autoridades fueran a recibirlo; todos estaban aterrorizados y empujaron a los monjes a ir en lugar de ellos. Por fin el 5 de abril San Román entró en Arequipa.

Corría la voz de que habían matado a San Román en la batalla y el coronel Escudero mandaba las tropas en su lugar.

Por supuesto hubo que llevarle plata a Escudero que se ocupaba de serenar y castigar a sus soldados que habían asesinado y robado la noche anterior. En realidad, San Román no estaba ni muerto ni herido, y llegó a Arequipa una semana después. Lo cierto es que en la confusión de una batalla que tuvo lugar mientras gran parte de los soldados se estaban bañando y por lo tanto fueron sorprendidos desnudos, cada cual se creyó vencido. Nieto huyó hacia un lado, San Román hacia el otro y, de no ser por Escudero, la ciudad no hubiera visto entrar ni a sus defensores ni a sus enemigos.

Todo esto le fue contado a Flora por Escudero que al parecer se enamoró de ella y ese amor no la dejó fría. Lo veremos aparecer más adelante cuando acompaña en su exilio a la señora de Gamarra, una mujer que mandaba más que su marido, el Presidente, alguien bastante semejante a Evita Perón por su osadía, su coraje, su amor al poder. Flora siente de pronto que ella podría reemplazar a su *reina* y que él “podría secundarla en sus proyectos de ambición”. Por primera vez la vemos tal como será más adelante. Esa mezcla de santa y de aventurera que hay en ella asoma en estas revelaciones: “Sufría por las desdichas de ese país que me había acostumbrado a considerar como el mío. El deseo de contribuir a algo bueno había sido constantemente la pasión de mi alma y

una carrera activa, aventurera, coincidía con mis gustos. Advertí que si Escudero se enamoraba de mí tendría sobre él una gran influencia. Otra vez me sentí atormentada por la agitación febril de mi mente, mis combates interiores renacieron; la idea de asociarme con ese hombre ingenioso, audaz, despreocupado, me sonreía. Si corría con él las posibilidades del éxito, qué me importa, me decía, total no tengo nada que perder. Quizá la voz del deber no hubiera sido lo bastante poderosa para resistirme a esa tentación, la más fuerte que sentí en mi vida, si otra consideración no hubiera venido en mi ayuda. Temí la depravación moral que el goce del poder suele acarrear. Temí volverme dura, déspota, criminal aún respecto a quienes lo poseían [...] El sacrificio era muy grande porque Escudero me gustaba.” [...] “con ese hombre me parecía que nada me hubiera resultado imposible. Tengo la íntima convicción de que de haber sido su mujer habría sido muy dichosa [...] Tuve miedo de mí y me pareció prudente sustraerme a ese nuevo peligro con la huida. Resolví partir inmediatamente a Lima.”

Cabe preguntarse si tuvo una aventura con él sin porvenir. Escudero no parece haber sido hombre de casarse con una muchacha extranjera, sin fortuna y sin influencias salvo la de su tío; otra cosa era ser el protegido de la señora de Gamarra, casi una reina, poderosa, fuerte, rodeada de enemigos pero también de fervorosos partidarios. El hecho de que más adelante Escudero la haya acompa-

ñado en su exilio demuestra que le era fiel. Por lo tanto resulta poco probable que haya pensado casarse con la pobre Flora, tan onírica como ingenua, que no comprendía aún bien los resortes que mueven a los hombres. En realidad murió sin haberlo comprendido; luchó y se desangró por obreros que todavía no estaban preparados para la lucha. Por el momento sólo le queda irse a Lima. No olvidemos que Arequipa no era la ciudad frívola y tranquila que conoció: la guerra civil la había entristecido, estaba abrumada, inerte, ¿qué podía ofrecerle ya?

“Nadie comprendió mi partida tan precipitada. En vano me dijeron que la ruta de Islay estaba infectada por desertores que vivían de la rapiña, en vano me exageraron los riesgos que iba a correr. No me importó ninguna de esas advertencias; ningún peligro, a mis ojos, igualaba al que estaba expuesta permaneciendo en Arequipa; para escapar de él hubiera atravesado todos los desiertos de la tierra. Alegué como pretexto que mi partida era absolutamente necesaria si quería llegar a Europa antes del invierno; y como en el fondo en casa de mi tío estaban encantados de verme partir, no insistieron más.”

Antes de partir Flora hizo las visitas que exigía la etiqueta: “Esas visitas me permitieron juzgar la extensión de los males que la guerra había causado a esa desgraciada ciudad. En cada casa encontré ropa de luto y lágrimas. Sin embargo me parecieron peores que las pérdidas ocasionadas

por la muerte, la discordia y el odio que las disensiones civiles habían hecho nacer en el seno de las familias.”

Hemos sido tan a menudo testigos de estas discordias, de la incapacidad sudamericana de comprender el punto de vista ajeno, de la intolerancia ante una opinión distinta de la que cada cual cree es la verdad absoluta, que la observación de Flora nos retrotrae una vez más a nuestro país y a nuestras continuas rencillas. La libertad no ocupa un lugar muy preponderante en la mayoría de los sudamericanos. Son excepcionales las personas que escuchan sin sublevarse opiniones distintas; que admiten conversar serenamente con un adversario político. Ignoro por qué motivo nuestros pueblos son tan intransigentes, por qué a los gobernantes les cuesta tanto ponerse por un momento del otro lado, hacer un esfuerzo de comprensión que es en resumidas cuentas una de las formas más altas del amor. Amor por la humanidad, por nuestros semejantes. Y es también una forma muy sutil de inteligencia. Pero suelen repetir como loros una idea fija que les han inculcado en el partido o en el cuartel, o que les han puesto como condición para nombrarlos ministros o subsecretarios. Se apoyan en muletillas que al final ya no quieren decir nada.

Flora, siempre ambiciosa, logra que Escudero la lleve a visitar a San Román. Tiene con él una conversación divertida y franca; él sabe que los

arequipeños tienen miedo de él y se lo dice. Ella le pregunta:

“—¿Piensa comérselos a esos pobres habitantes de Arequipa?

—¡Dios no lo quiera! Vengo, al contrario, para restablecer la tranquilidad, alentar el trabajo y el comercio para que tengan con qué comer.”

—Es un noble fin, Coronel. Me causa curiosidad conocer el sistema que usted tiene la intención de emplear para lograrlo.

—Nuestro sistema, señorita, es el de la Sra. Gamarra: cerraremos nuestros puertos a esa cantidad de barcos extranjeros que vienen a infectar nuestro país con toda clase de mercancías que venden barato, la última de nuestras negras puede lucirse vestida con sus telas. Comprenderá que la industria no puede prosperar en el Perú con semejante competencia, y mientras sus habitantes puedan conseguir en el extranjero, a vil precio, los objetos que consumen, no tratarán de fabricarlos ellos.

—Coronel, los industriales no se forman como los soldados y las manufacturas no se organizan tampoco como los ejércitos, a la fuerza.

—Conseguir este sistema no es tan difícil como usted parece creerlo: nuestro país puede proporcionar todas las materias primas, el hilo, el algodón, la seda, la lana de una finura incomparable, el oro, la plata, el hierro, el plomo, etc.; en cuanto a las máquinas, las haremos venir de Inglaterra y



llamaremos a obreros de todas las partes del mundo.

—Mal sistema, Coronel. Créame, no es aislándose que harán nacer el amor al trabajo y excitarán la emulación.

—Y yo, señorita, creo que la necesidad es el único aguijón que obligará a este pueblo a trabajar; observe también que nuestro país está en una posición más ventajosa que cualquiera de Europa; no tiene ni ejércitos gigantes, ni flota que mantener, ni una deuda enorme que soportar; por lo tanto se encuentra en circunstancias favorables para que progrese la industria; y cuando haya vuelto la tranquilidad y hayamos prohibido el consumo de mercancías extranjeras, ningún obstáculo se opondrá a la prosperidad de las manufacturas que fundaremos.

—Pero usted no piensa que durante mucho tiempo todavía la mano de obra aquí será más cara que en Europa; tienen muy poca población y la ocuparían para fabricar telas, relojes, muebles, etc. ¿Qué pasará entonces con el cultivo de la tierra, ya tan poco adelantado, y la explotación de las minas que han tenido que abandonar a falta de mano de obra?

—Mientras no tengamos manufactura los extranjeros seguirán llevándose nuestro oro y nuestra plata.

—Pero Coronel, el oro y la plata son las producciones del país y más que cualquier otra perderían su valor si ustedes no pudieran cambiarlos por los

productos de afuera. Se lo repito: la época de fundar manufacturas todavía no ha llegado para ustedes. Antes de pensar en hacerlo hay que hacer nacer en la población el gusto del lujo y el confort de la vida, crearle necesidades para llevarla a trabajar; y no es con la libre importación de las mercaderías extranjeras que lo conseguirán. Mientras el indio ande descalzo, se contente con una piel de oveja para cubrirse y un poco de maíz y de bananas para alimentarse, no trabajará.

—Muy bien, señorita. Veo que usted defiende con ardor los intereses de su país.

—No creo olvidar en esta circunstancia que soy de familia peruana, deseo ardientemente ver prosperar a esta Nación. Instruyan al pueblo, establezcan comunicaciones rápidas, quiten las trabas del comercio y entonces verán que la prosperidad pública marcha a pasos gigantes. Sus hermanos de América del Norte sólo han asombrado al mundo por la rapidez de sus progresos empleando los medios sencillos que yo le propongo.”

Ella demuestra ser lúcida y entender de cosas que por lo general en aquel entonces eran ajenas a las mujeres. Aún hoy no son muchas las que tienen una visión tan clara de un país que apenas conocen y de temas que les son totalmente ajenos. Es verdad que este libro fue escrito años después, pero no creo que Flora haya inventado este diálogo. Sólo me queda la intriga de pensar quién la asesoró. Acaso don Pío de Tristán dado que ella misma reconoce que era un hombre excepcional, o

tal vez haya sido una iluminada. Pero las razones de San Román son valederas.

Luego va a despedirse de la ex monja que vive en medio del lujo aunque nadie, ni la familia, quiere verla; todos le han vuelto la espalda. Sólo piensa en desterrarse y su amigo, un médico español, le asegura que pronto la llevará a España. Es la única historia de amor de estas memorias aunque se podría agregar la de Escudero por la señora de Gamarra, pero Flora no lo aceptaría jamás. Cree que sólo se trata de lealtad. Quizá ignore que el amor cobra formas distintas.

La víspera de su partida don Pío le renueva la promesa de pasarle una renta de 2 500 francos y le da una carta para el señor Bertera que deberá pagársela puntualmente y por adelantado. Flora se despide de toda la familia y de la casa donde acababa de pasar siete meses, sin sentir la menor gratitud. Por el contrario se considera despojada e injustamente tratada. Los tiempos han cambiado tanto que nos cuesta comprenderla:

“Todo había terminado... No volvería a ver a mi tío... no sé expresar qué penoso me resultó ese pensamiento. Ese tío que me había hecho tanto daño, cuya conducta dura, ingrata, me obligaba a vagar por la tierra como el pájaro en los bosques sin tener su subsistencia asegurada; a ese tío que no había ejercido hacia mí ninguna justicia, cuya avaricia era más fuerte que su afecto y su piedad, yo sin embargo lo quería; lo quería pese a mi voluntad, a tal punto las primeras impresiones de

la infancia son duraderas y poderosas. Sentí un dolor tan profundo que por un momento tuve ganas de volver a Arequipa solamente para verlo, pedirle que me quisiera, que olvidara que se había apoderado de mis bienes, a tal punto necesitaba su afecto. ¡Ah! ¿quién puede explicar los devaneos del corazón humano? Amamos, odiamos, según los designios de Dios sin poder la mayoría de las veces conocer el motivo. ¡Ah! ¡desdichada organización social! De no haberme visto obligada a discutir con mi tío por mi herencia, nos habiéramos querido sinceramente. Su carácter como hombre político no me inspiraba ninguna simpatía; pero todo lo demás en él me gustaba. Nunca encontré un hombre con una conversación más instructiva, maneras más amables y frases más alegres.”

El viaje de Arequipa a Islay le resultó a Flora mucho menos penoso que el de ida... Gracias a la generosidad de su tío lleva un buen caballo y otro que le prestaron además de toda la ropa necesaria para protegerse del sol, del viento, del frío, de todas las acechanzas del desierto. Su tía Joaquina le había prestado dos sillas inglesas y le habían proporcionado dos mulas. En un alto del viaje cuando se detiene a mirar el valle de Arequipa piensa que “libre y dueña para unirse con un hombre a su gusto podría haber llevado allí una vida tan feliz como en la mayoría de los países de Europa”. Posiblemente un poco más pues lo que ella considera avaricia es una generosidad que ya en el siglo XIX no se encontraba en Europa. Tener

una parienta exigente siete meses de huésped, facilitarle todo lo necesario para viajar a Lima y prometerle una renta vitalicia correspondía a esa generosidad colonial sudamericana que difícilmente hubiera encontrado en Francia alguien en sus mismas condiciones. Lo más probable es que a su llegada algún lacayo le hubiera cerrado la puerta. Lo mismo ocurriría en cualquier país en la actualidad. Pero esos resabios señoriales no fueron bastante apreciados por Flora. De no haber sido por su hija es probable que no hubiera cumplido la misión que le estaba destinada, pero nadie escapa a su destino y siempre hay un motivo que obliga a encontrarse con él "esta noche en Samarcanda", como en la fábula persa.

Además, según afirma Flora, en Arequipa su opinión fue siempre escuchada y respetada, hasta sus tíos le pedían consejos. A lo largo de los diez años que le quedaban de vida, casi todos entregados a una lucha desigual, ha de haber echado a menudo de menos sus días ociosos en Arequipa, sin responsabilidades, servida, atendida, rodeada de primas simpáticas y de generales que la adulaban. También es probable que de no haber estallado la guerra civil que entristeció tanto el ambiente, Flora hubiera ido quedándose en casa de su tío, pero se aburría, la rodeaba un ambiente deprimido y prefirió hacer sus maletas.

Iba acompañada en el viaje por un joven inglés llamado Smith, que le prestó otro caballo. Se de-

tienen durante la noche en el mismo *tambo* u hostería que siete meses atrás, y llegan a Islay al día siguiente. Don Justo, cuya familia había sido tan afectuosa con ella, le hizo saber que las tropas de Nieto habían requisado los víveres, que los habían extorsionado, que el pueblo entero estaba sumido en la angustia, y él había perdido dos hijos y temía perder a otro que estaba con las tropas de Gamarrá. No había bailes ni fiestas y ella misma confiesa que “lo habría pasado bastante mal de no ser por la compañía del señor Smith y de los oficiales de una fragata inglesa anclada en la bahía, que ese señor le presentó”. Flora demuestra una vez más su atracción por la sociabilidad y por los hombres atractivos. Uno de ellos: “un hombre soberbio de una belleza ideal” está tan triste que ella averigua el motivo. La anécdota vale la pena ser contada. Parece que logró la mano de la preciosa mujer a quien adoraba después de haberle prometido al padre que llegaría a ser almirante, pues ella es una rica heredera y él un marino sin fortuna, por lo tanto está condenado a recorrer los mares al menos diez años más, y ver a su mujer cada cuatro, para cumplir su promesa. Ya llevaban diez años en el mismo ritmo. Flora comenta con horror que “el orgullo de un viejo imbécil destruye la felicidad de una pareja que lo tiene todo para ser dichosa...”. Él le cuenta que tiene una hija tan linda como su madre y un hijo al que conocerá cuando tenga cuatro años y según le cuentan se le parece mucho. La verdad es que siguiendo ese

ritmo de nacimientos difícilmente la Marina Real podría poblar a Inglaterra.

El 30 de abril Flora y sus acompañantes de viaje salen de Islay rumbo a Lima, adonde irán en diligencia desde el Callao. Andar en coche de nuevo la fascina y siente que ha vuelto a la civilización. También la ciudad le parece admirable entrevista desde lejos y aún más cuando llegan a Bella Vista, pero al llegar se siente defraudada. No obstante, el hotel en que va a alojarse es francés, su dueña la señora Denuelle es francesa y varios franceses entran para desearle la bienvenida. Dispone de una "suite" que se compone de un saloncito y un dormitorio. Encuentra a la gente preocupada, tensa, temerosa de que la señora de Gamarra vuelva a Lima a ejercer sus venganzas.

Flora no es comprensiva con los temores y los dolores ajenos. El carácter de los limeños le parece "aún más fanfarrón y miedoso que el de los arequipeños". No se molesta en comprender la angustia de cada persona que según ella misma afirma lloraba a un hermano muerto en batalla, o temía por la suerte de su mujer o de sus hijos. ¿Hay algo más natural que temer por la suerte de los seres queridos o llorar la muerte de alguno de ellos? No creo que eso demuestre un defecto de carácter. Los demás son consecuentes y hospitalarios con ella. Su tía Manuela Tristán, mujer de su tío Domingo, gobernador de Ayacucho, va a visitarla en cuanto le entregan su carta. Es, según ella, una mujer de una belleza sobrehumana, pa-

rece una diosa bajada del Olimpo. Las descripciones de Flora son siempre demasiado largas para el lector ajetreado de hoy. No pasa por alto ni un rasgo físico, ni una joya, ni un detalle de la vestimenta. La divina señora la invita a vivir en su casa, pero Flora deja la decisión para el día siguiente pues como es natural desea descansar después de tan largo viaje.

A la mañana temprano la señora Denuelle va a su cuarto a contarle que su tía Manuela tiene relaciones con un norteamericano al que cela mucho y era peligroso estar cerca de ella. Al parecer ya algo le había adelantado su prima Carmen en Arequipa. Lo cierto es que Flora permanece en el hotel y advierte que su discreción alegra a Manuela. El problema de nuestra heroína es siempre el mismo: el dinero. Su tío le había dado 400 pesos para su pasaje y se los entregarían en el momento de partir, pero hizo el cálculo de que si vendía su guardarropa antes de irse le alcanzaría para pagar su hotel y demás gastos. Es de suponer que lo más valioso eran los ponchos y algunas otras prendas que debía a la familia Tristán, a la que vilipendió tanto dado que ella misma afirma que su guardarropas era más que mezquino.

Libre, instalada en un hotel acogedor, Flora se sintió feliz, comió bien, engordó, dice que nunca se sintió mejor ni tuvo una tez más clara y descansada. "Puedo decir que esos dos meses fueron la única época de mi vida en que no sufrí", confiesa Flora.



Pobre muchacha apasionada, fervorosa, desequilibrada, sin el menor dominio sobre sí misma y creyéndose con derecho a cantarle las cuarenta a quien se le antojara, muy desorientada también pues aún no había llegado la hora de imaginarse luchando por los obreros. Por el contrario parece pasarlo muy bien en medio del lujo y de la vida ociosa; además, le gusta codearse con personas importantes. Su tía Manuela la lleva a conocer la ciudad y conoce en su casa al presidente Orbegoso, al general inglés Miller, al coronel francés Seigne y a muchos hombres importantes, pero las mujeres casi no la frecuentaban, quizá por envidia a su belleza o porque su vida era más escandalosa que la de las demás.

Resulta superfluo leer su detallada descripción de la capital del Perú. Sólo podemos coincidir con ella en que ignoramos por qué se llama Lima y en el hecho de que no llueve casi nunca. El resto como es natural ha cambiado mucho en este siglo y medio. La catedral es la misma que hemos conocido y aún siguen existiendo las arcadas del otro lado de la Plaza Mayor en cuyo centro hay una fuente soberbia.

Pocos años después cuando Flora recorre Francia es totalmente incapaz de apreciar bellezas indiscutibles como las arenas de Nîmes, pero ya se había entregado por completo a su misión de "mujer mesías". En cambio mientras vivió en el Perú no descuidó ningún detalle. Advierte que el convento de San Francisco es el más notable, su

iglesia la más opulenta que haya conocido. Cuenta, no sé si es verdad pero debe serlo, que las mujeres tenían prohibida la entrada salvo si estaban en estado de gravidez, y que se quedó de una pieza cuando al subir a la torre con su prima Manuela le preguntaron si estaba embarazada. También visita el convento de monjas de la Encarnación donde las religiosas llevan una vida mundana como la de cualquier mujer laica. Conoce el Palacio de la Moneda, el de las prisiones de la Santa Inquisición suprimida desde la independencia del Perú. Va varias veces a los debates del Congreso; es una verdadera turista, consciente de su misión de ver y conocer. Cuando describe que los senadores están sentados en cuatro hileras dispuestas en forma de herradura y los secretarios ante dos grandes mesas suponemos que algo semejante debía ocurrir en las salas de Congreso de Europa, pero ella nunca tuvo la oportunidad y acaso ni siquiera la curiosidad de conocerlas. ¿Quién la hubiera asesorado? ¿Quién la hubiera hecho penetrar en uno de esos sagrados recintos allí donde no era nadie? En Perú pertenecía a la noble familia Tristán y todas las puertas se abrían a su paso. Los palcos, las galerías parecen también la descripción de una campesina que jamás hubiera entrado en un teatro. Para variar no es benévola, pues apenas ha tenido la gentileza de alabar “la hermosa lengua española”, la voz sonora y los ademanes imponentes de los senadores, cuando ya los acusa: “Cada uno de ellos sólo pensaba en sus

intereses privados y para nada en esa patria que por otra parte esos fanfarrones serían incapaces de servir." Esto so pretexto de que los conductores de Arequipa peroraban mucho y luego sólo obraban según su conveniencia. Por lo tanto vio "de qué manera había que interpretar los discursos de los oradores del Congreso y juzgar el coraje, el desinterés y el patriotismo de que se jactaban". Estamos más escarmentados que ella respecto a la distancia que media entre las palabras y los actos de los gobernantes, pero en ese caso prejuizaba quizá sin derecho.

Tampoco ve con buenos ojos el Palacio Presidencial que le llevan a visitar:

"El palacio del presidente es muy amplio pero tan mal construido como mal ubicado. La distribución interior es muy incómoda; la sala de recepción, larga y angosta, parece una galería: todo está mezquinamente amueblado. Al entrar pensé en Bolívar y en lo que mi madre me había contado de él: él que adoraba el lujo, el fasto, el aire, ¿cómo había podido resolverse a vivir en ese palacio que no valía el *hall* de entrada de la casa que ocupaba en París? Pero en Lima él mandaba, él era el primero, mientras que en París no era nada; y el amor por el poder hace que uno aguante muchos inconvenientes. Mientras estuve en Lima no hubo en casa del presidente ni bailes ni grandes recepciones; me contrarió mucho; tenía curiosidad de ver una de esas grandes reuniones."

Resulta sorprendente que después de haber criticado tanto la frivolidad y la vida mundana se sienta defraudada porque no le tocó ver ningún baile en Lima. También me extraña su tono desdenoso hacia el poder, dado que ella ha dicho en reiterativas circunstancias que se sentía atraída por el poder, que de haber podido casarse con un hombre influyente quizá hubiera sido una mujer poderosa, etc. En lo que respecta a Bolívar creo que se le va la mano. Es escandaloso hablar de un libertador, de un prócer, en términos tan superficiales, y después acusar de frívolas a las mujeres de Lima. Ninguna de ellas hubiera pensado que Napoleón se habría encontrado más cómodo leyendo en la cama que al frente de sus tropas en cada batalla. Pero el desdén de Flora es el de la mayoría de los europeos respecto a estos países que ni conocen, ni ubican geográficamente, ni comprenden y, lo que es peor, no hacen el menor esfuerzo por comprender. ¿Qué podían importarle a Bolívar las limitaciones de su palacio cuando su grandeza no estaba en el tamaño de sus habitaciones sino en el hecho de que tenía ante sus ojos la libertad de América? Estaba habituado a las tiendas de campaña. A todos nos gusta el lujo pero hay cosas que están antes que él. San Martín no desembarcó en la Argentina porque estaba sumida en una guerra civil. Volvió a Francia a vivir y a morir humildemente, pero en medio de la libertad que hizo de él el hombre excepcional que fue dejando a su paso la libertad, sin pedir ningún pre-

cio por ello. Pero a todos no nos es dado un destino de grandeza; la mediocridad es la suerte más compartida.

Luego Flora describe un teatro de Lima, las plazas de toros adonde fue a ver una corrida en que según ella "nada viene a dar poesía a esa carnicería. En ese país de clima blando y enervante, los caballos y los toros carecen de vigor y los hombres de coraje".

Aquí entramos en un tema difícil de dilucidar: es la extensa explicación de Flora sobre la vestimenta de las limeñas que se llama la *saya*. ¿Qué es esa saya? Una falda plegada, que hace las veces de una especie de corsé, a tal punto es estrecha y envuelve el cuerpo. Sobre ella las limeñas llevan un manto negro que sólo deja ver un ojo. Según Flora, cuando las limeñas quieren tener una aventura salen envueltas en su saya y nadie las reconoce. Entonces hacen lo que les da la gana y no hay marido que las controle. Flora afirma que la mujer de Lima gobierna a los hombres porque ellas son superiores en inteligencia y en fuerza moral. Uno de sus mejores aliados es esa saya que les permite lograr la libertad y la impunidad. Es algo así como si todo el año hubiera en Lima un carnaval. Todos sabemos que bajo las máscaras cualquier cosa puede ocurrir.

Según Flora, yo personalmente no lo creo, el marido nunca averigua adónde ha ido y le resultaría muy difícil seguirla entre tantas mujeres envueltas en sus sayas y en sus mantos. Muy a me-

nudo les contamos a los turistas algo falso y luego nos burlamos de su credulidad. Salvo que un historiador peruano lo refrende, no creo que Flora haya sido la presa de una de esas bromas de mal gusto que sirven sólo para distraer a las personas ociosas.

Y aquí caemos en un contrasentido. Siempre hemos creído que las europeas eran más libres que las sudamericanas. Sólo les ganaban las norteamericanas. Según Flora, las limeñas gracias a la saya son completamente libres, gozan de su independencia y descansan sobre la confianza que da sentir que uno puede contar consigo misma.

También las llama "disfrazadas" y dice que nadie debe seguirlas ni entorpecer sus pasos. Esto no agrega nada a la vida de Flora Tristán; lo cito convencida de que se trata de un error, de una broma burda de que fue objeto como extranjera.

"La mujer de Lima, en todas las situaciones de la vida, es siempre ella misma; nunca sufre ninguna presión: de soltera escapa al dominio de sus padres por la libertad que le da su vestimenta; cuando se casa no usa el nombre de su marido, conserva el suyo, y siempre sigue siendo dueña de sí misma; cuando la casa le aburre demasiado, se pone su saya y sale como lo hacen los hombres, tomando su sombrero; obran en todo con la misma independencia de acción. En las relaciones íntimas que pueden tener, pasajeras o serias, las limeñas conservan siempre su dignidad, aunque su conducta respecto a la nuestra sea por cierto

muy diferente. Como todas las mujeres, miden la fuerza del amor que inspiran por la extensión de los sacrificios que hacen por ella; pero como desde su descubrimiento, ese país sólo ha atraído a los europeos a una distancia tan grande de su tierra a causa del oro que posee, *solamente el oro*, con la exclusión de los talentos o de la virtud, siempre ha sido el único objeto de consideración y el móvil de todos los actos; sólo el oro ha conducido a todo, los talentos y la virtud a nada, las limeñas, consecuentes en su manera de obrar y con el orden de ideas que produce este estado de cosas, sólo ven pruebas de amor en las cantidades de oro que les ofrecen: es por el valor de la ofrenda que juzgan la sinceridad del amante; y su vanidad se ve más o menos satisfecha según las sumas más o menos grandes o el precio de los objetos que han recibido. Cuando se quiere dar una idea del amor apasionado que el señor Tal sentía por la señora Cual, sólo se usa esta fraseología: 'Le daba bolsas enteras de oro; le compraba, pagando precios enormes, los objetos más preciosos que encontraba; se ha arruinado enteramente por ella.' Es como si nosotros dijéramos: 'Se ha suicidado por ella'. Por lo tanto la mujer rica siempre le saca el dinero a su amante, aunque se lo regale a sus esclavas negras si no puede gastarlo; es para ella una prueba de amor, la única que puede convencerla de que la quieren. La vanidad de los viajeros les ha hecho disfrazar la verdad y cuando nos han hablado de las mujeres de Lima y de los éxitos que

tuvieron con ellas, no se han jactado de que les habían costado un pequeño tesoro ni el recuerdo dado a una tierna amiga en el momento de la despedida. Esas costumbres son muy extrañas pero son verdaderas. He visto a muchas señoras de la alta sociedad llevar anillos, cadenas y relojes de hombre...

Las mujeres de Lima se ocupan poco de la casa, pero como son muy activas, el escaso tiempo que le consagran basta para mantenerla en orden. Tienen una inclinación decidida hacia la política y la intriga; son ellas quienes se dedican a ubicar a sus maridos, a sus hijos y a todos los hombres que les interesan: para conseguir su fin no hay obstáculo ni rechazo que no sepan soportar. Los hombres no se mezclan en esa clase de asuntos, y hacen bien; no sabrían hacerlo con la misma habilidad. Les gusta mucho el placer, las fiestas, buscan las reuniones, juegan muy alto, fuman cigarros, andan a caballo pero no a la inglesa sino con bombachas como los hombres. Tienen pasión por los baños de mar y nadan muy bien... tocan la guitarra, cantan bastante mal, bailan con encanto las danzas del país."

Aunque más adelante Flora nos informa que no son instruidas y no leen, la descripción que acaba de hacernos de las limeñas es halagadora pues faltaba más de medio siglo para que los más audaces pensarán en bañarse en el mar aún en Europa cuando paseaban por la Promenades des Anglais en Niza, las señoras con vestidos vaporosos,



capelinas y sombrilla, los señores de corbata, trajes blancos de hilo y ranchos de paja. Confieso que yo ignoraba que las peruanas se habían adelantado al resto del mundo y al parecer fueron las precursoras de los baños de mar. Ni siquiera en la época de mi madre las mujeres sabían nadar y no eran tantos los hombres que lo hacían bien.

Con esa fobia que le inspiran los curas, Flora cuenta que las mujeres limeñas oyen dos o tres misas por día y los franciscanos distribuyen pan bendito. Recuerdo que en mi infancia el día de San Roque nos distribuían bollitos benditos deliciosos, y lo mismo que las limeñas varios años después, hasta mi primera juventud solíamos ir a misa de doce al Pilar y nos encontrábamos en el atrio con nuestros festejantes. Incluso hay un tango llamado "Misa de once", pues al parecer en todos los ambientes la salida de misa era una reunión social y a veces la única manera de acercarse a una chica cuyos padres se oponían a que la visitaran en su casa. Además no comprometía ni al uno ni al otro.

Los paseos a pie o en coche por el Almendral o el Paseo del Agua eran semejantes a los que conocí en Palermo y que los franceses hacían por el Bois de Boulogne, o por Longchamps. En aquel entonces aún muchos hombres iban a caballo y las mujeres en calesa. En mi época paseábamos en auto y a pie pero era un lugar de reunión. Hoy la vida es más triste, todos estamos más aislados; los muy jóvenes pueden encontrarse en una heladería. Pero

volvamos a Flora y a lo que observa en el interior de las casas de Lima:

“Lima se distingue por sus progresos en materia de cocina: el arte culinario florece, y desde hace diez años todo se hace a la francesa; el país proporciona buena carne, lindas verduras, pescados de todas clases, una gran abundancia de frutas exquisitas; es fácil conseguir sin gastar mucho una vida cotidiana suntuosa. Esos banquetes eran para mí, que estaba acostumbrada a comer en diez minutos, una fatiga inimaginable; se sirven dos o tres platos y hay que comer de todo para no faltar a las reglas de la cortesía. Yo tenía que repetir incesantemente las mismas excusas: que no comía ni sopa ni carne y que mi alimentación se limitaba habitualmente a verduras, frutas, y leche. Se quedan dos horas en la mesa; durante ese tiempo la conversación se extiende sobre la excelencia de la comida y los elogios que se dirigen en términos pomposos a los dueños de casa. Como en Arequipa, también tienen la costumbre de pasarse unos a otros, bocados en el extremo del tenedor; sin embargo esta costumbre se pierde. Las cantidades que he visto comer en estas ocasiones son verdaderamente monstruosas. El resultado es que al levantarse de la mesa casi todos los invitados están enfermos y en tal estado de estupor que son incapaces de decir una sola palabra. Sus festines son tan cansadores como perjudiciales para la salud. Esta profusión denota un pueblo que aún está limitado a los placeres sensuales.”

Los horarios son tan diferentes de los actuales que me pregunto si se trata de almuerzos y no de comidas, pues según Flora se sientan a la mesa a las tres de la tarde y no se levantan hasta las cinco o las seis, después de lo cual hay una hora o dos de sobremesa.

En realidad estas costumbres pertenecen a una sola clase social y Flora Tristán perdió la ocasión de su vida de poder cotejar las costumbres de la clase alta y del pueblo, pues en Perú no existía entonces clase media; aún hoy es limitada. No ceso de preguntarme cómo alguien que iba a entregar poco después toda su vida y sus energías a los obreros no hizo el intento de conocer un solo barrio pobre en Lima, de hablar con ningún trabajador manual, de interiorizarse de las falencias y de los salarios, de visitar sus viviendas, de saber algo de ellos, en resumen. Esto le hubiera sido de gran utilidad cuando inició su gira por Inglaterra y por Francia, habría podido cotejar, dar ejemplos. Sólo ve a los negros que trabajan en una plantación de cañas de azúcar. Son esclavos, y el dueño, un señor Lavallo, se queja de la dificultad actual de conseguir esclavos y de la alta mortalidad infantil. Flora le hace notar que en un buen clima como ése deberían vivir hasta cierta edad y sentirse tan bien como en África.

“—Señorita, usted no conoce a los negros —le dice Lavallo— dejan morir a sus hijos por pereza y no se obtiene nada de ellos sin el látigo.

—¿No cree que si fueran libres sus necesidades bastarían para hacerlos trabajar?

—Sus necesidades en estos climas se reducen a poca cosa, no necesitarían hacer un gran esfuerzo para proveer a ellas. Además no creo que los hombres cualesquiera que sean sus necesidades puedan ser inducidos a un trabajo habitual sin obligación. Los indios desparramados por todas las latitudes de América del Norte y del Sur lo prueban. En Méjico y en el Perú se han encontrado, es verdad, culturas indígenas, pero actualmente vemos a nuestros indios no hacer nada y vivir en la miseria y la ociosidad... viven de la caza, de la pesca, de los frutos espontáneos de la tierra..."

Por supuesto la esclavitud es el mayor crimen que ha cometido la humanidad pero es cierto que las culturas indígenas existen gracias a las épocas en que había grandes caciques y los indios debían obedecerles pero trabajaban para su propio pueblo, su propia raza. Nunca se resolvieron a trabajar para el hombre blanco que, además, no les daba el sentido de su propia grandeza sino que les recalca su inferioridad. Lo cierto es que el hombre por lo general sólo trabaja obligado por la necesidad.

A Flora le sorprende que al propietario no le baste vivir de su establecimiento sino que quiera terminar de pagarlo y enriquecerse. Esto ocurrirá mientras haya mundo, pues nadie puede trabajar para quedar del día a la mañana a la intemperie si hay una mala cosecha o si se enferma. Los propie-

tarios del mundo entero desean sentirse respaldados por una fortuna más o menos sólida, los obreros, la clase media, todos luchan para tener su techo, su auto, algún dinero colocado en el banco o un quiosco o un tallercito mecánico. Pero para Flora no existen esas medias tintas; en realidad no conoce a la clase media, no la frecuenta, no adivina su crecimiento, sólo ve al patrón y al obrero. Es una gran laguna en su conocimiento de las sociedades. Lo que compartimos plenamente con ella es su indignación ante la esclavitud, pero hoy parece tan lejana, tan legendaria como en realidad lo es. En algunos aspectos sociales el tiempo ha corrido tan rápidamente, sobre todo desde la Revolución Rusa hasta nuestros días, que nos cuesta imaginar que esas personas en algunos aspectos tan semejantes a nosotros no hayan comprendido la injusticia de ser dueños de las vidas de otros hombres y mujeres hace apenas un siglo y medio. Pero, como en la ciencia, el vuelco es tan grande que nos cuesta recordar que no existían ni la anestesia ni las vacunas, para no hablar de los antibióticos descubiertos durante la Segunda Guerra Mundial cuando las personas que hoy tenemos más de sesenta años pudimos haber muerto a los veinte de infecciones, de tuberculosis, de una neumonía.

Más adelante, cuando transcriba algunas páginas en que Flora Tristán describe las condiciones atroces en que viven ciertos obreros, la mayoría en Francia, y su atroz pintura sobre las lavanderas de

Nîmes, veremos que eran casi tan inhumanas como las de los esclavos del Perú. La tozudez de los negros que no contestan a sus preguntas, las dos negras que ve en una celda por haber dejado morir a sus hijos sin duda para evitarles la esclavitud, han sido pintadas ya muchas veces por diversos escritores, no hace mucho en "Raíces", que tuvo tanto éxito. En aquel entonces eran escasos los escritores que describían la esclavitud aunque ya se había abolido en diversos países, y Flora dice que las señoras inglesas habían formado una liga para no consumir el azúcar venido de las colonias sudamericanas como contribución a su lucha contra la esclavitud.

De todos modos ya Flora no tenía medios pecuniarios para seguir en el Perú y aunque dice que no hubiera querido vivir allí por nada, pues no cuenta el espíritu y sólo reina el sensualismo, parece haberlo pasado muy bien.

Pero tuvo que resignarse a partir.

"Tomé mi pasaje en el *William-Rusthon* de Liverpool que era esperado y debía ir sin escalas a Falmouth.

Hacia dos meses que me había ido de Arequipa cuando ese barco llegó al Callao trayendo a bordo a la señora Pencha de Gamarra acompañada por su secretario Escudero. El señor Smith vino a darme la noticia y a traerme un paquete de cartas de Arequipa en las cuales me informaban los acontecimientos de la última revolución.

He aquí la narración sucinta de lo que me contaban.

El señor y la señora Gamarra habían entrado el 27 de abril en Arequipa, donde las necesidades de su partido los llevaron como de costumbre por el camino de los despojos; extorsionaron, por medio de la prisión y ejecuciones militares, una enorme contribución a los habitantes, y no tuvieron autoridad o ganas de impedir que sus soldados cometieran mil formas de rapiñas. Todas las clases de la población estaban exasperadas: los soldados también ponían precio a los individuos cuando tenían la oportunidad de hacerlo.”

La revolución había vuelto a estallar, esta vez contra Gamarra. El pueblo se sublevó, entró en su casa y se dedicó al pillaje. Orbegoso fue proclamado Presidente, Nieto entró en Arequipa y según la costumbre puso una contribución excesiva a cada propietario de la ciudad. Gamarra huyó a refugiarse en Bolivia. Pero su mujer era la más odiada, a tal punto que tuvo que partir de Arequipa de noche por temor a los atentados. Al parecer pudo salir sana y salva gracias a don Pío de Tristán. Iba a refugiarse en Chile.

En verdad, cuando leemos sobre los esclavos, sobre las costumbres de las mujeres, sobre la ociosidad y la vida regalada de los poderosos de entonces, sobre la falta de medicamentos eficientes, sobre varios tópicos a los que ya me he referido, advertimos que el mundo ha avanzado en un siglo y medio más que en los miles de años que han

quedado atrás. Pero lo que resulta desolador es advertir que en Sudamérica los ciclos se repiten con solución de continuidad. Siempre las mismas revoluciones, los mismos favoritismos, los mismos impuestos extorsivos, los mismos hombres o mujeres providenciales, dado que Pencha Gamarra se parece enormemente a Evita Perón, las mismas guerras inconsultas, el poder en manos de unos pocos que no siempre son los mejores. Renovados ensayos de democracia frustrados, golpes de estado que atrasan la evolución normal de los países y pueblos siempre atemorizados, inseguros respecto a sus derechos, a merced de los caprichos de los gobernantes de turno.

Han pasado ciento cincuenta años y algunas descripciones de Flora, como la gente que corre a refugiarse en los conventos con su platería, su ropa y su oro, nos parecen una fantochada. Hoy nadie se refugia en ningún lado pero nadie se siente libre de ser detenido sin causa ni explicación. En cuanto a un cambio de hombres a espaldas de un pueblo indiferente o desesperado, lo mismo da pues no tiene ni voz ni voto en la cuestión, sigue siendo igual a lo que leemos en *Las peregrinaciones de una paria*. ¿Será algún día América latina libre de su destino, de elegir a sus gobernantes, podrá conocer la verdadera libertad de prensa y de opinión? Tal vez alguna región aislada lo logre, ¿pero por cuánto tiempo?

Flora tiene la suerte de que Escudero y la señora de Gamarra la hicieran llamar:



“Escudero y la señora de Gamarra me pidieron que fuera a verlos a bordo del barco inglés pues no les era permitido bajar a tierra; me dirigí al Callao, al llegar al barco me recibió Escudero: me apretó cordialmente la mano; le devolví esa muestra de afecto y le dije en francés:

—Querido Coronel, ¿cómo es posible que habiéndolo dejado hace dos meses vencedor y dueño de Arequipa lo encuentre hoy prisionero a bordo de este barco y expulsado de esa ciudad?

—Señorita, de este modo el azar juega con los hombres que ocupan lugares importantes en un país presa de las guerras civiles: sin conciencia política sólo se pelea por un *jefe*. ¡Ah! desde que usted se fue la he recordado mucho; usted tenía razón, empiezo a creerlo, podría hacer algo mejor que quedarme en América: aun si en estos últimos acontecimientos de Arequipa hubiera podido volver a Europa con usted en este barco. Lo he pensado a menudo pero es otro de esos proyectos que la fatalidad de mi destino hace desvanecerse: heme aquí clavado para siempre: la pobre presidenta ha sido expulsada de todas partes, su causa está perdida, no tiene recursos, su cobarde e imbécil marido fue a refugiarse junto a Santa Cruz y sin duda terminará de perder las pocas posibilidades que pudieran quedarle. No puedo abandonar a esta mujer: ayudado por la protección de su tío mi fidelidad logró sustraerla a las venganzas populares. Huimos de Arequipa a la noche, como bandoleros; también de noche la hicimos embar-

car, a tal punto temíamos el odio homicida que la perseguía. Santa Cruz no quiso recibirla en sus Estados, la deportan a Chile; en lo que a mí respecta estoy perfectamente libre. Nieto me rogó que me quedara con él y Santa Cruz me reclama en todas sus cartas; pero comprenderá Florita que la Señora de Gamarra en su desdicha tiene derecho a mi fidelidad: mientras esta mujer esté prisionera, deportada, rechazada por todos, debo seguirla en su prisión, en su exilio y reemplazar a todos los demás."

Aunque Flora afirma que en aquel momento Escudero le pareció soberbio, puede haber sentido algunos celos. Ya sabemos que le gustaba mucho, que había soñado con hacer una vida junto a él y acaso, con su apoyo, gobernar el Perú. Pero la lealtad y, sin duda, el amor de ese hombre, ya le pertenecían a la señora de Gamarra, aunque cuando ésta aparece en cubierta exclama:

"¡Ah, mi señorita Florita, me alegra verla! Estaba impaciente por conocerla. ¿Sabe, hermosa señorita, que ha hecho la conquista de nuestro querido Escudero? Me habla de usted sin cesar y la cita a propósito de cualquier cosa. En cuanto a su tío, no obra sino *bajo su inspiración.*"

Le reprocha que se haya ido de Arequipa sin haberla visitado pues sabe que tuvo una entrevista con San Román, pero que no se interesó en ir a ver a la "*hosca, a la feroz doña Pencha*".

A leer estos relatos de Flora nos preguntamos cómo con tanto ascendiente sobre su familia y aún sobre personajes del mundo oficial no ha logrado un apoyo más sustancial de su tío. También resulta extraño que no se haya quedado en el Perú. ¿Qué le esperaba en Francia? Su hija, dado que su hijo vivía con su marido; en cuanto a la niña, no está claro dónde la dejó. Tenía también en aquel entonces ambiciones literarias y mundanas pese a que anteriormente la hemos visto afirmar lo contrario, pero durante un tiempo tuvo un salón en París según las costumbres de la época.

Hay contradicciones como en todas las biografías. El transcurso del tiempo entre lo vivido y lo escrito deforma los hechos.

Lo cierto es que para haber pasado menos de un año en el Perú, Flora hace mal de quejarse y juzgar severamente a ese país, pues conoció en él acogidas que nunca se soñó en París donde en realidad no fue nadie y aún hoy sólo se la recordaría como abuela de Gauguin de no ser por Jules Puech que dedicó gran parte de su vida a estudiar la obra de Flora y a hacerla reeditar expurgada, dada su enorme extensión y su escasa calidad literaria. Pero ese esfuerzo no le ha dado demasiados lectores y sigue siendo para el grueso del público una desconocida.

En el Perú, en cambio, la vemos junto a doña Pencha:

“Prisionera, doña Pencha era todavía presidenta: la espontaneidad de su gesto demostraba la

conciencia que tenía de su superioridad. Nadie se quedó en la popa aunque tenía un toldo y era el único lugar donde uno estaba defendido de un sol ardiente. Ella me examinaba con una gran atención y yo la miraba con un gran interés. Todo en ella anunciaba a una mujer fuera de lo común y tan extraordinaria por el poder de su voluntad como por su inteligencia. Podía tener treinta y cuatro o treinta y seis años, era de estatura mediana aunque fuerte y muy delgada. Su cara, según las reglas con las cuales se pretende medir la belleza, no era verdaderamente linda; pero si juzgamos por el efecto que producía sobre todo el mundo, sobrepasaba a las más hermosas. Como Napoleón, todo el imperio de su belleza estaba en su mirada. ¡Cuánta altanería, cuanta osadía y cuánta penetración! ¡Con qué ascendiente irresistible imponía respeto, se ganaba las voluntades, cautivaba la admiración! El ser a quien Dios ha dado semejante mirada no necesita la palabra para mandar a sus semejantes; posee un poder de persuasión que uno soporta y no discute. [...]

—¡Ah, Florita, su orgullo la engaña! Usted se cree más fuerte que yo. ¡Insensata! ¡Usted ignora las luchas que renacen incesantemente y que yo sostuve durante ocho años! Las humillaciones, ¡oh! las sangrientas humillaciones que tuve que soportar! Tuve que suplicar, adular, mentir; empleé todos los medios, no retrocedí ante nada y sin embargo no fue bastante. Creí haber triunfado, haber alcanzado por fin el momento en que iba a

recoger los frutos de ocho años de tormentos, de penas y de sacrificios, cuando por un golpe infernal me encontré expulsada, perdida, perdida... Florita, nunca volveré al Perú. ¡Ah, gloria, qué caro cuestas! Qué locura sacrificar la felicidad de su existencia, la vida entera para obtenerla; no eres sino un relámpago, un poco de humo, una nube, una decepción fantástica, la gloria no es nada. Y sin embargo, Florita, el día en que yo haya perdido la esperanza de vivir rodeada por esa nube, por ese humo, ese día ya ningún sol me iluminará, el aire no bastará para mi pecho, me moriré.”

La conversación fue interrumpida por un malestar de doña Pencha, que se incorporó de pronto y dijo “Venga, me siento mal”. A poco llegó Escudero y le dijo a Flora que la Presidenta sufría uno de sus ataques. Eran de epilepsia, enfermedad entonces y aún ahora, difícil de curar. Escudero afirmaba que sólo él podía atenderla, no cabe duda que su lealtad no tenía límites y no se trataba de aliviar un mal incurable sino de que ella sintiera su presencia amiga e irremplazable.

Flora declara que su entrevista con la señora de Gamarra la dejó muy impresionada: “Me estremecí al pensar que durante un tiempo había proyectado ocupar la posición de la señora de Gamarra. [...] mi pobreza, mi vida oscura pero libre, me parecían preferibles y más nobles. Sentí una sensación de vergüenza por haber creído durante un instante en la felicidad de la carrera de la ambi-

ción, y que pudiera haber alguna compensación en el mundo para la pérdida de la independencia.”

La independencia de la señora de Gamarra era mayor que la de Flora. Debía expatriarse. Flora también; al menos no estaba en su poder elegir la vida plena con que soñaba, debía reiniciar a diario una lucha, en aquel momento al parecer estéril, y mendigar una herencia que las leyes de la época le negaban cruelmente, sin lugar a duda por el hecho de ser hija natural. Hoy no existiría ese problema.

Como ya lo sabemos, Flora Tristán es terca e indiscreta, por lo tanto vuelve al día siguiente al Callao; la señora de Gamarra había transbordado a otro barco que la conduciría a Valparaíso. Escudero la atiende apenas y Flora en su orgullo desmedido afirma que él le dijo que quizá su conversación produjo los ataques de doña Pencha, cosa absurda dado que había llegado a sufrir hasta nueve ataques diarios. En aquella oportunidad alejarse de su patria, ver ante sí como porvenir el exilio debía agravar su estado; las tensiones nerviosas eran junto con las alergias, desconocidas entonces. Hoy sabemos que son los principales factores de las enfermedades convulsivas. A los pocos minutos de llegar Flora fueron a llamar a Escudero y él corrió hacia el camarote de doña Pencha. Tan es así que cuando un rato después la señora de Gamarra hace llamar a Flora, le dice:

“—Cualquier emoción fuerte me produce un ataque. Puede comprender el obstáculo que este mal significó en mi carrera.” Le explica que

cuando quiso ponerse a la cabeza de sus tropas tuvo que desistir a causa de esos ataques y que sus enemigos aprovechaban para hacer correr la voz de que se trataba de miedo, de un pánico imposible de dominar.

Hoy sabemos a qué atenernos sobre esa clase de enfermedades: no hay más tratamientos que los anticonvulsivos; lo mismo ocurre en los casos de las cefaleas: lo sé porque hasta hace diez años fui víctima de ellas. Buscaron todas las causas menos la que descubrió en un santiamén el Dr. Poch, un gran neurólogo: eran de la familia lejanísima de la epilepsia y me las curó por completo con anticonvulsivos.

Flora cuenta un diálogo pueril, pero no se retira hasta que el médico de a bordo la obliga a alejarse. En cuanto a Escudero, sólo tiene ojos para doña Pencha, todo lo demás lo deja indiferente. Ocurre que cuando Flora tuvo ilusión de entrar en su vida ignoraba la pasión de ese hombre por su "reina"; hay mujeres irremplazables por su personalidad y querer desplazarlas es infantil.

Pese a su complejo de superioridad, Flora admite que la señora de Gamarra no es una mujer corriente. Nos cuenta su vida, muy semejante a la de cualquier niña de entonces; quiso entrar en el convento aunque su madre era muy rica y su padre un militar español. Pasada la edad de las vocaciones inciertas se casó con Gamarra y descubrió que su verdadero anhelo era el poder. No hay vocación más fuerte. Por supuesto lo logró, pero el país para variar

estaba sumido en la miseria y en la anarquía. Pese a eso ello supo gobernarlo:

“Las virtudes heroicas de doña Pencha hicieron que fuera amada y admirada al principio de su reinado; pero tenía defectos que debían acortar su duración. Por brillantes que sean las cualidades que Dios nos ha dispensado, deben ser apropiadas a sus fines y no a los fines de los hombres; cada uno de nosotros es perfecto en el orden providencial, ninguno lo es respecto a ningún orden social. Doña Pencha parecía por su carácter ser llamada a continuar por largo tiempo la obra de Bolívar: lo habría hecho si su envoltura de mujer no hubiera sido un obstáculo. Era bonita, graciosa cuando lo quería, poseía lo que inspira el amor y las grandes pasiones; sus enemigos hicieron correr sobre ella las calumnias más atroces y, como era más fácil calumniar sus costumbres que sus actos políticos, la cargaron con toda clase de vicios para consolarse de su superioridad. La ambición ocupaba demasiado lugar en el corazón de doña Pencha para que el amor le importara mucho; nunca fue el objeto de sus pensamientos profundos. Varios de los oficiales que la rodeaban se enamoraron de ella, otros fingieron estar enamorados creyendo así encontrar un medio de avanzar; doña Pencha rechazó a todos sus festejantes, no con esa indulgencia de la mujer hacia el amor que no comparte sino con la ira y el desprecio del orgullo ofendido.

‘¿Qué necesidad tengo de amor? —les decía con su tono brusco y entrecortado—. Necesito sus bra-



zos, solamente sus brazos; lleven sus suspiros, sus palabras sentimentales, sus romances, a las jóvenes; yo sólo soy sensible a los suspiros del cañón, a las palabras del Congreso, a las aclamaciones del pueblo cuando paso por las calles.'

El corazón de los que la querían con sinceridad estaba profundamente herido por la dureza de semejante lenguaje. Y el orgullo de los ambiciosos que aspiraban a arrastrarse tras ella, también estaba humillado. Pero ella no se limitaba a eso: los odiaba, les retiraba su confianza y no perdía ocasión para burlarse de ellos, aun en público, de la manera más ofensiva: se comprende que esta conducta debía no solamente hacerle perder todas las ventajas de su sexo, sino además crearle enemigos implacables y que fueron numerosos; pues los hombres siempre creen tener cualidades que les permitirán triunfar donde los demás han fracasado. Cada uno de ellos meditaba perpetuamente proyectos de venganza; varios dijeron en voz alta que habían sido sus amantes y que ella les había retirado su protección porque habían dejado de quererla. Esas calumnias irritaban a la orgullosa e indomable Presidenta y muchas veces la volvieron cruel. Los actos que le hicieron cometer muestran hasta qué punto la ira se apoderaba de ella y con qué violencia sufría esos ultrajes. Un día fue al Callao a visitar las prisiones militares que están bajo uno de los Castillos fortificados. A su llegada toda la guarnición presenta armas para recibirla; ella hace su inspección y al pasar ante uno de los

batallones ve a un coronel que según le habían señalado se había jactado en todas partes de haber sido su amante. Enseguida se precipita sobre él, le arranca sus entorchados, le da dos o tres latigazos en la cara y lo empuja con tanta rudeza que va a caer bajo las patas de su caballo; todos los asistentes se quedan petrificados: 'Es así, exclamó con una voz tonante, que corregiré yo misma a los insolentes que se atreven a calumniar a la Presidenta de la República'."

De no haber gobernado nuestro país una mujer semejante en sus ambiciones, en su orgullo y también en sus cualidades, no me habría detenido a describir a esta Presidenta del Perú, en realidad, como Evita, sólo la mujer de un Presidente, pero con más carisma, más coraje y más ambiciones que él. Ambas fueron atacadas en lo que más indigna a las mujeres: su vida sexual. Es demasiado fácil calumniar la intimidad de alguien, pero los hombres son impermeables dado que todo les está permitido. Las mujeres no soportamos ese tipo de injuria. De ahí que doña Pencha, en un país que al parecer miraba con ojos benévolo los devaneos sexuales de las mujeres, no soportara que se los atribuyeran, sentía que era un medio demasiado vil, demasiado cobarde, sobre todo porque los gobernantes son tan vulnerables que está de más meterse con su intimidad. Ella temía por encima de todo que atribuyeran a su ligereza su ascensión al poder. De ahí que hiciera azotar en público a quienes le atribuían como amantes.

“Esta conducta no armonizaba con las costumbres del país que ella gobernaba y por supuesto debía hacer que todo el mundo estuviera contra ella. En una sociedad donde existe la mayor independencia entre ambos sexos, no se cree en la virtud en el sentido convencional de esta palabra cuando se habla de las mujeres. Los peruanos se sintieron insultados por la manera de obrar de la orgullosa Presidenta. Tampoco fue para hacer creer en una virtud que le importaba poco, como a las demás mujeres del Perú, que doña Pencha obraba de esta manera; no se hubiera ofendido en la vida privada de los homenajes dirigidos a sus encantos y, como todas las limeñas, habría permanecido indiferente ante el número de amantes que le hubieran prestado; pero embriagada con su poder, ilusionándose con su duración, el orgullo de los reyes se había apoderado de ella; se creyó de una especie superior, tuvo la susceptibilidad de una mujer nacida en un trono y fue igualmente imperiosa. Doña Pencha no sentía ninguna deferencia por el Congreso, así como tampoco Napoleón por su Senado conservador: a menudo le mandaba notas escritas de su puño y letra sin siquiera hacerlas firmar por su marido. Los ministros trabajaban con ella, le sometían las actas del Congreso y las de su cartera; leía todo ella misma, tachaba lo que no le convenía y lo reemplazaba por otras frases; su gobierno se volvió absoluto en presencia de una organización republicana. Esa mujer había hecho mucho por su país; su amor

por el bien público inspiraba confianza y hubiera fundado un orden estable, habría hecho prosperar al Perú, habría sido una gran reina si antes de imponer la suprema autoridad hubiera utilizado todos sus recursos para asegurarse para siempre el poder. Era extremadamente laboriosa, de una actividad infatigable, no descansaba sobre nadie, quería ver todo ella misma.

Hablaba en público con tanta dignidad como precisión."

Flora cuenta que sus servidores la adoraban y termina la historia de doña Pencha transmitiéndonos las informaciones que le dieron luego de su partida: se instaló con Escudero y sus fieles servidores en una espléndida casa en Valparaíso donde murió a las seis semanas de su llegada. Después de su muerte Escudero volvió al Perú "para hacer de las suyas", según una carta de su tío Althaus en la que le da de esta manera inhumana y fría la noticia de la muerte de una mujer que merecía más respeto:

"Siete semanas después de su partida del Callao, doña Pencha murió. He aquí lo que Althaus me escribió a su respecto: 'la mujer de Gamarra ha muerto en Chile a las seis semanas de su llegada; dicen que es de un mal interior; yo creo que es de rabia por no ser más General en Jefe'."

La ira no suele matar, pero acaso apesquere ciertos estados depresivos o convulsivos. A veces también uno muere cuando ya no tiene ganas de vivir.

Hay gente que goza de la capacidad de entregarse a la muerte como a la religión o al amor.

Aquí termina no sólo la vida de doña Pencha sino también la estadía de Flora Tristán en el Perú.

De ahora en adelante ya no será Florita. Será Flora Tristán, una extraña y discutida personalidad europea, adorada por unos, odiada por otros. George Sand se burlaba de ella y Flora, a su vez, no apreciaba a ninguno de los grandes talentos que tuvo Francia en el siglo XIX; ya veremos con qué desdén habla de Lamartine, de Liszt, de todo el que no la sigue en su cruzada redentora.

Debo advertir al lector que hay grandes baches que no sé cómo llenar pues Flora tardó más de un siglo en despertar el interés de algunos biógrafos. Ya lo veremos en la segunda parte.



*Segunda parte*

---

La gira  
por la Francia obrera





Como dije al terminar la primera parte, aún se sabe muy poco respecto a las vicisitudes de Flora Tristán durante su viaje de regreso a Europa. Quizá algunos tengan datos que no obran en mi poder. Yo ignoro si la travesía fue tan difícil y cruel como la que narra cuando partió de Bordeaux a Perú. Acaso ya estaba más habituada a las aventuras marítimas y terrestres. Ya no era la muchacha humilde pero al mismo tiempo prepotente que nunca había salido de París. Ya sabía que no basta reclamar una herencia para que se la entreguen a uno inmediatamente con su mejor sonrisa; que no basta decirle a un tío desconocido que uno lo quiere como a un padre para que él se desprenda de una parte de su fortuna y que en la vida hay que apoyarse sobre papeles legales para iniciar cualquier acción.

Sin embargo, la evolución de Flora demuestra que se convirtió en una resentida; es verdad que le sirvió para hacerse célebre y en algo ayudó a los obreros, pero iremos viendo a lo largo de sus propias palabras en el diario que escribe sobre su "gira por Francia", que soporta mal la ignorancia

de los obreros y otros defectos que les imputa sin vacilar. En el fondo está vengando a Flora Tristán, es en nombre de la niña ingenua que fue que emprende su cruzada socialista. Aborrece a los ricos, a los burgueses, a todos aquellos que poseen algo. ¿Cómo olvidar que ella quiso a su vez ser rica y burguesa, poseer una fortuna, y que maldijo entre lágrimas y recriminaciones a toda la familia Tristán por no querer darle la parte de una herencia que según ella le pertenecía? No se resignaba a ser hija natural pero era un hecho indiscutible. Las leyes de aquel entonces no la favorecieron, hoy hubiera obtenido la parte correspondiente a su padre de la herencia de su abuela. Pero como dice Sartre "El hubiera no existe", pues tampoco hubiera encontrado obreros tan mal informados, tan malos, tan hoscos y taciturnos, tan resignados a su falta de derechos. Nació cien años antes de lo que debió nacer y por eso su vida y sus reacciones nos resultan absurdas aunque valientes. Es emprendedora, luchadora, quiere tercamente hundirse en la realidad, pero en una realidad que ve en sueños como una visionaria, no en la que le tocó vivir.

Sabemos que Flora llegó a París en 1834 pero ignoramos dónde estaba su hija dado que al parecer el marido quedó con el varón y ella con la niña. Sabemos que durante dos años ni Chazal ni su madre supieron nada de ella y sólo en 1835 una denuncia anónima los puso sobre su pista.

Lo de la denuncia anónima puede ser una fábula dado que Flora acababa de escribir un libro corto

sobre "la necesidad de brindar una buena acogida a las mujeres extranjeras". Terminaba con esta frase: "En adelante nuestra patria debe ser el universo." Cuando un libro aparece no es demasiado difícil dar con el paradero del autor, sobre todo en el caso de Chazal que tenía una imprenta dedicada a las litografías, pero debía estar vinculado con el mundo de editores, libreros e impresores.

Lo cierto es que Chazal hizo raptar a su hija Aline, la futura madre de Paul Gauguin. Flora acudió a la justicia y logró recuperarla a condición de que la pusiera pupila en un colegio. En 1836 la niña se escapa y corre a reunirse con su madre. El padre, por tercera vez, la manda prender por la policía. Al cabo de tres meses esa chica de doce años tiene el coraje de volver a escapar acusando a su padre de haber querido abusar de ella. Aunque Chazal fue detenido, casi de inmediato fue sobreseído.

Corría entonces el año 1837 y Flora publicaba *Las peregrinaciones de una paria*, libro del cual acabamos de ocuparnos exhaustivamente y que nos ha dado una imagen exacta de su juventud y de su carácter, así como de sus impresiones sobre el Perú. Por desgracia la edición que ha llegado hasta mí (no creo que exista otra) ha sido expurgada y muy cortada, pues el volumen inicial tenía casi el doble de páginas y además interiorizaba al lector de sus desdichas conyugales. El libro debe de haber tenido éxito pues fue reeditado a poco de haberse agotado, pero ese mismo éxito le valió que

en el Perú no tardaran en conocerlo y su tío Pío, indignado, le retiró la renta vitalicia que le había prometido y le había estado pagando religiosamente. Es una reacción natural.

Difícilmente ayudamos a quienes nos denigran; además es posible que la desaprensión con que Flora habla de las revoluciones peruanas, de las fuerzas armadas, de sus mujeres y de sus gobernantes, le haya traído a don Pío de Tristán más de un dolor de cabeza.

Pese a que aún debía tener algún dinero del que le pasaba su tío por adelantado y que el libro ha de haberle proporcionado ganancias, no se comprende muy bien de dónde sacó Flora las sumas necesarias para entrar en la sociedad de París e incluso tener un salón literario y artístico como se usaba en aquella época. Sabemos que tuvo un amigo que la introdujo en aquel ambiente refinado, era un pintor llamado Jules Laure. Queda por preguntarse si fue su amante y si la ayudó materialmente, pues nadie vive del aire y, aunque Flora publicó también una novela titulada *Mephis* en 1938, es poco probable que sus derechos de autor le hayan bastado para vivir. Si Balzac debía escapar por una trampa cuando llegaban sus acreedores, si tanto él como George Sand debían escribir un folletín diario para sobrevivir, resulta difícil que a Flora le hayan bastado dos libros para mantenerse en un tren mundano. Incluso nadie puede hacer cuatro viajes a Londres sin gastar y luego recorrer toda Francia, aun economizando

mucho, sin bastante dinero en el bolsillo. Ella se queja continuamente del precio de la comida y de los hoteles pero tiene cómo pagarlos.

En aquel mismo año 1838 Chazal recuperó a su hijo, luego compró dos pistolas y quiso matar a Flora cuando salía de su casa de la rue du Bac. Estuvo a punto de matarla pues la hirió gravemente en el pulmón derecho. Ella dignamente presentó en octubre al Parlamento una solicitud pidiendo la abolición de la pena de muerte. Pero aún no estaba abolida, no obstante lo cual el abogado de Chazal consiguió conmutar esa pena por la de trabajos forzados y luego por veinte años de prisión. Cumplió apenas ocho, su pena fue conmutada pero murió en 1860. Ya antes del atentado, Flora había vuelto a presentar una demanda de divorcio.

En verdad, Flora entró al mundo literario más por su acción política y feminista que por sus dos libros publicados. Pero como, dejando de lado la literatura, ya había publicado en 1840 *Los paseos por Londres*, en el que predice la revolución social, su nombre comienza a sonar en distintos ámbitos políticos. Con su habitual soberbia se denomina a sí misma "la mujer mesías" y cree firmemente que llevará a los oprimidos alivio a sus dolores, a las mujeres su emancipación de lo que considera su esclavitud al hombre, y a los proletarios en general un mundo mejor. Llegó a ser lo bastante importante como para que se ocuparan de ella en los Anales franco-alemanes en que colaboraba Marx.

Sin embargo, digan lo que digan sus biógrafos, los escritores famosos y a la moda no la adoptaron. George Sand fue dura, cruel y desdeñosa con ella. Flora ha de haber sido una mujer exasperante pese a sus cualidades, pero no se puede querer aleccionar a toda la humanidad y cambiar el sistema del mundo sin fastidiar al prójimo, a tal punto que hasta los diarios populares la atacaron y ella, la líder del proletariado, escribe en su diario: “¿Quién puede ocuparse de este pueblo tan bruto, tan ignorante, tan vanidoso, tan desagradable de tratar, tan asqueroso visto de cerca?”

No obstante escribe *La Unión obrera*, cuyas ediciones del 43 y del 44 fueron pagadas por los suscriptores. Es sorprendente la tendencia de Flora a pedir ayuda al prójimo; admito que también deseaba ayudarlo, pero primero se apoya sobre él.

El 12 de abril de 1844 comienza su “gira por Francia” para lanzar *La Unión obrera*, que ya andaba por su tercera edición. Creía que encontraría en las provincias y en los pueblos más comprensión que en París. La verdad es que Flora nunca supo comprender el alma humana. Mira, observa, describe, pero ignora los móviles que obran como motores sobre las reacciones de los hombres y mujeres. Ignora también que la pobreza excesiva, el trabajo pesado de muchas horas, la mala alimentación, suelen convertir al hombre en animal, sólo quiere conservar ese pesebre y ese pienso, le teme a la policía, a los poderosos e inclusive a los cambios. Es necesaria una revolu-

ción total, sangrienta, una anarquía incontrolable, para que las masas se muevan; pero entendámonos bien: se mueven en masa, no individualmente ni en pequeños grupos; además, en 1917 estaban rodeadas de enemigos, transcurría una guerra, la primera mundial, y eso desquiciaba a cualquiera. Nada destruye tanto a los hombres como la guerra, es como si el mundo perdiera las barandas a las que estamos habituados a aferrarnos, como si el suelo se abriera bajo nuestros pies. Además, haber aprendido desde la infancia que no se debe matar y aprender de pronto a hacerlo ha de ser algo muy traumático. Tener un elemental y lógico instinto de conservación y deber perderlo de pronto no ha de ser tampoco cosa fácil. En cuanto a la pérdida de bienes, la lucha de una vida entera que se va barranca abajo, la falta de términos, de plazos, flotar en un infinito sin fronteras de tiempo es algo que al ser humano normal le cuesta asumir. Y depender de los demás cuando uno siempre ha dependido del propio esfuerzo tampoco es tarea fácil. De ahí que una guerra por limitada que sea predisponga a los países y a sus habitantes a la revolución y a la anarquía.

Pero Flora Tristán salió a predicar a un proletariado que se hallaba sumido en la habitualidad y en la resignación; que por supuesto no podía adivinar el poder que tendrían, en un porvenir más o menos lejano, la fuerza obrera y los sindicatos. De ahí que se haya sentido tan decepcionada en París. Esto no le permitía suponer, sin embargo, que las

provincias serían diferentes. Por el contrario, en los pueblos chicos la vida es más fácil, las obligaciones son menores, la naturaleza está al alcance de la mano con sus bodas al aire libre, sus paseos campestres, su caña de pescar al borde de un arroyo, bajo los árboles. Y todo el mundo que se conoce, las charlas de café, los juegos de cartas, de dados, de dominó, de bochas si se está afuera. El obrero de las grandes ciudades es y ha sido siempre el más desdichado.

Sin embargo, Flora Tristán dejó una semilla que germinaría casi un siglo después, como la de todos los iluminados. Miles de palabras pueden caer en el vacío, pero dos o tres se graban en letras de fuego en nuestra mente y en nuestro corazón. Las recordamos después de haber cometido un error o al desembocar en un acierto.

En este diario del que extraeremos párrafos podemos seguir las peripecias de Flora cuando sale en busca de militantes fervorosos. Su primera escala es Lyon, también es acaso la única que le valió la pena hacer, el único lugar donde encontró alguna comprensión y solidaridad. Siete meses de una vida andariega, de trajinar sin descanso, de intentar levantar a gente que se encoge de hombros, la condujeron a la muerte. Dicen que se trató de fiebre tifus. En aquel entonces la ciencia estaba muy atrasada. Los científicos universales se encontraban de pie ante una puerta cerrada que se abriría de pronto para iluminar a un mundo que andaba a ciegas. Todo comenzó en esa segunda



mitad del siglo XVIII, llamado *el siglo de las luces*; fue sin duda el de la luz que aún hoy progresa e ilumina a la humanidad.

No se trata de un libro más o menos ordenado como lo era *Las peregrinaciones de una paria*. Aquí sólo tenemos notas escritas con urgencia, en medio del cansancio, de un trabajo ininterrumpido, de la seguridad de estar cumpliendo una misión. Se acabaron las descripciones farragosas de casas opulentas, de celdas semejantes a dormitorios de una mantenida de lujo, de las comidas suntuosas e interminables. Ya Flora está enferma, muy enferma. Quizá el médico que lea un día este diario admitirá que murió de úlcera o de cáncer. Su estómago se cierra, no puede tragar bocado, sufre de náuseas, de diarreas y constipaciones alternadas. ¿Es esto el preludio de una fiebre tifoidea? No lo creo. Pero volvamos a la partida de Flora de París.

Antes de partir en su gira laboriosa, Flora vuelve a reunirse con los obreros que parecían apoyarla. Advierte que le fallan y alguien ha influido sobre ellos. Las caras que la rodean “son frías, secas, están desprovistas de elevación y de inteligencia”. A lo largo de este diario de viaje veremos que juzga constantemente de la misma manera a aquellos a quienes quiere salvar. Está allí para que sean leídos en público los dos primeros capítulos de su obra. Nadie parece comprender nada hasta que: “leen el párrafo de la Gaceta de los Tribunales en la que el abogado del rey dice: ‘un albañil,

un remendón, un labrador no son hombres' —se elevó un murmullo de sorpresa y de indignación—. He aquí el efecto de la declaración de los Derechos del Hombre de 1791."

Por supuesto el público comienza a interesarse y a prestar atención. Cuando llega al capítulo de las mujeres la atención decae, la atacan por haber dicho que el obrero iba a la cantina dejando a su mujer sola y que eso haría renacer el ataque de los burgueses. Uno de los presentes afirma que "entre ellos pueden aceptar sus defectos pero no pueden soportar que los extraños vengan a aleccionarlos", que hay que ocultar todo eso ante los ojos de los burgueses.

La sesión es un fracaso para ella; las mujeres no la apoyan, los hombres desconfían. Se va a las 11 y media de la noche con los pies helados, muerta de sed porque habló mucho, y confiesa:

"¡Ah! cuántos dolores y decepciones me preparo —sin embargo no me ilusiono sobre ellos— los veo tales como son y eso justamente es lo que me arranca lágrimas... No importa, siento que de aquí a tres meses ya no sufriré; me sacrifico a los principios, no a los individuos. Los individuos son ininteligentes, vanidosos, estúpidos, ignorantes, prepotentes, en fin, tienen todos los defectos y los vicios de la ignorancia, ¿pero qué importa la repugnancia que provocan los individuos?, hay que considerarlos como abono del cual germinará la nueva generación obrera."

Personalmente me resulta incomprensible que desdeñando tanto a la humanidad quiera sacrificarse para salvarla. Insiste en su desdén en toda ocasión:

“Ah, hoy comprendo por qué la clase obrera no tiene defensores, hombres que se entreguen a ella. Realmente la estupidez de los obreros es la que rechaza, enfría, asquea el alma más ardiente. Para compartir la compañía de esa gente hay que estar pertrechado por todas partes. Unos son brutos, los otros groseros, insolentes, los otros tontos...”

Como en toda su obra, Flora se repite, es reiterativa, parece no poder apartarse de una idea fija, no advertir que ya ha dicho varias veces la misma cosa. Por otra parte no hay principios que valgan si no están basados sobre la fe en el ser humano. ¿Principios de quién, a favor de quién, para quienes luchan los apóstoles, los conductores de la humanidad? Los principios no se basan sobre las costumbres de las hormigas o de las abejas sino sobre las necesidades de la humanidad, esa humanidad a la que Flora desdeña tanto y por la cual contradictoriamente lucha y muere como si fuera un hipócrita e interesado líder político. Pero no lo es, no pide nada para ella aunque acaso pida mucho: la gloria, la fama, la gratitud y es posible que seriamente se crea la “mujer mesías”. Cuando algunas cartas de su amigo y protector Jules Laure la ponen fuera de sí, exclama: “Es más tonto que cualquier obrero y no es poco decir.” Dice que Vannostal le “trajo un artículo titulado ‘Medios

para terminar con la crisis social' ". Este título caracteriza la presunción natural de esa clase. "Lanzan desde lo alto de sus buhardillas cataclismos sobre la sociedad, absolutamente como Dios podría lanzar sobre el planeta."

Elijo párrafos al azar pues sería largo y además tedioso para el lector leer cada impropio de esta mujer contradictoria. Pero su personalidad sigue siendo fascinante. Confieso que me cuesta no citar más exabruptos de este tipo, pero creo necesario comenzar con ella su "gira por Francia". Aunque no es muy benévola con los grandes escritores y artistas, ya veremos a lo largo de estas páginas su antipatía por Lamartine y por Liszt, pero antes de salir de París va a ver a Béranger para pedirle un canto para encabezar su libro. Lo describe como "un anciano de entre 60 y 65 años... muy feo... ojos desagradables... su nariz y sus mejillas congestionadas le dan el aspecto de un borracho".

En realidad se reúne con obreros por primera vez, en París, el 2 de abril. Hasta setiembre de ese año 1843 no tenemos noticias de ella. La encontramos el 22 de ese mes en Bordeaux donde llueve desde que llegó, ocho días antes, y se refiere a la necesidad de llevar más pares de zapatos y más ropa pues "en mi posición de apóstol no tengo tiempo para estar enferma", nos dice.

*Bordeaux (setiembre de 1843)*  
*y Auxerre (12-16 de abril de 1844)*

“No cabe duda que este viaje me costará muy caro. Pero no puedo retroceder ante este gasto porque el resultado será un éxito”, afirma Flora. ¿De dónde saca esas sumas? ¿De qué vive? ¿Es cierto que recorre Francia vendiendo su librito *La Unión obrera*?; dispone siempre de sumas chicas, es verdad, pero continuas: hoteles y comidas nunca salen baratos.

Flora es impulsiva e impaciente. Al principio se queda encantada en Bordeaux con sus obreros, los considera más firmes y más prudentes que los de París. No tarda en decepcionarse. La prensa no le dispensa una buena acogida. No sabe muy bien cómo emplear su tiempo, se aburre mortalmente... Dice que los burgueses son insoportables, que no piensan sino en ganar dinero. Ella también piensa en lo mismo; escribe a todo el mundo pidiendo una suscripción para su libro y cuando no se la dan exclama: “Dios mío, dime para qué sirven los ricos en este mundo”. Y lo mismo que en Arequipa exclama: “Si estuviera obligada a vivir aquí me moriría”. Afirma que podría tener casas, tierras, rentas, pero una existencia monótona. En cambio en el camino que eligió dice “ser pobre pero haber encontrado la felicidad, una existencia plena; en

resumen, una posición que no cambiaría por ninguna otra”.

A veces nos da la impresión de ser alguien que silba en la oscuridad para ahuyentar el miedo. A lo largo de estos dos tomos expurgados a causa de la cantidad de páginas que de lo contrario deberían tener, no sentimos nunca esa supuesta felicidad. También la perdemos para volver a encontrarla en Auxerre en abril del 44. Aquí ya se siente elegida: “El 12 de abril a las 4 de la mañana me levanté para emprender la hermosa y noble misión para la cual Dios en toda su bondad me ha elegido. Sentí en mí como una gracia divina que me rodeaba, me magnetizaba y me transportaba a otra vida.” No cabe duda que ya está compenetrada con esa nueva personalidad que forjó desde su regreso del Perú. No comprende ni por un minuto que de haber logrado su herencia no habría elegido la lucha por los obreros. Tenía, lo hemos visto desde el principio, un sentido de la justicia y de la igualdad de clases más aguzado que la mayoría de las personas de clase acomodada del siglo XIX, le indigna la manera inhumana de tratar a los esclavos; lo mismo nos ocurriría a cualquiera de nosotros pero difícilmente seguiríamos sus pasos. Por supuesto es fácil sentirse del lado de los oprimidos en un mundo en el cual las clases ya se han igualado. ¿Qué hubiéramos sentido cualquiera de nosotros hace un siglo y medio? Son preguntas difíciles de contestar, pero Flora demostró su asco por el olor de los negros y durante su

estada en el Perú, si bien se puso a favor de ellos en sus conversaciones, haciéndoles frente a los hacendados inhumanos, no la hemos visto jamás acercarse a un grupo de niños, intentar enseñarles a leer y a escribir, contarles cuentos, ser afectuosa con alguna esclava de la casa de don Pío. Debemos admitir que el hecho de haber sido rechazada y tener que volver a Francia sin fortuna moldeó de otra forma su carácter y le confirió una personalidad inesperada. En Auxerre, en plena "misión divina" exclama: "no sé verdaderamente cómo hago para hablar con estos hombres ignorantes, groseros, insolentes, inabordables para todos, ¡soy admirable!". Se queda allí sólo cuatro días, el tiempo de demostrarnos por enésima vez que la humildad no es su mayor virtud. Luego pasa por Avallon donde permanece un solo día.

## *Avallon (16 de abril de 1844)*

En Avallon Flora intenta hablar con los pocos obreros que encuentra “sintiendo con ese tacto que poseo en grado sumo lo que ocurre dentro de ellos”. Otra vez su falta de humildad irrita. Nadie puede alabarse continuamente sin esperar que lo hagan los demás, tampoco nadie puede creerse dueña de tantas virtudes y ver en sus semejantes tal cúmulo de defectos. ¿Qué pretende? ¿Que los obreros caigan a sus pies, beban sus palabras, confíen en ella aunque la ven por primera vez y pueden creerla espía de la policía o de los patronos? Su actitud resulta absurda y como en todos lados saca esta conclusión: “Preferiría morir en el fondo de una celda antes que vegetar en la paz de una ciudad donde no hay ninguna actividad”. No obstante logra vender algunos libros a los dos librereros de la aldea.



## *Semur (17 de abril de 1844)*

El 17 de abril Flora llega a Semur, que le inspira estas reflexiones: "Otra aldea de 3 000 almas en el mismo estilo de Avallon, encantadora desde el punto de vista pintoresco pero igualmente muerta". ¿Espera siempre llegar a una ciudad con la actividad intelectual de París? Ni allí ni en ninguna de las ciudades de Francia, Flora sabe admirar el paisaje ni las obras de arte. Es totalmente ciega a todo lo que no sea su misión. Su mundo se reduce a los obreros pero como entes abstractos, pertenecientes al futuro, por eso su presente es tan triste y tan gris dado que juzga a esos seres crudamente, en forma implacable, los considera torpes e ignorantes pero "ve la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio". Dice de Avallon: "Las famosas torres del duque de Borgoña están erguidas y en buen estado. Ya no sirven para nada. Me sorprende que la industria no se apodere de ellas". A mí me sorprendería que Francia, que siempre ha respetado, refaccionado y cuidado sus monumentos históricos, los empleara para instalar una industria, pero Flora conoce mal a su país. Aún no hemos terminado de sorprendernos; su ignorancia en materia artística aflorará con fuerza en Dijon, adonde llega el 18 de abril.

## *Dijon (18-24 de abril de 1844)*

Al llegar a Dijon Flora se siente muy mal. Está enfermísima de la vejiga y de la matriz. Yo sigo diagnosticándole un cáncer con metástasis múltiples. No obstante supera su malestar pues “la santidad de su misión la conmueve a ella misma”. Como lo veremos en estas páginas, sus malestares se repiten y los comenta a lo largo de su diario. Culminarán en la enfermedad que la conducirá a la tumba.

Admite que se trata de una ciudad limpia y grande, pero no tiene ni tiempo ni voluntad para visitarla. “¡Qué me importan las piedras si tengo que estudiar a los hombres! Daría la más maravillosa iglesia de la cristiandad por un obrero inteligente.” Al parecer no lo encuentra.

Como sus reuniones con los obreros son poco significativas y muy semejantes las unas a las otras, detengámonos por un momento en su falta de sensibilidad artística: “Fui a ver el Museo que no merece su fama, sin embargo hay cuadros lindos. La tumba del duque de Borgoña no tiene nada de magnífica. Por otra parte vi todo eso corriendo, estoy demasiado absorbida por mi misión para ocuparme de arte. Y qué me importan las piedras talladas y las telas pintadas, cuando tengo ante mí la obra de Dios: la humanidad.”

Dos páginas después nos dice: "Me olvidé de hablar de ese horrible fetiche de Nuestra Señora: una Virgencita negra (en el altar de la Virgen) que parece un sapo disecado como se encuentra a veces en algún montón de piedras. Una cabeza deforme, eso no pertenece a la escultura de ninguna época, probablemente es algún fetiche indio que los duques de Borgoña han recogido en algún país salvaje de donde había sido traída, de la India o de África. No comprendo en verdad cómo el obispo de Dijon tiene el impudor de soportar que una innoble caricatura de esa clase esté colocada en el altar de la Virgen y comprendo aún menos que el pueblo de Dijon y de sus departamentos lo soporte". Se trata de una Virgen negra de madera del siglo XII, llamada Nuestra Señora de la Buena Esperanza.

Sigamos con sus descripciones desacertadas en materia de arte: "Sobre la torre de esta misma iglesia hay figuras grotescas y un niño desnudo del mismo tipo que las figuras grotescas de las iglesias de Semur. Se llaman " Jacquemart " y han sido traídas por no sé qué duque de Borgoña. ¿Se puede comprender que un clero culto (tiene la pretensión de serlo) acepte que la linda arquitectura gótica sea envilecida por semejantes porquerías?" Leamos las aclaraciones en una nota del compilador y biógrafo de Flora: "Sobre los dos pisos de arcadas de la fachada que forman una galería hay 17 estatuillas notables de aspecto variado. El reloj, tomado en Courtrai y donado a

Philippe-le-Hardi en 1383, está atribuido al mecánico flamenco Jacques Marc (de ahí que se llamen “jaquemarts” todos los relojes que dan la hora).” Imposible admitir que Flora no haya percibido ningún atisbo de arte en esas figuras medioevales y en ese reloj del siglo XIV por más entregada a su misión que estuviera. Por otra parte sigue indignada porque las viejas creen que la Virgen negra hace milagros, dice que “debe ser sacrificada sin vacilación en nombre del arte y de las formas”, y agrega “Me creía en el Perú”. No puede dejar de sorprender que crea que la India es un país salvaje si también ignoró las civilizaciones maya e incaica.

Cuántas bellezas incaicas habrá dejado de ver o habrá equivocado con objetos sin valor en ese Perú que, si bien no le concedió una herencia, le dio más calor humano, más hospitalidad, más vida de familia de la que conoció jamás en su vida. También amparo, protección, oídos atentos, la admiración hasta de las monjas por “la francesita” recién llegada, largas horas de conversaciones íntimas al borde del río o en la habitación de su prima Carmen. Pero lo que no cabe duda es que en un país donde tanto los Incas como los conquistadores habían dejado una tradición de piedras talladas, de huacos, de objetos invalorable de oro o plata, Flora pasó junto a ellos sin echarles ni siquiera una mirada. Como los burgueses a los que tanto aborrece llevaba anteojeras que sólo le permitían ver bolsas de oro que no se dignaban entregarle.

Pero otra cosa que le hace comparar las provincias al Perú es que allí tiene más acceso a la iglesia que en París. Y Flora odia a los curas. Es demasiado excesiva para ignorarlos, juzgarlos con escepticismo o encogerse de hombros. No tiene ningún sentido del humor, nunca en verdad lo tuvo ningún profeta, eso nos queda para los simples mortales. En Dijon se empeña en ver al obispo, me pregunto por qué:

“Lunes 22: Por tercera vez voy a ver al obispo sin poder ser recibida por su Excelencia. Hay que pedirle una audiencia...” Flora no tiene el menor sentido de las jerarquías, ¿a quién de nosotros se le ocurriría ir a ver a un obispo sin pedirle una audiencia? Entonces sigue indignada: “¡Éstos son los servidores de Dios! He aquí a un sacerdote pagado por los contribuyentes (el clero cuesta 37 millones por año) que además goza del monopolio de la limosna (lo que le reditúa otro tanto, más su salario); ese sacerdote vive en un palacio, exige que pongan a su puerta a un centinela [...] Y ese sacerdote no puede recibir a una extranjera que pasa por su ciudad sin haberle concedido una audiencia.” En primer lugar, Flora era francesa, no extranjera, y su enemistad hacia la Iglesia era pública y notoria. Respecto al hecho de lo que costaba al país es exacto, cosa que no ocurre desde hace más de medio siglo pues en Francia están separados el Estado de la Iglesia. El único país del mundo que aún manticne al clero con el erario público es la Argentina. A pesar de ello ningún

contribuyente pretendería ser recibido de inmediato por el obispo de cada ciudad por la que pasa.

Vuelve a referirse a los obreros con los que tuvo una reunión el día anterior: "Como la reunión con los zapateros de ayer me había afectado mucho, a tal punto los encontré groseros, brutos e ignorantes, miserables y sucios (son de los peores que he visto hasta ahora), fui esta mañana para obtener algunos informes sobre ellos. Esta clase [ha de querer decir rama pues siguen perteneciendo a la clase obrera, pero sigamos:] es de las más desdichadas. Ganan 1 franco 50 a 1 franco 75, los más hábiles 2 francos. Además son presas de constantes desempleos. [...] Eso explica por qué estaban tan mal tenidos. Apenas si tienen con qué cubrirse y ésa es la causa de su mala disposición. Los pobres desgraciados se sentían muertos de vergüenza al aparecer ante mí. [...] Cuando pienso en las frases recitadas y escritas por nuestros economistas asalariados, dando tasas de salarios medios, cuando pienso en ese impudor, me estremezco de rabia."

Esta vez tiene razón: es fácil hablar de las penurias de los obreros desde un cómodo sillón de ministro de economía o de presidente de una república. Ganar para comer únicamente es un castigo. El hombre necesita ganar no sólo para vivir con cierto decoro y cubrir las necesidades elementales de su familia sino también para ahorrar, que es la forma de alimentar una ilusión: la del auto aunque sea modesto, la de la casita propia, la de un

probable viaje algún día a un lugar soñado o al solar de los abuelos.

Castilla madre ayer de bravos capitanes  
Madrastra es hoy apenas de humildes gana-  
[panes.

decía el poeta. El ganapán es la semilla del comunismo, proletizar a la clase media es llevar a un país al comunismo, en cambio elevar al pueblo a nivel de clase media como ocurrió en nuestro país hasta hace pocos años es convertir a cada hombre en un pequeño capitalista. No quiere perder ese autito usado, ese techo, esa educación que les dio a los hijos, espera que mañana la chica sea médica, el chico abogado. ¿Para qué si gana más un plomero? Él no lo cree, es plomero y entra en edificios donde viven profesionales adinerados, sus hijos pueden llegar a tener ese confort, esos muebles, esos ambientes amplios. Ellos mismos viven en familia con los ambientes que han podido construir, no deben compartir un departamento con otros, y el obrero actual, el que hubiera hecho feliz a Flora Tristán, sabe perfectamente que sus pares en los países de la cortina de hierro no pueden salir del país, pueden pasar media vida reclamando un pasaporte, y el espacio vital concedido a cada uno es muy mínimo si no se es jerarca del Partido. Por lo general deben compartir la cocina, el baño y ceder alguna habitación de su casa. El sueño de Flora no era la vida del obrero comunista sino la vida de los obreros bien organizados en

sindicatos en los países capitalistas, el que además de un bienestar mínimo tiene voz, voto y jubilación.

Al final logra ver al obispo pues siempre obtiene lo que se propone. Su Excelencia ya había leído el libro que ella le había dejado el día anterior. No cabe duda que su fama debió llegar hasta él y, como Simón Bolívar, que prefería su palacio sin lujos de Lima a su anonimato lujoso en París porque quería ser el primero, y lo era, y quería cumplir una misión, también Flora, que dijo esta primera parte de la frase con cierto desdén, prefirió arrastrarse por hotelitos de tercer orden de las provincias francesas y comer cualquier cosa porque se sabía popular y creía en su propia misión redentora, aunque conoció más bien rechazos e indiferencia.

El obispo de Dijon le dice lo que le hubiera dicho cualquier prelado, que fuera del catolicismo no se puede construir nada grande, útil ni moral, y no sólo le espeta este discurso sino que le afirma que hará cuanto pueda para detener sus esfuerzos si es que ella logra formar la Unión obrera con que sueña. Por supuesto, si ella practicara la religión la secundarían con dinero, recomendaciones, etc.... Todo lo previsible, pero Flora, la iluminada, nunca supo prever lo que estaba al alcance de su vista, lo que hubiera percibido cualquiera mucho menos inteligente que ella. Pero desde el principio de esta biografía advertimos que conoce mal al ser hu-



mano y no obstante es lo único que le importa. Es otra de sus flagrantes contradicciones.

Después de algunas entrevistas menos descorazonadoras se va de Dijon al cabo de una semana de proselitismo y llega el 25 de abril a Chalon-sur-Saône.

*Chalon-sur-Saône*  
(25-27 de abril de 1844)

Flora llega a Chalon-sur-Saône el 25 de abril por la tarde y ve con placer que un grupo de obreros había ido a recibirla.

Según ella, la ciudad de Chalon tiene el honor de poseer desde hace dos años a un señor Lagrange que había sido condenado a veinte años de prisión por haber desempeñado un papel activo en la insurrección de Lyon en 1834, pero gozó de una amnistía en 1839. Pese a ser un militante, a Flora le parece un tipo insoportable porque fue a visitarla, se quedó a comer con ella y sus “hermanos” y les impidió hablar de su proyecto. La verdad es que nada le viene bien, si no la reciben son unos descortesés, si la reciben son unos pesados que se le incrustan. “Lagrange es un buen muchacho pero sólo resulta agradable verlo en las columnas de los diarios” dice, y continúa más adelante: “No conozco sino a Lagrange que hable de sí mismo con tanto aplomo y complacencia”. Si se relejera vería que ella habla de sí misma con el mismo aplomo y la misma complacencia. Pero nos enteramos en la página siguiente que Lagrange leyó su libro y le dijo que no iba a caminar.

Aquella noche hay una asamblea en la logia masonica “La Perfecta Igualdad”: demasiada concu-

rrencia, demasiados patrones, por supuesto carentes de “generosidad de corazón, de instrucción, por el contrario, de espíritu estrecho, mezquino, temeroso, limitado, perverso...” También le pareció una deslealtad que asistiera Lagrange dado que no le gustaba su libro. Flora se ha vuelto desconfiada, dice que siente los celos de los hombres respecto a las mujeres. No obstante, cuando advierte que el ambiente no está muy a su favor porque ella se niega a hablar, él les dice que “no se puede dudar que la idea de Flora Tristán de unir a las clases obreras en una sola y misma unión es un acierto”.

Flora dejó nueve páginas en blanco para completar los acontecimientos de Chalon, pero nunca las llenó. Ir de ciudad en ciudad, reunirse con unos y con otros, solicitar audiencia, intentar vender su libro a cada librero, no podía dejarle mucho tiempo libre. ¡Y le quedaba tan poco para vivir! Por otra parte vemos que llega a Mâcon el 28 de abril y hasta el 30 no escribe una sola línea, a tal punto se siente mal.

*Mâcon (28 de abril-2 de mayo  
de 1844)*

“Estoy aquí desde hace dos días, pero tan enferma a causa del cansancio que tuve desde el 12 en que salí de París sin haberme tomado un solo día de descanso, que no puedo ni escribir ni hablar con mi fogosidad de siempre” escribe Flora en su diario. Sin embargo sigue buscando material, se informa sobre el número de pobladores y de compañeros que son sólo 8 ó 10. “Todo el mundo aquí es de una tibieza y de una indiferencia que no encontré en ninguna otra parte.” Olvida que ha dicho lo mismo de las otras ciudades, que a lo largo de su gira no encontró aún apoyo verdadero ni comprensión profunda. Pero como ningún obrero fue a verla, ni ninguno se ofreció para venderle su libro está muy decepcionada. Le fastidia profundamente que una falange de jóvenes burgueses se reúna alrededor del señor Lamartine y de su diario *El Bien Público*. No siente el menor respeto por el talento literario de uno de los poetas románticos más importantes del mundo y opina que quienes lo rodean no tienen ni inteligencia ni energía. La situación parece ser en aquel momento muy mala para los obreros, no hay trabajo de ninguna especie, encuentra a uno de ellos en harapos y descalzo que viene desde Sens sin encontrar

ninguna posibilidad de trabajar aunque se ofrece sólo por la comida. El fantasma de la desocupación parece tan viejo como el hombre, pero como Flora no tiene la posibilidad de ver a ningún obrero acepta ir a Monceau a visitar el castillo de Lamartine. Ésta es su descripción:

“Vi a los tres directores del *El Bien Público* y ahora los conozco a fondo. Valía la pena dado que el señor Lamartine se denomina el jefe democrático. Ahora que los he visto de cerca predigo con seguridad que nunca serán jefes de nada. Les falta línea, vigor, pues las ideas podrían sacarlas de mí o de algún otro lado pero la idea no basta, hay que saber ejecutarla. El castillo del señor Lamartine es muy feo. Ni grandeza, ni pensamiento, ni originalidad. Es una casa burguesa, muy burguesa y mal tenida. Chimeneas de mármol y modernas en su despacho y en el salón; el cielorraso artesonado con vigas y tirantes. Todo es contradictorio. Si juzgáramos al dueño por su casa tendríamos muy mala opinión del señor Lamartine y de su sentido de la armonía.” Resulta increíble que nunca Flora pueda ver nada bueno en alguno de sus semejantes y que a esa altura del siglo no conociera la obra admirable de Lamartine y su sentido perfecto de la armonía. Porque una señora viuda del hijo natural de Lamartine dice que no puede consolarse de la muerte de ese hombre tan querido, Flora exclama “Qué egoísmo, qué monstruoso egoísmo... He aquí a una mujer joven, rica, espiritual, que sólo desea morir porque ha perdido

el objeto de su amor egoísta, de su personalidad". ¡Qué severidad para juzgar al prójimo, qué incompreensión hacia los dolores ajenos, qué ignorancia del amor, del gran amor que puede llenar una vida y que no todo el mundo llega a conocer! Los grandes amores son privilegio de unos pocos; fue el de esa sobrina de Lamartine que se casó, pese a la oposición, con su hijo natural y esta mujer que lo adoraba lo vio morir tuberculoso a los veintiocho años. ¿Cómo calificar de egoísmo un dolor tan auténtico y profundo como fue su amor?

"En Mâcon se lee mucho, me decía el librero Charpentier, pero novelas. Ya vemos el resultado que produce esa lectura, una sequedad completa." No parece una apreciación exacta al compararla con el gran amor y el gran dolor que acaba de describir despectivamente. En cuanto al resto de la población "en general es fea, prefiero la de Chalon". En cuanto a los obreros para qué decir que "no hay nada más frío y menos fraternal que esos muchachos". Le echa parte de la culpa a Lamartine. Lo cierto es que al irse confiesa que ni un solo obrero fue a despedirla. Según estas notas debemos admitir que no supo hacerse querer. Queda la curiosidad de saber por qué se empeña en entrar en ambientes que le cierran las puertas, en dedicarse a una humanidad que la rechaza y a la que juzga severamente. ¿Qué busca exactamente Flora Tristán en la vida? Levantar el *status* de la clase obrera, quizá, pero no encuentra las palabras ade-

cuadas para llegar a ella y está continuamente enojada contra la humanidad entera.

Por lo tanto parte de Mâcon el 2 de mayo y llega a Lyon, una ciudad industrial donde al fin encontrará un número importante de obreros.

*Lyon (2 de mayo-14 de junio  
de 1844)*

Al salir de Chalon, Flora Tristán se dirige a la ciudad industrial más importante de Francia: Lyon. Ignoro por qué va en barco. Hoy resulta incomprensible, pero quizá en aquel entonces las rutas fueran intransitables. Se trata, por supuesto, de un navío muy bien equipado para "los burgueses" pero en el cual el pueblo va amontonado en medio de la suciedad. No me extraña. He visto la diferencia entre la primera clase y la tercera hace treinta y cinco años y en verdad los inmigrantes deben de haberla pasado muy mal. Hoy, gracias al avión, viajan igual a nosotros. Me ha tocado viajar al lado de un obrero en el año 81.

La primera impresión de Flora es desagradable y hasta tiene la premonición de que no irá nunca a ninguna otra ciudad. Se equivoca. Por otra parte, pese a su juicio rápido y severo, no tarda en rectificarse y siente admiración por los obreros lioneses. No olvidemos que es la ciudad de los hilanderos. Este trabajo que les toma a veces dieciséis y dieciocho horas los ha vuelto encorvados, pálidos, con el pelo opaco, los ojos mortecinos. Insiste en que la ignorancia la irrita, pero como los obreros la escuchan, la reciben y se interesan en sus teorías, permanece en Lyon nada menos que un mes y



medio cuando la hemos visto salir de las demás ciudades de provincia como alma que lleva el diablo.

No obstante, una semana después de su llegada recibe la visita del comisario de policía que se incauta de sus papeles, pero sin brutalidad, sólo de los que están a la vista. Esto y su conversación con el Procurador del rey hace que los obreros se interesen por ella. Comprenden que la persiguen por querer mejorar el nivel de vida de los pobres y una gran parte la adopta con el mesurado entusiasmo de todo aquel destruido por acontecimientos externos y la dura lucha por la vida.

Flora visita el hospital de Lyon. Lo juzga serenamente pero con una indignación contenida, pues en cada sala hay tres hileras de camas y alrededor de ochenta o ciento veinte enfermos. Afirma que todo está sucio, falta atención médica y los enfermos no están separados por categorías. Es casi canallesco adivinar que un enfermo contagioso puede estar pegado a otro curable, y nos escandaliza como a ella que jóvenes de veinte años estén muriendo tuberculosos por haber trabajado desde la niñez, mal alimentados para colmo. En aquel entonces se ignoraba que la tuberculosis era contagiosa, hoy nos espanta que aquel amontonamiento malsano haya propagado una enfermedad hasta hace pocas décadas incurable.

El director del hospital la acompaña en su visita, y cuando ella dice que deberían dividir las salas él le dice que sería aún mejor instalar varios

hospitales más reducidos pero en distintos puntos de la ciudad. Nos parece imposible que un complejo habitacional del tamaño de Lyon haya contado con un solo Hospital Central, grande, malo, donde se amontonaba a la gente como hacienda. No es tan diferente de lo que Flora observó en las fincas peruanas respecto a los esclavos. Imaginar que una esposa o una madre o un hijo tengan que desplazarse de un punto a otro muy lejano de la ciudad para ver a un enfermo querido y llevarle algunas naranjas o ropa resulta monstruoso, sobre todo si consideramos la cantidad de horas que cada uno de ellos debía dedicar a su trabajo para poder comer. En verdad la Edad Media aún subsistía a mediados del siglo XIX, aunque acaso los siervos eran mejor atendidos por sus señores feudales que los obreros por los dueños de las fábricas.

Afortunadamente, la depresión que le causó ver en el hospital de Lyon a hombres y mujeres a menudo muy jóvenes muriendo entre la mugre y la miseria, se atenúa cuando se reúne con los hilanderos de la seda. Los encuentra "sólidos, razonables y osados". Puede conversar con ellos, escucharlos y, por fin, no siente que la desdennan por ser mujer. Por el contrario se siente la "Mujer Guía", hasta el punto que olvidando a Cristo afirma que "la primera persona en la humanidad que le habla realmente al pueblo grosero e ignorante es una mujer".

Hay una organización de la Unión obrera y se

encuentra con sus dirigentes. Algunos “prefieren morir combatiendo que morir de hambre trabajando”. Por supuesto no todas son rosas y una rama de esos obreros, por lo general compuesta por carpinteros, cerrajeros, etc., denominada los “gavots”, le parece muy atrasada, sólo dos de esos cincuenta hombres han leído su librito. Les hace entender lo que significa “el derecho al trabajo”, pero ellos contestan que lo que los pierde es que les está prohibido hablar de política; la policía se los prohíbe y si lo hicieran disolvería su sociedad. ¡Cómo gozaría Flora con los sindicalistas actuales!

Después, por supuesto, le llega el turno a las iglesias. Flora no puede soportar al clero, considera que unido a los burgueses mantiene al pueblo en la ignorancia. En verdad estaba muy lejos de la época en que un Papa, Juan XXIII, estaría más cerca de los pobres que de los ricos. En el Lyon de 1844 los patrones obligaban a sus servidores a ir a misa y también lo hacían muchos fabricantes. Por lo demás el pueblo entero ha sido educado por los jesuitas, desde los tres años iban a sus escuelas y no se les ocurría liberarse de ese yugo.

Las actividades de Flora preocupan al Gobierno; la citan en la Prefectura y en Tribunales; los diarios no la defienden. No olvidemos que es una francotiradora y, en esos casos, difícilmente se encuentra apoyo.

Sin embargo todas las noches cuando los hilanderos terminan su labor se reúne con ellos en la

*Croix-Rouge*, barrio situado en lo alto de una colina, en el que viven los hilanderos. Hay que escalar esa altura bastante considerable más varias escaleras desvencijadas, instalarse como se pueda entre las rucas pesadas, transpirar y sentir escalofríos en medio de corrientes de aire. Pero Flora siente que cumple su misión y por primera vez se sabe escuchada, apoyada, vislumbra un porvenir para sus ideas de mejoramiento de la clase obrera. Describe a estos hombres como muy pobres pero muy limpios, pálidos, raquíticos, deformes de tanto estar inclinados sobre sus máquinas de hilar. Los juzga con una benevolencia poco corriente en ella, los ve como personas buenas, a la vez dulces y firmes. Piensa con razón que el defecto común en ellos, como en casi todos aquellos con los que trató, es preocuparse más por un líder que por "la Idea", unos están por Cabet, otros por Fourier, que eran los dirigentes de entonces. Hoy ocurre lo mismo y acaso ocurrirá mientras haya mundo. Al hombre común le cuesta centrarse en una idea abstracta. El líder está allí, de carne y hueso como ellos, les habla, los exalta, pueden seguirlo. Limitarse a una idea requiere una gran cultura. Incluso las religiones necesitan a Dios y a los santos, no solamente la teoría o las enseñanzas.

Resulta sorprendente que, según Flora, los obreros de Lyon de 1844 lean mientras hilan. Leen buenos libros de economía social, política y filosofía; a veces están apoyados por el jefe de taller.

Por primera vez Flora encuentra algunos jóvenes sacerdotes socialistas y también algunas mujeres que se interesan en su palabra. Consigue hacerles entender que la política entraba hasta en el puchero y lo comprendieron muy bien. De nueve de ellas hay tres notablemente inteligentes. En verdad es un cambio de tono y de actitud que nos alegra por ella, tan incomprendida hasta entonces.

No es el caso de repetir constantemente las conversaciones de Flora con los diversos grupos obreros. Nuestro libro sería interminable y poco ameno. Limitémonos a hacer resaltar sus impresiones preponderantes, entre las cuales por supuesto está su antipatía por los burgueses y por la nobleza, aunque se ocupa menos de ella pese a que vivían bajo un reinado y que los obreros le contaron en varias oportunidades que el duque de Orleans cuando fue a Lyon había dicho "no tengo por qué ocuparme de dar trabajo a los obreros". Luego entra a comparar hoteles. Ninguno le cae bien pero la realidad es que elige los más baratos, le molesta la costumbre de la propina y por supuesto no debían tratarla demasiado bien. Afirma que no la quieren porque "las virtudes en los hoteles son vicios. Si una es sobria el camarero la aborrece". Eso no ha cambiado; por lo general, en los restaurantes se prefiere a quienes comen y beben mucho, a los moderados que dañan poco de ganar. Causa gracia que en un momento dado diga: "No sé en verdad quiénes son las personas que pueden viajar por pla-

cer". En general no son las que se yerguen contra los poderes constituidos, buscan hoteles baratos, casi no comen, y sólo se interesan en reuniones obreras. Pero en aquella época el turismo no estaba organizado y posiblemente muchos viajeros lo pasaban mal.

Como Flora dispone de tiempo visita el Museo, donde encuentra algunas piezas importantes que al parecer la dejan fría, y nota que todo está muy sucio, como ocurre en general en Lyon desde el hospital hasta el Museo. Pero siguen acercándose obreros venidos de todas partes y la mayoría la impresionan bien. Parece ser el mejor momento no sólo de su gira por Francia sino de su vida, a tal punto que, como en el Perú cuando llevaba una vida ociosa, se dedica a describir el palacio del obispo, una iglesia del siglo XIII, Notre Dame de Fourvière, el asilo de mendigos donde ellos están encerrados como en una prisión para "que no resulten peligrosos o desagradables a los burgueses". Pasa ante el manicomio y el hospital de prostitutas con enfermedades venéreas y oye gritos desgarradores. Recorre los puestos donde se venden objetos sagrados, estampas, reliquias, rosarios, y considera que debe de haber muchos imbéciles que comprenden esa mercadería para que tantas tiendas puedan vivir de ella.

No corresponde extenderse demasiado en la forma agresiva con que Flora describe los objetos sagrados ni en cómo juzga a los jesuitas. Ya sabemos su punto de vista, su laicismo exagerado y su

odio incorruptible por las prácticas religiosas.

Volvamos a sus visitas a los hilanderos pobres. Aquí, como en otras oportunidades, se refiere a su visita a los barrios irlandeses en 1839, de la cual dice "no había sentido desde entonces un día tan cruelmente doloroso como el de hoy", pues Lyon se divide en diversos tipos de talleres, algunos ricos, otros pobres. Hemos leído demasiadas descripciones de la miseria de los obreros en el siglo XIX para extendernos en ellas. Viviendas diminutas, un solo ambiente para dormir, trabajar, cocinar. La enfermedad, la vejez, la miseria. Quizá lo que más me importe de estas pinturas sea pensar que hace poco por televisión he visto a gente igualmente hacinada en sus ranchos de Formosa. Dado que escribo este libro en la Argentina, creo que de la miseria de nuestro interior tendremos que ocuparnos todos antes que de cualquier otro aspecto, al institucionalizar el país. Es increíble que se haya hecho tan poco en ese sentido. Sólo en los grandes centros urbanos encontramos obreros dignos y organizados. Lo atroz en las descripciones de Flora es pensar que esa gente convive durante todas las horas del día con sus máquinas de tejer, debe moverse dificultosamente entre ellas para cocinar, dormir, comer, vestirse, aunque algunos de ellos no tienen con qué cubrirse. Por lo general se avergüenzan de su miseria, y afirman que no siempre fueron tan miserables. Ante la más paupérrima de estas viviendas, Flora exclama: "Esa familia me recordaba a Inglaterra". Pasa

días extenuadores, llega a su hotel rendida y desesperada.

El 27 de mayo visita el hospicio de la Caridad, que es una casa cuna donde depositan dos mil chicos por año; antes los guardaban hasta los nueve años, pero cambió para mal y a los cinco hay que retirarlos "como si un chico de cinco años pudiera ganarse la vida" dice Flora, sensatamente.

Flora afirma que "está muerta de trabajo y no tiene tiempo para escribir". Me pregunto qué número incalculable de páginas escribiría si no estuviera tan ocupada, pero su grafomanía es un tonel sin fondo. Además "está furiosa", según su propia expresión, pues si no esconde sus papeles se los roban. La policía ha hecho alquilar un cuarto al lado del suyo para espiarla. Tiene muchas compensaciones; le ofrecen hacer su retrato para venderlo a 25 centavos, el que llevará esta leyenda:

Señora Flora Tristán  
Para todos y para todas  
Derecho al trabajo  
Derecho a la instrucción

(Unión obrera).

y arriba: Lyon, mayo de 1844.

Más adelante afirma que un obrero le hizo una reflexión muy profunda; le dijo que cuando iba la actriz Rachel, la más importante de la época, le daban 1 000 francos por función, y a ella, que se mataba trabajando no le daban nada. ¿Quién iba a dárselos? ¿Los burgueses a quienes odia y que la



odian, la Iglesia con la que mantiene las peores relaciones? ¿Los obreros que apenas tienen para comer? Es una reflexión pueril y nada profunda. La gente, ella misma lo aclara, paga para divertirse, pero jamás un apóstol ha sido pagado. Es decir hasta estos últimos años en que han aparecido tantos santones en Estados Unidos a quienes los jóvenes les dan toda su fortuna y los adoran como a un dios. Pero esas sectas aún no existían.

Cuando la atienden, Flora se siente agradecida. "Me trajeron de comer, cosa que me causó un gran placer porque me caía de hambre. Nada más extraño que mi vida: es una verdadera vida de apóstol, como en casa de uno o de otro, unos me alaban, otros me critican, amada, aborrecida, alabada, calumniada. Soy el blanco de todas las pasiones de los hombres." Hoy un escritor de éxito, un actor (o escritora o actriz) pueden decir lo mismo. En aquella época también. Siempre el que se destaca y es popular se convierte en el blanco de las flechas y de las flores.

Lo extraño es que el día en que va a reunirse con los comunistas dice que es "la primera vez que encuentro hombres que son completamente mis enemigos". Por lo visto hay infinitos matices en la lucha obrera, pero aunque ya sabemos que los hay entre socialistas y comunistas, resulta extraño que los hubiera en aquella época.

Entretanto tiene disgustos con su impresor de París que no quiere devolverle sus placas e imprime en Lyon la tercera edición de su libro.

El 9 de junio es una fiesta religiosa llamada en Francia la *Fête-Dieu*. Ese tipo de celebraciones es semejante en todas partes del mundo, pero Flora las juzga severamente y por supuesto dice: "Toda esa farsa de procesión se parece mucho a lo que se hace en el Perú". Ese Perú que le dio tanto y al que sin embargo lleva atragantado como una espina.

No entraré a describir sus dificultades con la imprenta, como el precio del papel sobre el cual según ella le roban 20 centavos por resma, lo que le basta para exclamar: "¡Qué canallaes estos lioneses!". Los asuntos de dinero la ponen fuera de sí; afirma que ese librito va a costarle más caro que los anteriores y estará mal hecho. Ella misma confiesa que soporta mejor un gran dolor que una pequeña contrariedad.

Su estadía en Lyon se ha eternizado y debe partir. Sólo la retiene la impresión del libro que se demora, pero volverá un poco más adelante.

Debo hacer notar que Flora tiene una hija (Aline) a la que ve poco y a la que se refiere en contadas ocasiones, y una hija adoptiva, aunque no creo que haya hecho trámites de adopción sino que ha de ser un lazo espiritual, que se llama Eléonore Blanc: con ella se entiende a las mil maravillas y es la que la secunda en su trabajo. Pero la nombra al pasar.

Cuando Flora se va de Lyon deja tras de sí muchos discípulos y un grupo de hilanderos decididos a seguir su obra. Da la impresión de que por vez primera no ha predicado en el desierto. A tal

punto que hasta inspira un sentimiento amoroso y su reacción es bastante inesperada: "Lo único que faltaba es que un obrero se enamore de mí! No quiero decir que un obrero no tenga derecho a elevar sus deseos hasta mí, le reconozco el derecho como a cualquier otro hombre, pero debería sentir que en este momento no estoy dispuesta a recibir el amor de nadie..." Pero ya ha dicho que un obrero no podía enamorarse de ella y su amor no la emociona, la fastidia.

Al fin el 15 de junio se va de Lyon, ciudad por la cual no ha pasado en vano.

*Roanne (15-20 de junio  
de 1844)*

El 15 de junio parte Flora rumbo a Roanne. Está alegre, de buen humor y con buena salud, cosas que por lo general no le ocurren. Dice: "He pasado una linda noche, el cielo estaba estrellado, el aire fresco, no dormí ni un instante, saboreé el encanto de esa linda noche. Me gusta mucho la noche, y además estaba feliz, feliz bajo todos los aspectos. La misión que cumpla es tan maravillosa que me emociona a mí misma. Irse así, sola a través de las ciudades y de las aldeas para ir a predicar a los pobres obreros la nueva ley, ¡Dios en la humanidad, la igualdad en la humanidad, la felicidad en este mundo. Dios mío, qué lindo es! Voy absolutamente como Jesús, sin preocuparme de nada, parto con el corazón lleno de amor, sin saber adónde voy, cómo me recibirán, ¡qué me importa!".

Su despedida de Eléonore había sido conmovedora, la compara con el ángel enviado a María y afirma que entre ella y Eléonore ocurre lo mismo que entre Jesús y San Juan. "Vivía en su maestro porque su maestro tenía el poder de vivir en él."

Sorprendentemente, Flora no escribe nada de Roanne, salvo el recuerdo de la despedida, y el 21 de junio escribe: "Estoy desde ayer en Saint-Étienne y todavía no tuve tiempo de escribir todo

lo que me ocurrió en Roanne". Vuelve a describir a los obreros y a referirse a sus condiciones de vida; la alimentación y los alquileres son más baratos que en Lyon y, aunque los hilanderos ganan menos porque se dedican al algodón, lo pasan bastante bien. Los considera supersticiosos, creyentes en el Diablo pero no en Dios, haraganes, ignorantes, egoístas y malos. Llegan del campo. Son en realidad campesinos que han abandonado el trabajo de labrador para hacerse obreros. Logra vender ciento cincuenta libros y eso le encanta. Sus reuniones son intrascendentes, pasa allí cuatro días fastidiosos. Un tal señor Goin, dueño de las aguas minerales, la invita a su casa. Lo juzga con severidad como lo hace con todos los propietarios. Pero se trata de un hogar modelo, burgués, lo que significa gente que sólo cree en el bienestar de su familia, y así ha cumplido con la humanidad. Aunque el señor Goin ha dejado varios escritos sobre las aguas minerales, la manera de explotarlas, de que estén mejor tenidas y haya lindos hospitales para 100 000 pobres, Flora sólo ve la comodidad con que vive la familia:

"Esa vida de familia me parece atroz. Olvidar a la humanidad para ocuparse de su hija y de su hijo. El confort que la señora Goin se complace en dar a sus hijos me hacía daño con sólo verlo. No hubiera podido vivir allí ocho días, me ponía los nervios de punta. Esos tres chicos consumen ellos solos más que treinta hijos de obreros. Con todo lo que despilfarran, tiran, pierden, diez chicos de

obreros vivirían opulentamente. Ese lujo para unos a costa de lo necesario de lo cual están privadas las masas es de una inmoralidad monstruosa..." Los compara con ladrones de caminos que matan a un viajero para apoderarse de su bolso y se sorprende de que un hombre que deja morir a sus semejantes de hambre, de pena y de desesperación, no sea castigado. Resulta increíble que a los cuarenta y dos años todavía no haya digerido el orden social que regía el mundo y que en cierto sentido sigue rigiéndolo. La justicia no existe todavía ni en los países comunistas, por el contrario, allí la injusticia es flagrante y los castigos son inhumanos. Pero Flora se asombra a diario de lo que ha visto en forma igual o peor en días anteriores.

"Esa estadía en Saint-Alban me fue muy útil: —1º para sentir aún más horror por los honestos padres de familia, —2º para hacerme comprender que el descanso me cansaría y me volvería loca..." y termina diciendo que después de su Gira por Francia tratará de unirse a un individuo que le guste e irá con él a buscar a su hija para llevarla a Italia o a España.

En Roanne visita una fábrica muy atrasada, falta agua y los obreros están muy a menudo desocupados pues las máquinas no pueden funcionar.

Se va de Roanne "con un inmenso placer" en un ferrocarril tirado por caballos como una diligencia incómoda, lenta y peligrosa en las pendientes. El 20 de junio llega a Saint-Étienne.

*Saint-Étienne*  
(20-27 de junio de 1844)

“Es la hermana de Lyon pero todavía más negra y más sucia. Aquí todos los monumentos públicos parecen prisiones” dice Flora al llegar. Ya he advertido que para ella la primera impresión es imborrable, predominante y sólo un milagro puede hacerle cambiar de opinión. Afirma que ninguno de esos obreros vale tanto como los de Lyon, a quienes confiesa adorar: “Todos hablan una especie de lunfardo abominable. Pero lo peor es la expresión de esas caras. ¡Nunca he visto otras tan estúpidas y tan feas!”

Al parecer también la catedral de Saint-Étienne es horrible: “Da asco verla.” Sigue refiriéndose en el mismo tono a cuanto ser humano se le cruza. Para colmo va a almorzar al Café de París, donde hay oficiales en guarnición, y le molesta que la miren con ojos tiernos. Aquí se dedica a hablar con desdén de los oficiales que según ella se lo pasan bebiendo, fumando y jugando “Pero al menos dilapidan su paga y gastan su fortuna pero no explotan directamente a sus desdichados hermanos”. Ni siquiera se le ocurre pensar que acaso jueguen lo que deberían mandar a su familia para vivir y que, por otra parte, viven a costillas del Estado que quizá de lo contrario podría atender

mejor los hospitales y las escuelas de los obreros. Pero Flora sólo ve lo que tiene ante sus narices.

El 24 de junio escribe que pasó una velada abrumadora porque comió en casa de unos burgueses. Afirma que aprende más en dos días con un obrero de lo que podría aprender en diez años con un burgués. Olvida todo lo que aprendió en el Perú, que aún hoy sirve para enseñarnos a nosotros partes de esa historia americana.

Lo único rescatable de su estada en Saint-Étienne, para el lector curioso, es el hecho de que en esa ciudad hacen cintas y esto es mucho más complicado que tejer sedas. Sus bastidores son tan caros que no pueden reemplazarlos, se contentan con reparar los viejos: "Los llaman 'bastidores de barra' porque hay que hacer girar una barra para poner en movimiento todo el mecanismo del bastidor. Ese obrero debe permanecer de pie e inclinado durante una jornada de dieciséis horas, lo que se convierte en una fatiga superior a las fuerzas humanas."

Considera al pueblo, en general supersticioso, feo, sumido en un estado de cretinismo total, en un país de sordos. En cuanto a la ciudad, le parece horrible y no ve el momento de irse para volver a Lyon. Tiene una cita para el 25 de junio pero cuando llega las puertas están cerradas. Todos tuvieron miedo de verse envueltos en una aventura revolucionaria. En todos los talleres hay un altarcito para la Virgen: "Es indiscutible, en cada lugar



en que el pueblo es estúpido, vil, degradado, miserable, es muy devoto" afirma Flora.

Se va de Saint-Étienne indignada con esta reflexión: "El pueblo judío estaba muerto en la decadencia y Jesús lo levantó. El pueblo cristiano está muerto hoy en la bajeza y Flora Tristán, la primera mujer fuerte, lo levantará."

Como podemos advertir sigue siendo humilde, lo más que acepta como comparación es Jesucristo. No está mal.

Parte de regreso a Lyon adonde la seguiremos antes de internarnos con ella en otras ciudades que resulta interesante explorar, sobre todo Avignon y Nîmes, en las que no sabe ver nada de lo que hubiera admirado tal vez uno de esos obreros estúpidos que la indignan. Pero ella misma lo dice: es ciega a todo lo que no sea su misión.

*Regreso a Lyon*  
*(28 de junio-7 de julio*  
*de 1844)*

Seguir recorriendo las provincias de Francia junto a Flora Tristán es a veces interesante, pero debemos cuidarnos muy bien de no caer en las repeticiones que son su gran defecto como escritora aunque resulten imprescindibles como propagadoras de la fe.

Al ver nuevamente desde el vagón de ferrocarril Nuestra Señora de Fourvières, su corazón le da un brinco de dicha. Dice que vuelve a ver a Lyon con el mismo placer que volverá a ver a París. Esa ciudad de 200 000 obreros donde fue escuchada y encontró seguidores inteligentes fue su gran premio. Sufre algunas desilusiones, incluso dice: "No basta que el pueblo sepa leer materialmente pues, si no comprende lo que lee, ¿de qué sirve que lea?". Su pensamiento vuelve a Saint-Etienne y compara, como lo hice yo anteriormente, la condición de algunos obreros con la de los esclavos: "en ningún país con esclavitud hay ningún torturador que pueda compararse con éstos (con los capataces). Los torturadores dan de tanto en tanto algún latigazo al negro, pero no lo privan de alimentos ni de sueño". Por supuesto no pueden dejarlo cesante, pero ella misma nos ha dicho, al visitar un

ingenio cerca de Lima, que hay negros que trabajan hasta dieciocho horas, mal alimentados, y algunas negras dejan morir a sus hijos para no verlos condenados a esa situación infame. Aquí el capataz, como entre los esclavos, puede corromper, violar a la mujer o a la hija de un obrero que cierra los ojos para conservar su trabajo.

Pese a los amigos que ha dejado en Lyon podemos repetir el adagio popular: "Segundas nunca fueron buenas", pues su regreso le causa menos placer del que esperaba. Flora es tan temperamental que no soporta la menor desilusión porque ha esperado siempre de los acontecimientos y de los hombres más de lo que suelen dar. La decepciona por una nimiedad su hija adoptiva Eléonore Blanc; los diarios y la policía le causan molestias y termina por decir: "Volví a Lyon con alegría y hoy no veo el momento de irme. Me canso demasiado y estoy empezando a irritarme. Además siento que he hecho todo lo que podía hacer por el momento; ellos mismos están cansados". Para colmo está enferma; le duele la cabeza, siente cólicos, tiene fiebre, y por añadidura debe andar bajo una lluvia ininterrumpida. Sus decepciones llegan a hacerle decir: "Cuando veo al pueblo de cerca mido la profundidad de su ignorancia, de su ininteligencia, de su desconfianza, de su injusticia, temo que jamás encuentre un defensor sincero, abnegado, ardiente, aunque le ofrezcan 500 000 000. La ingratitud engendra a los ingratos. Si el pueblo supiera apreciar a los que lo sirven, encontraría a

numerosos defensores, pero como sólo sabe cubrirlos de repulsión, de calumnias, de penas, de ingratitudes, sólo encuentra intrigantes ambiciosos que soportan todos esos disgustos pues sin sentir amor por el pueblo lo usan para lograr sus fines”.

A renglón seguido nos narra una escena sorprendente de histeria colectiva en que todos la comprenden, le declaran su amor y su lealtad, lloran, se abrazan, Eléonore en un ataque de amor grita que nunca ha sido tan feliz, la abraza, le besa las manos, la bendice y muchos otros caen en trances semejantes. Podría sospecharse que se trata de una escena organizada para no dejarla irse con una mala impresión de esa ciudad en la que cree haber encontrado por fin la comprensión.

Lo cierto es que nuevamente conquistada por Lyon parte el 8 de agosto a Avignon.

*Avignon (8-18 de julio  
de 1844)*

Su primera impresión de Avignon es que allí los obreros están treinta años atrasados con respecto a los de París: son lentos, holgazanes y demasiado gordos, lo que significa que han de estar bien alimentados. Gran parte del pueblo es monárquico, los nobles y por supuesto el clero, pero también los ancianos y las mujeres del pueblo. Como suele ocurrir, en las regiones cálidas resulta más fácil vivir, la gente recoge las frutas que caen, la leña y algunas otras rapiñas. Nada es muy caro y como hace calor andan casi desnudos. Flora olvida que está en pleno verano. Me parece difícil suponer que en diciembre o enero puedan andar sin ropas. Entra en una magnífica iglesia del siglo XIV, terminada en el siglo XV y cuya fachada es del Renacimiento y su decoración interior admirable, llamada Saint-Pierre. Se le ocurre sentarse en un banco y ponerse a comer un pedazo de pan. Nos cuenta una historia de comedia pues algunas señoras se indignan, ella afirma que comer si uno tiene hambre no es ofender a Dios, otra le responde "Ay de quien lleve el escándalo". Todo termina como empezó, sin más importancia que la de la anécdota que pinta a nuestra heroína de cuerpo entero, pues en realidad esas señoras tenían razón

al afirmar que por lo general la gente no se instala a comer en la iglesia y Flora también la tiene al retrucar que no le hace mal a nadie ni le falta el respeto a Dios.

“Estoy desbordada de ocupaciones, además estoy enferma. ¡Qué calor! Sería para mí un suplicio vivir en el Sur de Francia.” Hasta ahora no hemos encontrado ningún lugar en el cual no le resultara un suplicio tener que vivir.

No voy a entrar en la eterna repetición de la inteligencia o tontería de los obreros, de su incompreensión, ni de sus horas de trabajo. Ya sabemos que sólo esto le importa a Flora y por otra parte esa misión edificante es lo que la hizo famosa y nos hace interesarnos hoy por ella, pero una cosa es escribir su propio diario en medio de una gira importante y otra es leer frases reiterativas. Lo rescatable de su estada en Avignon es su visita al Palacio de los Papas. Como siempre, demuestra no tener la más mínima imaginación cuando se trata de recorrer monumentos históricos. Por lo general todos hacemos el esfuerzo de levantar en nuestra mente las columnas caídas, de imaginar a Palas Atenea en medio del Partenón bajo un cielorraso artesonado, aunque sólo vemos él cielo sobre nuestras cabezas. Flora no imagina a ningún Papa recorriendo esos salones u orando en la iglesia que le parece chica respecto al tamaño del palacio. Las dos tumbas de los Papas no le dicen nada y considera muy malas las pinturas de Deveria, el gran pintor romántico, así como la Vir-

gen de Pradier, dice muy suelta de cuerpo: "Ese hombre no comprende lo que hace, una Virgen sin su niño y sin su serpiente..." ¿A qué serpiente se referirá, a la de Eva? "Qué tontos son los artistas de esta época" termina diciendo. Ni aún al enumerar las celdas de la Santa Inquisición, las hogueras, etc., encuentra algo más o menos elocuente que decir. Lo único que la impresiona es una vieja "grotescamente ridícula" que sirve de guía, y no hay que interrumpir porque pierde el hilo de su discurso. Es monárquica y lanza anatemas sobre los enviados de Marat que durante la Revolución Francesa decapitaron a 86 víctimas. Ya los guías de los monumentos históricos mundiales nos han acostumbrado a esa lección monótona recitada en un tono monocorde sobre los acontecimientos que tuvieron lugar en cada castillo y cada fortaleza. Flora no dispone de tiempo para visitar el Museo ni los Inválidos y menciona al pasar su paseo por Vaucluse, aunque anota que el paisaje es magnífico: "todo es vigoroso y rico. Todos esos campesinos son ricos, lo que no les impide llevar una vida de perros". Cita una fuente que es una inmensa roca, en realidad una vertiente cuya agua surge de abajo en vez de caer en cascada: "En el peñasco de enfrente están los restos del castillo de la hermosa Laura" dice, y gracias a una nota documental nos enteramos de que se trata de Petrarca y de Laura, a la que él inmortalizó.

Antes de partir asiste a un banquete de obreros en honor del 14 de julio, pero no consigue muchos

adeptos. Vuelve a anotar que no pudo visitar el Museo, como si se sintiera culpable, pero dice con razón: "Me fui sin poder visitar el Museo. Es un gran error creer que se puede hacer todo a la vez. Pero no, no es posible. Si uno se ocupa especialmente de una cosa deja de lado todas las demás".

Su salud empeora. Cuando sale de Avignon el 18 de julio se siente muy mal. Habla como siempre de su colitis pero yo insisto en mi teoría de que ya debía estar devorándola un cáncer, pese al diagnóstico de fiebre tifoidea que, según sus biógrafos, le causó la muerte. En aquella época la mayoría de los diagnósticos eran equivocados, cosa forzosa dada la falta de radiografías, análisis y otros métodos de detectar el mal.



*Marseille (19-28 de julio  
de 1844)*

En el trayecto que Flora hace en coche entre Avignon y Marsella van también un sacerdote y un comerciante. La combinación tiene gracia, parece sacada de un cuento de Maupassant o de un vodevil francés. Para variar, nuestra ferviente apóstol se escandaliza con los conceptos que tiene el comerciante de la vida. Cuando habla de que está a punto de retirarse de los negocios, ella le dice que debería hacerse nombrar diputado; él contesta que "odia ocuparse de los asuntos de los demás", pues sólo ha trabajado para él y su familia. Este concepto burgués del buen hombre indigna a Flora. Me pregunto qué pensaría de los hombres de hoy pues la mayoría, cualquiera sea la clase social a que pertenecen, tienen un alma mucho más burguesa que la que ella considera nefasta. Cada cual lucha por su bienestar sin pensar en las desdichas ajenas y, si de burgueses se trata, podemos considerar que los de entonces eran espíritus puros y desinteresados comparados con cada uno de nosotros, que para poder defendernos en la vida debemos hacer casi a diario cursos acelerados y contradictorios de economía. Todos debemos informarnos sobre las devaluaciones, la cifra de la inflación en nuestro país y en los

países del resto del mundo, el valor universal del dólar, del oro, de la plata, de la carne, aprender términos fuera de nuestro alcance como *call money* o *stand by*, sumergirnos en las aguas tormentosas de la deuda externa y de su refinanciación, de la cesación de pagos, para qué hablar de aportes jubilatorios, impuestos a los réditos y ese montón de siglas que se ciernen amenazadoras sobre nuestra imposible paz interna: FMI, FBI, CIA, OLP, y podría seguir así llenando páginas enteras con todo lo que debo saber para no morir de hambre y apenas logro comprender el motivo por el cual el hombre actual que no consigue recibirse de Ministro de Economía privado, corre sin remedio a su ruina. Me refiero al universal pero sobre todo al argentino, pues ya nuestros chicos ni siquiera saben el valor de la moneda y dicen: “un marrón”, “un colorado”, “un verde”, “un palo”, mientras otros, con el más absoluto desdén por la cifra impresa en los billetes, desde hace catorce años siguen hablando en millones para referirse al precio de un kilo de carne o de una lechuga. ¿Cómo se desenvolvería nuestra Flora en este manicomio?

Pero murió hace un siglo y medio y nos cuenta con indignación que su cuarto de hotel, que es detestable, le cuesta 1 franco 50 y en cambio en el hotel Paradis una habitación espléndida cuesta 2 francos. Saca en conclusión que nunca más irá a un hotel de segundo orden, pero no se muda al mejor sino a un cuarto amueblado en casa de unos españoles, donde puede recibir a sus obreros.

Sigue enferma, dice que ha pasado cinco días sin comer y piensa que no tiene nada que hacer en esa ciudad "porque todos son ricos". En vez de alegrarse ante esta prosperidad con la que sueña y por la cual lucha, la toma como un signo de decadencia. Exclama indignada:

"Los *avignonnaises* son grandes humanistas comparados con los marseleses. Porque los primeros son pobres y los segundos son ricos. Decididamente el dinero es Satanás sobre la Tierra, el dinero es el egoísmo, el vicio, la corrupción, la podredumbre. Si fuera pintor y me pidieran que pintara todos los vicios, pondría sobre una inmensa tela inmensos montones de dinero."

Es una reacción absurda, contradictoria, dado que luego afirma que "la población aquí es muy hermosa, más robusta, con caras mucho más lindas que en Avignon". Pero considera que no tienen expresión y "me gusta mil veces más la fealdad de la gente de Lyon, al menos esos rostros nos quedan grabados". Luego agrega: "Es extraño el efecto que me produce una ciudad rica. No me cae bien. Y sin embargo sueño con el bienestar y el confort para todos y para todas. Sí, pero el confort con la dignidad del hombre principalmente y la igualdad, la libertad, la fraternidad y la inteligencia y la dicha que proviene del amor. Aquí no hay nada de eso".

Se trata de una opinión caprichosa, subjetiva como son todas las de ella, dado que vive como una sonámbula a través de una sola idea. Pero

parece no ser la única obsesiva porque nos cuenta que ha recibido una carta de su hija adoptiva Eléonore Blanc y que, a consecuencia de esa comida en que todos lloraron y se abrazaron, un muchacho se retiró en tal estado de iluminación que quedó hundido en el éxtasis durante tres días y al final se volvió loco. En vez de inquietarse, Flora afirma que una idea capaz de volver loco a un hombre es una idea que tiene que dominar al mundo. Los demás creemos que las ideas que deben dominar al mundo son las que llevan a las personas a ser cuerdas y razonables.

Su estadía resulta ininteresante. Se siente mal, el mistral, ese viento cálido del sur de Francia la destruye, y nos sorprende leer esta opinión de ella que habló tan mal del clima de Lima, húmedo, enervante: "Decididamente hay un solo clima bueno en todo este planeta: Lima. Si en esa ciudad hubiera una vida intelectual, sería el paraíso en la tierra." Olvida que llegó a afirmar que ablandaba a los hombres y a los animales cuando se refirió a una corrida de toros. Además no conoce bastantes países como para permitirse decir que hay un solo clima bueno en todo el planeta. Pero Flora es tajante. Sin reparar en que un día la posteridad leerá sus frases sin asidero, escribe sin reflexionar y opina sobre muchas cosas que ignora.

Por fin logra reunirse con algunos obreros pero le parecen lentos y pesados. Lo que ve por fin es que es una ciudad no sólo entregada al comercio sino también a la lujuria; ignora que es un centro

de trata de blancas pero afirma que todos los comerciantes tienen, además de su mujer legítima, dos o tres amantes.

Su paso por Marsella, salvo algunas observaciones y anécdotas de poco interés, se reduce a una queja ininterrumpida. Se siente muy mal, su salud se ha deteriorado seriamente y se nota que no soporta el calor, pero en vez de tomárselas contra la ciudad debería comprender que está en el punto álgido del verano. También la deprime una carta del poeta Charles Poncey que dice no poder estar para su llegada a Toulon; le recomienda el mejor hotel pero como se embarca sin esperarla, exclama: "Sabía que yo debía llegar a Toulon y se va. Así son los poetas, gente completamente inútil." Ni siquiera recuerda que ese escritor al que George Sand consideraba genial le escribió, cuando Flora publicó sus *Paseos por Londres*: "Ha hecho un cuadro enérgico de los sufrimientos del proletario inglés. Ha sondeado, estudiado la herida, y si no indica precisamente el remedio que debe curarla por lo menos ha obligado a que se ocupen de ella seriamente".

La policía la vigila, los mosquitos la enloquecen y la gastritis se agrava. Por lo tanto, con gran alivio, el 28 de julio deja Marsella para dirigirse a Toulon.

*Toulon*  
(29 de julio-5 de agosto  
de 1844)

Como en casi todos los casos anteriores, la primera impresión de Flora sobre Toulon es mala. No comprende que siempre es difícil llegar a una ciudad por primera vez, que cuesta adaptarse, encontrar a alguien con quien conversar. Además repite que está horriblemente enferma y para colmo sólo ve burgueses: “ya no puedo ver a un burgués, qué gente insulsa, me parece un puerro hervido por tercera vez.”

Flora se entera de que Poncy se asustó tanto cuando comenzó a soplar el viento en el velamen del barco en que se iba de vacaciones a Argelia que volvió a tierra en una chalupa, pero por vergüenza, en vez de volver a Toulon se fue a Draguignan. Asiste también con desagrado a una justa que es la gran diversión de los obreros que se atacan el uno al otro con un palo desde lo alto de una escalera colocada en un bote y caen a un agua fangosa. Afirma: “Es necesario que las diversiones del pueblo sean tan duras como su trabajo, si no se ablandaría y ya no podría soportar sus penurias. Qué terribles necesidades”. La verdad es que no comprendo qué culpa tienen los patrones de que al pueblo le gusten los deportes fuertes, en todas las

épocas ocurrió lo mismo; hoy diría que el fútbol es un salvajismo, y por qué no el polo pese a su aristocracia. Pero Flora desconoce la necesidad de dar rienda suelta a las energías que suele tener el hombre joven y lo lleva al boxeo, al fútbol, como ya lo dije, a infinidad de deportes cuya atracción ella no conoce al igual que la mayoría de las mujeres y de la gente en general de aquel entonces. El siglo XIX fue el menos inclinado a la violencia como diversión; existió desde la Edad Media, el Renacimiento, el siglo XVIII donde el duelo aún tenía lugar entre gentileshombres y que volvió a aparecer en el siglo XX. Cabe preguntarse qué diría ante una carrera de automóviles o los clavados en Méjico... De todos modos vuelve su vista a los burgueses quizá porque tiene poco que hacer y se ensaña contra ellos:

“Desde mi llegada estoy inundada por los burgueses, me siento toda revuelta. Se acabó, después de esta gira por Francia no podré ver a un solo burgués. ¡Qué raza impía, imbécil, nauseabunda! No saben pensar en nada, decir nada, hacer nada, son tontos, más que tontos. Desde este punto de vista la ciudad de Toulon es todavía más imbécil que las demás. Todos los oficiales son doblemente burgueses, burgueses por la savia del padre y por la insignia de la marina. Tienen la prepotencia del cuello duro: son tan grotescos que uno largaría la carcajada en la calle. ¡Ah, si el pueblo se constituye y me llama para conducirlo, cómo castigaré a estos payasos! Verdaderamente, cuando uno ve

todo lo que pasa en el mundo se convence de que la humanidad está loca. Los que no creen en la acción incesante de Dios sobre la humanidad deben de ser muy desdichados." Creo innecesario continuar citando esos improperios que a menudo son justos pero que, como lo hemos visto, han nacido en ella por un resentimiento a causa de su fracaso en el Perú. Fue allí para poder entrar por la puerta grande en la burguesía, con una fortuna respetable y su buena renta, pero como se ha dicho siempre "Dios escribe derecho en renglones torcidos" y sus designios eran hacer de Flora una precursora de los líderes obreros que luego surgieron en todos los países del mundo y cambiaron por completo la faz de la sociedad. En verdad la condición del trabajador de aquel entonces era infame y degradante, chicos y mujeres atados a tareas duras, insalubres, malos sueldos, desocupación y el continuo fantasma del hambre. Se necesitaba una Flora Tristán, lástima que haya aparecido sola y a destiempo. Lástima para ella sobre todo, que podría luchar con éxito y energía en la sociedad del siglo XX, casi en cualquier país del mundo.

En Toulon la policía registra su casa y encuentra muy poco eco entre los obreros. Visita las cárceles, ve a los condenados a trabajos forzados, junto a los cuales hay obreros libres. Al final encuentra en el Arsenal a unos cuantos obreros que la comprenden, ser mujer dificulta su tarea y el hecho de que en un puerto de envergadura no



existe casi desocupación hace que no comprendan su artículo sobre "el derecho al trabajo", pero la tratan con simpatía, a tal punto que llega a decir: "He pasado en Toulon diez días muy dichosos. He encontrado obreros que han hecho mi felicidad". En cambio cuando le dicen que debe visitar Hyères aclara: "No tengo ninguna gana. Ya está decidido, no puedo ver nada fuera de mi misión. Qué tirano es el amor".

Cuesta no remontarse a diez años atrás cuando quería verlo todo en Arequipa y en Lima, describía cada ambiente, cada reunión, cada menú, se lamentaba de que no hubiera bailes en el palacio de Bolívar, se sentía tentada a meterse de monja ante la delicadeza de una celda. Su vocación, no cabe duda, comenzó después. En medio del bienestar que le proporcionaba la familia Tristán sintió la tentación de suicidarse porque no le daban su pretendida herencia y, diez años después, en medio de una gira cansadora, de obreros tan pronto benévolo, tan pronto brutos e incomprensivos, exclama: "Si muriera en este momento, lo lamentaría mucho. ¡Morir cuando una tiene una vida tan linda!"

Le quedaban tres meses de vida.

*Nuevamente en Marseille*  
(6-12 de agosto de 1844)

Flora llega más animada a Marsella y la ciudad no le choca tanto como la primera vez; sin duda porque ya la conoce. Además la reciben con entusiasmo aunque, como le ocurre cada vez más a menudo, la policía la vigila. Le advierten que en la sala donde van a reunirse hay cuatro agentes y tal vez veinte más vestidos de civil. Por suerte para su integridad física, Flora se resiste a hablar en las reuniones públicas, a tal punto que algunos se decepcionan porque dicen haber venido para escuchar sus discursos. Pero cuando leemos en su diario que "el día en que la revolución de los asalariados estalle contra los jefes de las usinas se cometerán venganzas nunca vistas. Los patrones serán asados vivos y comidos por los obreros", nos parece que lleva las cosas demasiado lejos. Siempre hay alguien que nos da de ganar y por supuesto gana mucho más que nosotros y, en el sentido material, trabaja menos. Lo que ella no puede adivinar es que en el alma de cada obrero se esconde un burgués más egoísta y autoritario que los que ella desprecia; en estas épocas de grandes cambios sociales y de inmensas ganancias debidas a los juegos de azar, no hemos visto a un solo obrero dar una suma importante para caridad,

ayudar a los pobres, a los hospitales, a las escuelas. Todos nos dicen por televisión que piensan comprarse un auto, una casa, viajar y dejar de trabajar. Incluso hemos asistido al espectáculo de un joven que abandonó a su mujer en la casilla de la villa miseria y se fue al Paraguay a llevar una vida de potentado. La justicia tuvo que obligarlo a entregar a la desdenada una suma reducida. En todos los estratos sociales hay gente generosa y gente avara. A todo el mundo le cuesta dar, pero los que nos hemos criado en un ambiente donde ayudar al prójimo era una obligación social hacemos algún sacrificio pues nos han enseñado que es parte de nuestro deber en este mundo. El pobre no pudo aprender eso. Pero Flora debería ser más observadora y advertir qué poco la ayudan esos obreros por los que se desvive.

Esta segunda estadía en Marsella ofrece un interés relativo para transcribirla, aunque fue muy importante en relación con la misión que la impulsó a esta gira. Leemos una acotación que nos informa que en el libro titulado *La vida y la obra de Flora Tristán*, se habla de “la impresión profunda y duradera que produjo el Apóstol sobre esos obreros meridionales que ella había juzgado anteriormente con severidad”.

Citar frases de ella sería caer en una insoportable reiteración.

*Nîmes (14-16 de agosto  
de 1844)*

Este capítulo sobre Nîmes es uno de los más importantes en la gira de Flora Tristán por Francia. Pese a haber pasado allí tan pocos días, sus testimonios en diversos terrenos son ampliamente rescatables. Empecemos por su llegada fechada el 19 de agosto pese a lo que es sin duda un error en el título pues las fechas no coinciden, pero eso no me parece importante:

“Nîmes, 19 de agosto: ¡Cómo sufro moralmente y físicamente desde que estoy aquí! Estoy en este horrible hotel (*du Gard*) sucio, sin campanillas, con camareros tan innobles como nunca había visto hasta aquí. ¡Qué martirio es esto de vivir en hoteles! ¡Sufro del estómago, tengo cólicos, diarrea, no puedo comer nada, y estoy obligada a correr, a hablar, a escribir, me caigo de debilidad! Sufro tal repulsión que no puedo comer nada en estos hoteles inmundos. Nunca pude imaginarme el suplicio que significaba vivir durante cuatro meses en los hoteles del sur de Francia. Daría en este momento seis francos por día con tal de conseguir un alimento burgués, una buena sopa espesa, huevos frescos, papas y manteca fresca. Todo eso aderezado prolijamente. En esta maldita ciudad ningún alma caritativa me ha ofrecido una

comida. Impulsada por el hambre, porque literalmente me muero de hambre, le rogué al señor Pleindoux que me invitara a comer. Mi pedido pareció perturbarlo enormemente. Cambió de color. Su cara se descompuso. No comprendo por qué, pues era tan sencillo, como médico, y comprendiendo mi posición, decirme: venga a casa a comer un plato de sopa y dos huevos frescos. Balbuceó algunas palabras pero no me invitó. Dios mío, ¿adónde hemos llegado si hombres de 71 años, de antigua cepa, que se dicen demócratas y filántropos, faltan a la primera ley de toda buena sociedad: la hospitalidad y la humanidad? ¿Qué se puede esperar de la nueva generación?

Mi paso por Nîmes provocará páginas conmovedoras en los biógrafos que escriban mi vida de aquí a 300 años. Dirán: esa mujer apóstol que había sacrificado todo por la humanidad, no encontraba en medio de esa humanidad a una sola persona caritativa que pudiera ofrecerle un plato de sopa que pudiera comer sin repugnancia. [...] Estoy aquí desde hace seis días enfermísima y no tengo ningún consuelo moral para reconfortarme..."

Flora sigue pidiendo a sus semejantes más de lo que por lo general nos dan. El francés, ella debía saberlo, no es un ciudadano inclinado a tener la casa abierta e invitar a su casa sin dos semanas de adelanto. Se acabó el Perú, la mesa abierta, las casas acogedoras que ella no supo apreciar. Francia tiene

innumerables cualidades pero entre ellas no se cuenta la hospitalidad espontánea.

Flora cuenta lo que ha sufrido durante la semana que permaneció en esa horrible, innoble y sucia ciudad de Nîmes. Llega a decir que es "una ciudad que hay que destruir". En verdad carece de matices en sus sentimientos. Por respeto hacia esa linda ciudad francesa no traduzco los innumerables improperios que Flora lanza contra ella. Me limitaré a algunas opiniones y luego a la interesante descripción de sus lavaderos. "Nunca había sentido semejante repulsión por ningún otro pueblo. Ni en Inglaterra. Ni en América por los esclavos. Siempre cuando encontré una población desdichada me sentí conmovida por la compasión, aquí sólo sentí desprecio, asco, ira."

Lo que más indigna a Flora es que los obreros le digan: "Es necesario que haya ricos y pobres para que los primeros hagan trabajar a los segundos. Cómo he sufrido al ver hasta qué punto los sacerdotes habían idiotizado a esos desdichados". Sigue en ese tono iracundo juzgando a los curas, a los burgueses, a cualquiera que se le cruza por la calle y no sabe darle una dirección. Considero preferible abandonarla a su furia agravada por su enfermedad y el calor del verano y limitarme a sus descripciones sobre la Fuente de Nîmes y luego sobre sus lavanderas. Respecto a la Fuente dice: "Es una linda construcción. Los buenos burgueses de la ciudad, que son de una total ignorancia en materia de arte, creen seriamente que esa fuente fue

construida por los romanos". La verdad es que es una de las más célebres del mundo romano antiguo. Llevaba el nombre de Nemausus, a quien posiblemente estaba dedicado el templo contiguo llamado el Templo de Diana. Pero ya sabemos que para Flora el arte no existe. Su error es considerarse entendida y menospreciar a quienes entienden dado que ella sólo vive, como lo dice incesantemente, para cumplir con su misión. Pero decide por su cuenta que eso fue construido al final del reino de Luis XIV. Nos dice, y es real, que esa Fuente está alimentada por una vertiente natural y que por una escalera de tabla se baja a los lavaderos, y aquí entra la descripción interesante: "...Allí hay dos lavaderos que ocupan todo el largo pero no tienen ni un pie de ancho. Ahora adivinen cómo están hechos estos lavaderos. Pues como todos los lavaderos. ¡He ahí lo lindo! Están hechos precisamente a la inversa de todos los lavaderos. En todos los lavaderos, la piedra sobre la cual la lavandera lava se inclina sobre el agua para que ella pueda frotar la ropa en el agua. La lavandera está de rodillas o de pie (como en los barcos en París) y así lava sobre la piedra inclinada. Esto es tan sencillo que todas las mujeres de campo instalan ellas mismas su lavadero a orillas del río o de un arroyo colocando ellas mismas una piedra inclinada detrás de la cual se ponen de rodillas. ¡Y bien! En Nîmes las cosas ocurren al revés. No es la ropa la que está en el agua, no, es la mujer que lava la que está dentro del agua hasta medio

cuerpo. Y la ropa está afuera del agua, la lavandera lava sobre una piedra cuya punta se inclina hacia afuera del agua, trescientas o cuatrocientas lavanderas al menos están condenadas en Nîmes a pasar su vida con el cuerpo en el agua hasta la cintura y en un agua que es un veneno porque está cargada de jabón, de potasio, de sodio, de lavandina, de grasa y, en fin, de toda clase de tinturas, rojo, verde, azafrán, etc. He aquí a numerosas mujeres condenadas, para ganarse el pan, a enfermedades de matriz, a reumatismos agudos, a embarazos penosos, a abortos, y a todos los males imaginables. Me pregunto, ¿se ha conocido alguna vez en el país más bárbaro una atrocidad más indignante que la que se comete contra estas pobres lavanderas de Nîmes? ¡Si uno condenara a un preso a trabajos forzados a sufrir sólo durante ocho días el suplicio que estas desdichadas mujeres sufren desde hace 300 años en que ese lavadero está construido a los filántropos no les alcanzaría la voz para reclamar contra tal atrocidad. La prensa lanzaría un anatema terrible contra el gobierno que se atreve así a matar a hombres día tras día, hora tras hora. Y sin embargo esos hombres sujetos a tal condena serían grandes criminales que han hecho daño a la sociedad y que deben por consiguiente reparar esos daños rindiendo servicios. Pero en cuanto a esas miserables lavanderas que no han cometido ningún crimen, que trabajan día y noche, que entregan valientemente su salud, su vida, para el servicio de la humani-



dad, ellas que son mujeres, que son madres, ellas que tienen tanto derecho a la solicitud de las almas generosas, y bien, no encuentran ni a un filántropo ni a un periodista que reclame en su favor.

Pobres hermanas, tengan paciencia, una mujer ha pasado por Nîmes. Lo primero que ha visto en la ciudad son ustedes. Ha comprendido sus sufrimientos. Ha lanzado una mirada de compasión sobre ustedes, pobres mujeres. Se ha dicho en un simple impulso de amor: mis hermanas, les juro que las liberaré.

¡Es necesario que mi artículo sobre este lavadero sea impresionante, que revolucione a la prensa y a todos los corazones generosos contra esa ciudad maldita que se atreve a condenar a honestas trabajadoras a una muerte lenta y terrible!

Vivía en el hotel du Gard y mi ventana daba sobre ese lavadero. Podía por lo tanto ver a esas mujeres todos los días. ¡Qué tarea, Dios mío! El cuerpo en el agua cuando hay sol y viento (ya he dicho que en Nîmes hay cuatro estaciones por día pero casi siempre hay un viento seco, frío, que levanta nubes de polvo). Las lavanderas tenían la cabeza y el resto del cuerpo quemados por el sol y además estaban cegadas por nubes de polvo que se abatían sobre el lavadero. Cuando llovía recibían la lluvia. Hasta en la aldea más humilde los lavaderos están cubiertos. Estas desdichadas lavanderas ya no parecen criaturas humanas, la costumbre de estar en el agua las hincha, todas las lavan-

deras de profesión son gordas y están deformadas. He notado que muchas tenían eczemas en la cara, en los ojos, granos en la nariz. ¿Se puede deformar así a criaturas de Dios?

Esas mujeres trabajan con un coraje increíble, día y noche lo pasan en el lavadero. Oía esa batea durante toda la noche. A veces me he levantado a mitad de la noche para ver cuántas había allí. Quince, veinte, treinta, estaban lavando con un ardor inconcebible. Como quería saber a qué se debía ese lavado nocturno, detuve a dos en la calle que me contestaron cortésmente y me dieron en un pésimo francés todas las explicaciones que yo deseaba: las que lavan ropa blanca y desean tener agua menos sucia lavan 'de noche': —1º están seguras de que no están los tintoreros, —2º no tienen a las que van a lavar ropa muy sucia, —3º pueden elegir los mejores lugares. He aquí las ventajas de que gozan las que lavan de noche.

La vieja lavandera que me hablaba parecía más un gusano que una mujer. Representaba setenta años y sólo tenía cincuenta y uno. Su hija de diecinueve años era tan pálida, parecía tan enferma, tan débil, tan abrumada que daba pena. La pobre madre también parecía muy apiadada por el destino de su hija: 'Ah, señora, nuestro estado es muy duro, siempre en el agua, hay mujeres fuertes que no pueden acostumbrarse.' Deploró la débil salud de su hija pero todo se limitó a eso. No pensó en acusar a quienes condenaban así a su chica a pudrirse en el lodo. Ay, para esa gente embrutecida

en la ignorancia la costumbre es ley. Está claro que ha visto a su madre lavar en el barro, ella misma lo hace desde hace treinta años, piensa que su hija también debe lavar así. Pobre pueblo, va así de siglo en siglo, sufriendo las mismas crueldades, los mismos abusos.”

Aunque por lo general prefiero resumir los conceptos de Flora Tristán porque su estilo es farragoso y se extiende innecesariamente sobre un mismo tema entre infinitos puntos de exclamación, en esta oportunidad me pareció valedero traducir la descripción al pie de la letra. Se trata sin duda de algo sumamente importante que nos demuestra cómo, gracias a Dios, el pueblo avanzó en sus reclamos y qué injusticia sufría hace un siglo y medio. Hoy no sólo parece inconcebible semejante modo de lavar sino que por lo general las criadas no quieren lavar a mano, disponen de lavarropas y secarropas.

El resto de la estadía de Flora en Nîmes tiene poco interés para ella y para el lector. Sólo puede valer la pena consignar que conoció a Boucoiran, ex preceptor del hijo de George Sand, para quien ella le había dado una carta de recomendación pero, como suele ocurrir, al mismo tiempo George Sand, que no podía soportar a Flora, le escribía por correo burlándose del “apóstol”. Por lo tanto no puede extrañarnos que no haya apoyado en nada a Flora y hasta le haya dicho que “creía que los obreros de Nîmes eran ricos”.

La falta de solidaridad entre las mujeres no es un hecho nuevo ni aislado. En general la mujer sólo es feminista para sí misma, no apoya a sus congéneres, por eso el feminismo fracasa y si no ha fracasado más es porque los verdaderos feministas son los hombres actuales. La mayoría desea que su mujer trabaje pues le cuesta mantener solo el hogar; las épocas han cambiado y son más fáciles para el obrero pero más difíciles para la clase media. De ahí que no les cierran a las mujeres las universidades ni las oficinas y que hombres de buena posición consideren que sus hijas mujeres deben comenzar a trabajar a los dieciocho o veinte años como sus hijos varones. Pero si una mujer es dueña de una revista o de un diario, es casi seguro que va a buscar colaboradores masculinos y pondrá cortapisas a las colaboradoras, salvo en las infaltables páginas para la mujer, modas, cocina, etc. Yo no he encontrado nunca el menor apoyo en ninguna mujer y en cambio lo encontré en los hombres, por supuesto siempre que los primeros lugares o los primeros premios quedaran para otros hombres. La camaradería entre hombres es más sólida, se prestan dinero, se otorgan premios, honores y condecoraciones, se dan cargos importantes. Las mujeres por lo general no disponen de prebendas para repartir pero cuando las tienen, ya lo he dicho, se las dan a los hombres, los eligen como colaboradores. La mujer no cree en la mujer. Hasta la empleada doméstica es mucho más paciente y afable con el hombre que con la mujer

aunque él sea el único patrón. Creo que la mayoría de las mujeres hubiera querido nacer hombres, en su casa han lamentado que no fuera un hijo varón, ha oído esta cantilena durante toda su infancia y su adolescencia salvo si tenía hermanos varones mayores, y quien no lo ha sentido en su propio hogar lo ha observado en casa de sus amigas. La mujer no prolonga el apellido y la mayoría de la gente sueña con verse prolongada en sus hijos. He tratado muy a menudo este tema y a lo largo de casi medio siglo no he visto una evolución tan notable como la de los obreros o la de los negros. Entre los grupos que piden reivindicaciones el más rezagado es el de la mujer. Aún en el mundo entero siguen existiendo clubs de hombres, por lo general los más importantes, y aunque la mujer sea un Premio Nobel no puede acceder a ellos.

Flora Tristán ha quedado entre las primeras feministas pero en realidad en pocas oportunidades se refiere a las mujeres y cuando lo hace afirma que casi ninguna desea luchar por sus derechos. Considera a las obreras muy inferiores a los obreros y sin el menor impulso de lucha. Se queda en la casa mientras el hombre va al café, ejerce los oficios más duros pero es resignada y cree inútil afrontar al destino. Sólo vemos algunas peruanas de la clase alta que parecen aspirar a más libertad, es decir, a poseer una fortuna que les permitiera moverse por el mundo a su antojo sin depender de los hombres, pero ninguna reclama el famoso "derecho al trabajo" que fue más adelante

una de las bases de la liberación obrera de Flora. El hombre considera que el trabajo es un deber ineludible, la mujer lo toma como un castigo. ¡Hay tantas mujeres que no trabajan ni han trabajado nunca y viven como reinas! También por lo general el trabajo del hombre está mejor remunerado; la cantidad de hombres que se enriquecen es enorme, entre las mujeres se puede con mucha suerte obtener un buen pasar, por lo general sólo se gana para sobrevivir. Es natural dado que, como lo he dicho, los cargos importantes están en manos de hombres. La mujer le tiene aversión al trabajo porque se cuentan con los dedos de las manos las que han obtenido cargos a la altura de sus merecimientos. La limitación en el triunfo limita el empuje, el impulso de lucha. Un buen casamiento sigue siendo el mejor empleo de la mujer. Es lamentable pero no se gana nada con ocultar la verdad.

Para completar este cuadro he observado que la rivalidad entre las mujeres alcanza visos de odio.

Acabamos de ver que George Sand ni siquiera tuvo la mínima generosidad de darle una carta de recomendación útil a Flora. Pero George se creía única aunque para triunfar adoptó un seudónimo masculino. Le parecía imposible que el lector se interesara en la obra de una escritora y no tuvo ni una sola amiga mujer. Aparte de sus amantes, todos sus amigos fueron hombres. Se llevó mucho mejor con su hijo que con su hija; logró casi el milagro de transformarse en hombre no porque

usara pantalones cuando ninguna otra mujer lo hacía sino porque sus hijos llevaron el apellido Sand, que era su seudónimo literario. Pero logró así imponer su nombre. No hubiera podido imponer su apellido verdadero en cambio, pues en ese caso sus hijos deberían haber llevado el del padre. Como vemos la mujer tiene que luchar tanto para ella misma, para lograr cualquiera de sus aspiraciones, que no tiene tiempo ni ganas de hacerlo por las demás.

Aun en nuestro país seguimos peleando por la patria potestad y el mínimo derecho de que una madre salga de viaje con sus hijos menores sin buscar al padre para que firme una autorización. La lucha de la mujer aún no ha empezado pero esto sólo lo sabemos las que hemos visto qué poco se ha avanzado en comparación con el avance de otros grupos rezagados que hoy inspiran miedo y respeto. La mujer es un cuzco que ladra y nadie le presta atención.

No obstante, al partir de Nîmes con Flora veremos qué otra sorpresa respecto a la inferioridad de la mujer le espera en Montpellier adonde llega el 17 de agosto.

*Montpellier*  
*(17-27 de agosto de 1844)*

Flora llega a Montpellier a las cuatro de la mañana, muerta de cansada, y encuentra allí lo que aún no había visto en ninguna parte: el Hotel del Caballo Blanco se niega a recibir mujeres. Tiene que instalarse en el Hôtel du Midi. Es una segregación que sólo hemos visto, en Estados Unidos o en Sudáfrica, con los negros. Yo ignoraba que alguna vez había ocurrido eso con las mujeres. Flora debe soportar desde las cinco de la mañana los golpes de los obreros pues la casa está en construcción y este ruido termina a las siete de la noche. Su salud empeora. Va a ver a un médico que “niega la superioridad de la mujer pero parece reconocer y aceptar la mía. Pero como excepción me lo repite a diario” escribe Flora.

De la estadía de Flora en Montpellier hay poco que valga la pena consignar salvo que allí recibe la noticia de que su propietario de París le ha dado hasta el 8 de octubre para desalojar su departamento. Por supuesto la indignación de Flora es tremenda: “Dejo mi casa, mis asuntos, mis intereses, mi persona para ocuparme de los asuntos y los intereses de la humanidad y, mientras recorro el mundo llevando la nueva ley, mi propietario, el hombre cuyo oficio es alquilar sus piedras, tira mi



cama a la calle.” La verdad es que aún nadie ha sacado sus muebles, sólo le han dado un plazo para abandonar una vivienda que tal vez olvidó pagar, y le dan hasta el 8 de octubre para buscar otro alojamiento. Flora dice que ha de haber encontrado alguien que le pague 10 francos más y que “hay que quemar a esos miserables canallas”. Aborrece a todos los que le cobran algo, el alquiler, la habitación del hotel, la comida. Resulta inverosímil que no comprenda que todos debemos pagar nuestro techo y nuestro alimento. Ella escribe estas líneas:

“Pido a un rico caritativo que me asegure un techo, dos cuartitos en un cuarto piso para el resto de mis días; eso me daría mucha fuerza, hasta podría ir predicando por el mundo sin temor de que mi propietario pusiera mi cama en mitad de la calle.”

Su actitud es delirante, en primer lugar porque nadie ha puesto nunca a disposición de nadie dos ambientes gratis y menos sabiendo que el beneficiario recorrerá el mundo diciendo pestes de los ricos. En cuanto a la palabra “mundo”, es un poco exagerada pues sólo está haciendo una gira por algunas provincias de Francia. Pero ya estamos habituados a los delirios de Flora.

El 25 escribe que está enloquecida ante la idea de que va a perder su buhardilla y que sus papeles pueden ir a parar a la calle y perderse. Lo natural en un caso semejante es volver, poner sus asuntos en orden y luego reiniciar la gira. Pero Flora es

incapaz de cambiar un plan que se ha trazado. Para el 8 de octubre falta aún un mes y medio. El tiempo de volver a París, buscar otra vivienda, mudar sus muebles, en fin, aceptar esas molestias a los que todos nos hemos visto abocados en diversas oportunidades y hemos aceptado como parte de las dificultades de la vida. Aun los propietarios deben mudarse por diversos motivos de dinero o de familia y nadie ha pintado esto como un drama. Existe, lo sabemos hoy, el trauma de la mudanza; por eso hay que pensar mucho antes de cambiar de vivienda, pero es una de las contingencias más comunes y compartidas por la mayoría de la humanidad, salvo por los que duermen en el suelo como en algunas ciudades de la India.

Al final se consuela y habla menos de su problema pues encuentra en Montpellier obreros muy inteligentes, pero su resumen es: "Bajo el aspecto moral mal (en general), falta de impulso, de generosidad, de abnegación; bajo el aspecto intelectual mal, carencia de estudios, desconocimiento de las cosas nuevas, falta de inteligencia; bajo el aspecto material muy mal, gran miseria, días de desempleo, explotados, esquilados por los grandes propietarios del país. Los burgueses muy mal. Los sacerdotes muy mal". Sólo se salvan esos diez obreros inteligentes que conoció, pero lo lamentable es su falta de vocabulario. Cada vez escribe peor. Ya se nota una gran diferencia entre *Las peregrinaciones de una paria* y este diario pero, a medida que avanza, la pobreza de su léxico es tal

que ni vale la pena traducirlo. No cabe duda que la enfermedad la corroe. Se enfurece porque en el hotel quieren cobrarle cuatro francos de más: "es así como la gente se enriquece" afirma. Pero se puso fuerte y no los pagó, pensaría que es así como la gente se enriquece, no pagando sus deudas. Para colmo amenaza con criticar el Hôtel du Midi y al *chef* que "ni siquiera sabe hacer un pastel de arroz". Ya su delirio no tiene límites.

Le indigna que una procesada cuyo crimen hizo época goce de un régimen de excepción. El Director de la prisión no le permite visitarla y creo que estuvo acertado pues Flora "había proyectado abrirle los ojos sobre ella misma. Era un servicio que sólo yo podía hacerle". Cabe suponer que la mujer, acusada de haber robado brillantes y haber matado a su marido, debía conocerse bastante bien a sí misma y nada podría haberle caído tan mal como la visita de una iluminada que consideraba un delito que le permitieran tener un cuarto propio, muebles, la dispensaran de trabajar y le llevaran comida además de permitirle no usar el uniforme de presidiaria. "Condeno estas distinciones con todas mis fuerzas, es la peor injusticia contra las demás." ¿Para que quería verla? ¿Para decirle semejante cosa? ¿Creía que la señora caería a sus pies sollozando y desgarrándose las vestiduras, pidiendo perdón por gozar de los privilegios que le consiguieron amigos influyentes? Nadie renuncia a los alivios que se pueden lograr en la prisión o en la vida. ¿No es acaso para Flora una injusticia

flagrante tener que mudarse, dejar su propiedad al propietario? Ella no pensaría en renunciar al privilegio de quedarse gratis dado que acaba de escribir que pide a un rico caritativo dos ambientes para vivir tranquila. Marie Capelle, la presa de Montpellier, tampoco debía tener ganas de renunciar a un poco de bienestar dentro de la cárcel. Parece que cuando la detuvieron y quisieron ponerle el uniforme tuvo un colapso nervioso y estuvo a punto de volverse loca, y Flora no encuentra nada mejor que pensar en ir a visitarla para decirle que todos somos iguales ante la ley y debe aceptar las humillaciones y las carencias de la prisión.

Al llegar a este punto creo seriamente que las facultades mentales de Flora están alteradas. Es corriente en los enfermos de cáncer (y yo me afirmo en mi diagnóstico) esta clase de delirio causado por alguna metástasis, lo he observado en aquellos que han muerto entre mis brazos de esa enfermedad. Después de intentar discutirles algún punto de vista, no tardé en comprender que comenzaban a deformar la realidad o a delirar. No es una locura total pero sí una falta de cordura, de sentido de la realidad, que los acosa al final semejante a la arterioesclerosis. Quizá algún médico se interese en aclararme este tema que considero de suma importancia.

El 26 de setiembre Flora tuvo una congestión cerebral violenta de la cual se repuso, pero después de varias recaídas murió el 14 de noviembre.

No es por lo tanto fantasioso pensar que menos de un mes antes su inestabilidad emocional se haya agravado y no gozara de un equilibrio total.

El 29 de agosto deja Montpellier para dirigirse a Béziers.

*Béziers (29-30 de agosto  
de 1844)*

Flora pasa tan poco tiempo en Béziers y lo que dice sobre esa ciudad es tan irrelevante que me parece que mi teoría toma forma. Todo le parece sucio, infecto. El Hôtel des Postes donde se aloja es lo más sucio que ha visto en su vida y escribe estas líneas increíbles:

“Cuando sea la ‘sierva general’ de Europa, tendré bajo mis órdenes una banda negra cuyo empleo será ir a arrasar algunas ciudades como único medio para hacer salir a los prisioneros que viven en ellas para vergüenza de la humanidad. Además tendré otra banda blanca que seguirá siempre a la banda negra, sus funciones serán edificar magníficos palacios-ciudades para alojar convenientemente, limpiamente y sanamente a los propietarios de las taperas arrasadas.”

Ninguna persona en su sano juicio escribiría semejante cosa. Consigue vender unos ochenta libros y parte en seguida por barco a Carcassonne.

Viajera del siglo XX, ignoro cómo se puede ir en barco de Béziers a Carcassonne y tener que pasar catorce horas en el puente con un frío terrible y “burgueses estúpidos”.

Frío el 31 de agosto es raro, pero por supuesto catorce horas embarcada de noche, pasadas sobre

un puente, pueden resultar frías en cualquier época del año. No obstante estaba tan debilitada que ha de haber sentido más intensamente la humedad del mar nocturno.

Desde Carcassonne nos describe ese viaje.

*Carcassonne*  
*(31 de agosto-7 de setiembre*  
*de 1844)*

Durante el viaje en barco, Flora discute agriamente con un soldado porque no le gusta la manera en que trata a un joven marinero enfermo y que vuelve a su casa con un despido definitivo. Afirma que ante sus palabras el soldado "se quedó petrificado, aterrorizado, mudo, se llevó la mano a la garganta como un hombre que está por ahogarse" y que sin duda nunca recibió de los soldados de Abd-el-Kader un golpe tan terrible como el de sus palabras. Ni cabe duda que sigue divagando. Al final todo se arregla y el soldado le dice que se siente honrado de que le haya dirigido la palabra.

Llega a Carcassonne y como siempre todo comienza mal. A las dos de la mañana un grupo de "fouriéristes", que no comparten sus opiniones, quieren hablar con ella, están ebrios y por supuesto no los recibe. A las cuatro, otra vez la despiertan clarines y trompetas pues al parecer el general vive en el mismo hotel y todos los domingos lo despiertan con esa diana. Por supuesto amenaza con decir todo el mal que se merece el Hotel Bonnet.



Pasa los tres primeros días sin ver a ningún obrero y luego se reúne con una treintena, pero están intimidados porque hay burgueses presentes.

Sus comprobaciones son semejantes a las anteriores: casi nada le cae bien, casi nadie le cae bien; la policía la tiene bajo vigilancia aunque un agente le dice que ha leído su libro y “es una santa, una liberadora del género humano. Ángel, cuídate pues los vampiros, los demonios te persiguen”. Sigo creyendo que delira. Además afirma que “nunca Jesús ni sus apóstoles ni los mártires cristianos han conocido la centésima parte del suplicio que ella sufre”. Se indigna porque el arzobispo está ausente y se va de Carcassonne sin dejar rastros.

*Toulouse*  
*(8-19 de setiembre*  
*de 1844)*

En cuanto llega a Toulouse el comisario va a verla y le dice que Toulouse es una ciudad muy apacible y le ruega que no lleve el desorden. Parece innecesario detenerse en los mismos diálogos de los que ella siempre sale victoriosa, las mismas reuniones con obreros, que allí son pocas porque la policía las prohíbe casi todas, y juicios semejantes a los que ya hemos citado a lo largo de estas páginas. Saca conclusiones tan novedosas como ésta:

“Por lo tanto en cada individuo se encuentra siempre la misma necesidad: comer. Déles a todos y a todas el derecho al trabajo (posibilidad de comer), el derecho a la instrucción (posibilidad de vivir por el espíritu), el derecho al pan (posibilidad de vivir completamente independiente), y la humanidad hoy tan vil, tan repelente, tan hipócritamente viciosa se transformará en seguida y se volverá noble, altiva, independiente, libre y linda y feliz.”

Su manera de simplificar la vida y las aspiraciones de los hombres, de olvidar la infinidad de matices que nos hacen dichosos o desdichados es sorprendente. No piensa ni en la enfermedad, ni en la pérdida de los seres queridos, ni en la feal-

dad, ni en los fracasos, ni en los desengaños amorosos, ni en las limitaciones y los escollos que se encuentran al avanzar por la vida. Continúa en el mismo tono:

“Estos tres derechos corresponden evidentemente a las tres palabras pronunciadas para hacer la revolución del 89: —1º igualdad, primer derecho al trabajo, 2º— libertad, segundo derecho al pan, 3º— fraternidad, tercer derecho a la instrucción. Pues para ser iguales es necesario que todos trabajen, para ser libres es necesario que todos puedan vivir, para ser hermanos es necesario que todos hayan recibido la misma instrucción a fin de poder simpatizar entre ellos.

Nuestros padres han marchado en nombre de esas tres palabras vagas y de las cuales ni siquiera ellos tenían la clave. Así se producen las ideas, al principio en estado de instinto; luego en estado de sentimiento; luego en estado de comprensión. Pero un número muy reducido comprende su alcance. Para eso se necesitan todavía 10 años aunque mi Gira por Francia será un catecismo que acelerará la marcha de las ideas.”

Aquí termina su estadía en Toulouse y el 20 de setiembre llega a Agen.

*Agen (20-25 de setiembre  
de 1844)*

Ésta es la última etapa del diario de Flora Tristán. Su vida y sus páginas tocan a su fin. Me appena tener que juzgar su actitud agresiva hacia los artistas pero no puedo evitarlo pues da la impresión de que aborrece a los artistas tanto como a los burgueses. Ya hemos visto su desconocimiento del arte, su insensibilidad ante las ruinas romanas. Aquí por primera vez dice despectivamente al referirse a George Sand, haciendo alusión a una novela de ésta, titulada *El Compañero de la Gira por Francia*, aparecida en 1840, en que pinta el amor de la noble Yseult de Villepreux por un obrero llamado Pierre Huguenin: "Habría querido ver a la señora Sand allí, ella hubiera visto si una mujer elegante, bien educada, puede enamorarse de un obrero grosero." Es la segunda vez en este diario que demuestra el rechazo que le causa el posible amor de un obrero. ¿Por qué entonces se dedica tan apasionadamente a ellos?

Luego se indigna por el bullicio que causan los invitados a un banquete dado en honor de Liszt:

"Estoy en el segundo piso. A cada instante me interrumpen los aplausos, los bravos, los gritos de alegría que se elevan de entre los bulliciosos comensales que dan un banquete al señor Liszt. [...]"

No sé de qué otro modo el señor Liszt habrá sido agasajado en las otras ciudades, pero por cierto si no ha tenido comensales mejor elegidos que éstos no envidio su suerte. ¡Dios mío, cómo me sentiría de desdichada si hubiera tenido que tratar con todos esos burgueses vulgares, tontos, que desafinan al cantar, gritan mucho, hablan mal!, ¡qué diferencia con mis obreros!”

Supongo que a Liszt le habrá molestado más que a ella que desafinaran, pero lo sorprendente es que algunos renglones más arriba acaba de afirmar que una mujer fina no puede enamorarse de un obrero grosero. Sólo nos queda insistir en que nada le viene bien. Habla con odio de un tal Jacques Boe, apodado Jasmin, muy dotado para la poesía, que vivió como un juglar recitando sus versos de ciudad en ciudad, a tal punto que Charles Nodier y Sainte-Beuve aplaudieron su talento. A causa de eso se desinteresa del movimiento obrero al que lo llevó su infancia miserable, no su vocación de apóstol. Pero lo que indigna más a Flora es verlo en “un estado de exaltación, de locura, de alegría. Por fin me entero del motivo: Liszt, su amigo Liszt está aquí, ha venido expresamente por Jasmin y es él quien organiza el concierto”.

Flora, en vez de comprender el legítimo orgullo de un hombre que aprecia a un genio musical y al que le deslumbra verse entre sus elegidos se pone fuera de sí y le dice que no se ocupa del movimiento obrero. El buen hombre le contesta que fue

un precursor pero que ya está en otra cosa, que los apóstoles por lo general son unos ambiciosos “y una larga tirada que pinta la suciedad de esa alma mezquina que es pura vanidad...”, según esta mujer que no puede juzgar a sus semejantes sin injuriarlos cuando no piensan exactamente igual a ella. Y luego extiende su juicio severo a la señora de Jasmin, a quien describe como a una tonta vanidosa. En realidad no he encontrado en las páginas de Flora nada que demuestre su tendencia al feminismo. En general desprecia a las mujeres y encuentra a muy pocas que merezcan su aprecio.

La señora de Jasmin se indigna con Flora y estuvo a punto de llegar a injuriarla, cosa nada extraña dado que ella lo hace en cuanto toma su pluma. En cuanto a él: “Por fin me habló de Liszt, su amigo. Lo coloca muy por encima de los apóstoles presentes, pasados y futuros (textual). Y las mismas sandeces sobre la beneficencia de la poesía”.

Al final dice que el rey lo invitó a comer y le concedió una pensión de 1 000 francos cuando fue a verlo a París: “Ya había adivinado en el lenguaje de ese antiguo obrero que había en su vida algunos hechos innobles. ¿Es posible que por 1 000 francos uno se degrade hasta ese punto? Debo recordar decir las medidas que se deben tomar contra los obreros que se venden.”

Cabe suponer que el poeta no se vendió, simplemente está agradecido por ese don, se siente

feliz de que la poesía merezca el reconocimiento oficial como en la época de Luis XIV y, por supuesto, se enorgullece de ser amigo de Liszt. ¿A quién no le enorgullecería? Esto enferma a Flora, le causa espasmos, la hace exclamar “pobre Francia, pobres franceses”, y continúa con denuestos inmoderados.

El 21 de setiembre escribe: “En toda la ciudad no se habla sino de Liszt. Estos provincianos se dan aires de melómanos y no lo son en absoluto. Pero es una actitud. Tengo una desgracia, ese Liszt me persigue desde Avignon. Siempre está en las ciudades al mismo tiempo que yo. Por lo demás los obreros no se enteran de su paso. Y desde el punto de vista de nuestras respectivas clientelas no nos hacemos competencia. Sí, esos miserables burgueses por sentir una sensación de placer no se fijan en nada. Todos vienen de los alrededores, gastos de viajes, de hotel, de ropa. Nada les parece caro. Es la misma historia que con Rachel. Con Fanny Esler. Si un cantor, una actriz, una bailarina los divierte, siempre están dispuestos a dar su dinero. ¡Qué raza la de esos ociosos! ¡Qué impudor!

El tal Jasmin comió ayer con su amigo Liszt. Hoy va a almorzar con él y esta noche le da un gran banquete. [...] Esto me da una muy mala opinión de Liszt.”

Creo innecesario insistir en que el delirio de Flora se ha agravado. ¡Qué lejos estamos de la

escritora detallista que describía su viaje a América y las ciudades del Perú! ¡Qué lejos de su desesperación al no poder obtener la herencia que según ella le correspondía! ¡Cuánto más cerca estaba ella en aquel entonces de los burgueses que de los obreros! Pero aún limitándonos a esta gira por Francia advertimos que la enfermedad la hace desvariar, se ha vuelto mala, amarga, envenenada. No tiene una palabra de afecto hacia nadie, toda la humanidad la decepciona. Porque encuentra un relojito de oro está por apropiárselo y al fin lo entrega al dueño del hotel, se explaya en una tirada sobre el robo que significa la propiedad, luego trata de comprender a los ladrones y al final se enfurece porque un campesino viene a reclamar el reloj en nombre de su dueño. Se las toma como siempre contra el hotelero porque ella no quiere comer con los demás, tampoco puede comer alimentos que le hacen daño, no quiere gastar tres francos por dos costillitas y un plato de sopa y a causa de esto vuelve a comprender a los ladrones y a los salteadores de caminos. Dedicamos varias páginas al derecho de robar dado que los hoteleros lo hacen y entonces es preferible ser ladrón de profesión. Imposible seguirla en estos razonamientos descabellados.

Volvemos a su odio por Liszt dado que a causa de él no puede dormir a las doce de la noche pues da una fiesta muy bulliciosa. "Esto da una idea de lo que es la alta sociedad" dice. Entretanto la policía se ocupa de interrumpir sus actividades y de prohi-



bir sus reuniones. Sólo consigue que una o dos tengan lugar, pero cuando entra el comisario y les ordena que disuelvan inmediatamente la asamblea, todos los obreros se ponen de pie y obedecen sin pestañear.

Asistimos a la repetición de otras reuniones semejantes interrumpidas por la policía durante su gira por Francia. Flora, para seguir fiel a sí misma, prorrumpe en insultos: "Esos Lobos, esos terribles picapedreros no se atreven a recibir ni a venir a ver a Flora Tristán. Esos terribles se dejan intimidar por un agente de policía." Se explaya sobre su cobardía, su ausencia de fraternidad: "son lobos que se dejan comer por perros", etc. No hace el menor esfuerzo por comprender el temor que siente naturalmente un trabajador obrero o intelectual cuando cree que puede perder su trabajo. Hay que vivir, mantener a su mujer, a sus hijos. Pero ya Flora no está en estado de discernir. Afirma que hay que destruir el Evangelio pues dice "Siempre habrá pobres entre ustedes".

Recibe cartas de su hija Aline, la futura madre de Gauguin, y de su hija adoptiva Eléonore, a quien empieza a llamar San Juan porque es su discípulo preferido, y antes de terminar volvemos al hotel que es infame, a las dos costillitas, al cuarto minúsculo, oscuro, en el segundo piso, cuando está todo el hotel vacío y podrían darle otro.

Más o menos aquí, salvo algunas líneas, se detiene el diario de Flora Tristán.

El 26 de setiembre de 1844 llega a Bordeaux para meterse en cama inmediatamente. Poco después sufre una violenta congestión cerebral. Eléonore llega el 12 de octubre pero debe irse a principios de noviembre y la deja al cuidado de un matrimonio Lemonnier, pues Flora ha mejorado. La mejoría dura muy poco. Muere el 14 de noviembre a las 10 de la noche. Goza del honor de que hablen en su entierro un sastre, un abogado y un carpintero.

La Democracia Pacífica abre una suscripción y el 22 de octubre de 1848 inauguran un monumento en su honor "a cuya ceremonia asisten siete u ocho mil personas". Muchas más de las que se atrevieron a ir a escucharla en vida. Pero los apóstoles muertos no son peligrosos, al menos no lo eran en aquel entonces cuando las reivindicaciones obreras parecían pataletas transitorias y el socialismo estaba en pañales. Hoy la mayoría de los países prohíben honras póstumas a los enemigos del régimen. Salvo los pocos países realmente democráticos que aún quedan en el mundo, por lo general grandes potencias occidentales.

Nunca sabremos si la prédica de Flora Tristán surtió realmente efecto. Sin duda, alguna semilla germinó. Aparte de su acción social, la lectura de su viaje al Perú y de su "Gira por Francia" nos permite comprender a ese nieto extravagante y genial, casado, padre de familia, empleado de

banco, que un día largó todo para irse a pintar a Tahití. La sangre de Flora Tristán bullía en las venas de Paul Gauguin, por eso, si bien el movimiento obrero le debe mucho, podemos afirmar que el movimiento artístico mundial le debe mucho más.


RIESA EDICIONES dio término a la primera edición de esta obra, que consta de 7.000 ejemplares, en el mes de diciembre de 1982, en los Talleres Gráficos Indugraf S.A., Mendoza 1523, Lanús Oeste.



La Bibliothèque  
Université d'Ottawa  
Échéance


The Library  
University of Ottawa  
Date Due

 11 MAR '84

 10 MAR '84

 04 MAI '84

 03 MAI '84

FEB 25 1987 

MAR 03 1987



a39003



010745650b

Todos creemos conocer aunque sea de nombre a los personajes importantes del siglo XIX. Sin embargo no siempre es así. En estos últimos años Francia recuperó a una mujer extraordinaria, original y extravagante. Se trata de Flora Tristán. Hija de un peruano de abolengo y de una francesa anónima, vino al Perú en 1833 en busca de una herencia que según creía le pertenecía. Tenía sólo treinta años, poca cultura en materia de leyes y no sabía que habiendo sido inscripta como hija natural no tenía derechos legales. Sin embargo es recibida con los brazos abiertos por la familia Tristán. De ahí a darle una herencia media una gran distancia. Sus reflexiones sobre el Perú virreinal y las guerras intestinas, los dudosos negocios con la compra de chatarra y otras descripciones de la época pueden contarse entre las páginas más importantes escritas sobre Sudamérica. No es menos rescatable su giro de 120 grados cuando vuelve a Francia más pobre de lo que se fue y, como reacción o despecho, se dedica a predicar la revolución obrera.

Ningún personaje de novela es más apasionante que esta mujer, por añadidura abuela de Paul Gauguin, que heredó de ella su amor a la aventura y esa incoherencia entre las dos mitades de su vida de la cual a veces nace el genio. **Silvina Bullrich**, en esta biografía mechada por páginas de los libros de Flora Tristán "Las peregrinaciones de una paria" y "La gira por Francia", nos da con su humor cáustico y penetrante una imagen novedosa de esta mujer visionaria, ambiciosa, iluminada y precursora del socialismo.



SILVINA BULLRICH